10

El peronismo fuera de las fuentes

Horacio González

25 años 25 libros






El peronismo fuera de las fuentes

Veinticinco años, veinticinco libros

El ciclo político inaugurado en Argentina a fines de 1983 se abrió bajo el auspicio de generosas promesas de justicia, renovación de la vida pública y ampliación de la ciudadanía, y conoció logros y retrocesos, fortalezas y desmayos, sobresaltos, obstáculos y reveses, en los más diversos planos, a lo largo de todos estos años. Que fueron años de fuertes transformaciones de los esquemas productivos y de la estructura social, de importantes cambios en la vida pública y privada, de desarrollo de nuevas formas de la vida colectiva, de actividad cultural y de consumo y también de expansión, hasta niveles nunca antes conocidos en nuestra historia, de la pobreza y la miseria. Hoy, veinticinco años después, nos ha parecido interesante el ejercicio de tratar de revisar estos resultados a través de la publicación de esta colección de veinticinco libros, escritos por académicos dedicados al estudio de diversos planos de la vida social argentina para un público amplio y no necesariamente experto. La misma tiene la pretensión de contribuir al conocimiento general de estos procesos y a la necesaria discusión colectiva sobre estos problemas. De este modo, dos instituciones públicas argentinas, la Biblioteca Nacional y la Universidad Nacional de General Sarmiento, a través de su Instituto del Desarrollo Humano, cumplen, nos parece, con su deber de contribuir con el fortalecimiento de los resortes cognoscitivos y conceptuales, argumentativos y polémicos, de la democracia conquistada hace un cuarto de siglo, y de la que los infortunios y los problemas de cada día nos revelan los déficits y los desafíos.

Horacio González

El peronismo fuera de las fuentes







González, Horacio
El peronismo fuera de las fuentes. - 1a ed. - Los Polvorines: Univ. Nacional de General Sarmiento ; Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2008.
112 p.; 20 x 14 cm. - (25 años, 25 libros; 10)

ISBN 978-987-630-035-3

1. Democracia. I. Título
CDD 323

Colección "25 años, 25 libros"
Dirección de la colección: Horacio González y Eduardo Rinesi
Coordinación general: Gabriel Vommaro

Comité editorial: Pablo Bonaldi, Osvaldo Iazzetta, María Pia López, María Cecilia Pereira, Germán Pérez, Aída Quintar, Gustavo Seijo y Daniela Soldano

Diseño editorial y tapas: Alejandro Truant
Diagramación: José Ricciardi
Ilustración de tapa: Juan Bobillo

Gutiérrez 1150, Los Polvorines. Tel.: (5411) 4469-7507
www.ungs.edu.ar

Agüero 2502, Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tel.: (5411) 4808-6000
bibliotecanacional@bn.gov.ar

ISBN 978-987-630-035-3

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

La Acade

Han pasado 25 años *de democracia*. O 25 años *en democracia*. ¿Puedo sostener esas frases? A la célebre palabra la escribo con cursiva, para aceptarla, para consentirla, para lograr más intimidad con lo que es apenas un concepto. ¿Pero es también una forma de vida? Y si lo fuera, ¿es posible acudir permanentemente a su condición de concepto? Sabemos de las dificultades de un concepto. No debe ser enteramente agresivo con fenómenos tan heterogéneos como los que debe unificar. A veces los cierra a cremallera, como si fuera obligatorio agrupar la diversidad bajo prestigiosos refugios conceptuales.

En el ciclo transcurrido durante este cuarto de siglo se empleó a menudo la expresión *democracia* como un concepto englobante, que se refería por oposición a su par complementario, la *dictadura*. Significaba un sustantivo rápido que repartía la historia en dos y comprendía en el hemisferio recobrado todo lo que uniformemente pertenecía a la *vida buena*, *plausible*. Las ventajas que brindaba esta dicotomía un tanto metafísica –dicho sin malevolencia hacia este antiquísimo vocablo– estaban en discordancia respecto a la dificultad que siempre surgía para analizar la múltiple y dispar realidad de las anomalías que incluía.

El nuevo concepto de democracia debía tener entonces ciertas características preventivas. En primer lugar, debía dar cuenta de las persistencias del núcleo profundo de mutaciones que la sociedad argentina había protagonizado ahogadamente, tocada por el miedo y la sorda pedagogía de las tinieblas, que no podían dejar de estar ocultamente presentes en la nueva etapa. Segundo, debía seguir el rumbo de un rápido plumazo político al esgrimir la idea de *transición*, que permitía imaginar un camino voluntarioso para recorrer desde los oscuros años dictatoriales hasta el imperio por fin conquistado del funcionamiento de las instituciones representativas. Se trazaba entonces una hipótesis de marcha que parecía una cuerda tendida para siempre: *de la anomalía dictatorial a la democracia recobrada*. Era un arco que calcaba los modelos ejemplares de tránsito cultu-

ral, *desde la oscuridad a la razón y desde la barbarie a las luces civilizatorias*. Pero esta travesía ideal no contaba con criterios más profundos para percibir las distintas formas del tiempo existentes en toda realidad histórica. En ella se entrelazan siempre el pasado, el presente y el futuro, de un modo más opaco de lo que, con todo, llegó a percibir el presidente Alfonsín cuando, en una de sus alocuciones durante las asonadas militares que entrecortaron su período, propuso: "por un momento un ráfaga del pasado nos ha rozado".

Y luego, se debía percibir la imposibilidad de que la *democracia* fuera apenas un sustantivo de refugio, un recipiente de resguardo, la garita final de la "tierra sin males". Sería demasiado ingenuo, pues se sabía que *democracia* significaba también los actos para construirla y el riesgo inherente a hacerlo. Algo que sospechaban los mismos protagonistas fundamentales del curso de los hechos, que rondaban a menudo la idea de la *forma de vida*, solución última del enigma de la política. Se notaba en la manera en que *democracia* era pronunciada; palabra ungida, actuaba en el lenguaje como sacramento al que no se le exigirían matices. Es que no tiene tonos ni borrones lo que es un don.

En efecto, la democracia como *forma de vida* era el llamado utópico a trascender las ciencias políticas hacia una visión antropológica que por fin fuera el fundamento vital de la refundación ciudadana. El vitalismo y el institucionalismo conjugados, tal como las teorías más consistentes de la cuestión democrática proclamaban en esos tiempos: había "sistema" y había "mundo de vida". Era necesario enlazarlos. De tal modo veríamos la efusión de los hombres políticos en un plano principal: *desde la filosofía como colectivo de investigadores de la ética de la responsabilidad*. Así podría describirse el procedimiento reconstitutivo de la acción pública.

De modo que, por más vagamente que fuera, aceptamos que había que forjar una forma de vida, un conjunto de valores compactos, de convivencia, que no fueran una descripción inerte de las más diversas situaciones por las que atraviesa un país violentado. Por el mismo motivo, se precisaba la reconstitución de los lenguajes políticos para que lo que designaran pudiera cobrar vida de tribuna y manifestación colectiva. Debían ser palabras con valor de exorcismo, adheridas al cauto misticismo laico que el político profesional soñaba para su

prédica. Lo *demás* quedaba afuera, pues, descubierta la palabra que oficiara de ensalmo –para el caso, *democracia*–, lo otro era mera añadidura o complemento. Aunque sucedía que, a cada fracaso del vitalismo institucional, quedaba muy poco más que unas consignas basadas en la "utopía" como parco remanso del paraíso institucionalista *ad portas*. Pero ante el desengaño se haría necesario volver a conceptos políticos conocidos. Reaparecía entonces el ideal de una democracia sustantiva, que era una apelación tan necesaria como cómoda, pues dejaba a sus sujetos como operadores exteriores de la trama de hechos indóciles a su categorización. Parecía que un uso abstracto del concepto *democracia* garantizaba las explicaciones necesarias y no vulneraba la significación única y elevada que desde ya poseía. El país post-militar iba de un sentido a otro de la palabra democracia.

El peronismo atravesaría el período con una sabiduría básica al respecto. Sencillo. Él también conocía las utilidades de un concepto único, inalterable, como membrana unitiva que parecía frágil ante el enorme abanico de situaciones que albergaba, pero el precio de su abstracción era el de los buenos servicios que prestaba para mantener homogénea una fuente de memoria y habilitación legítima de compromisos. Democracia, pues.

Sin embargo, no sería posible ver en los conceptos políticos –o en cualquier otro– una identidad permanente o una autorización del diccionario para definirlos siempre de una manera concluyente. Un concepto es también lo que permite comprender las distintas maneras en que se lo invoca o interpreta. En este libro vamos a seguir las peripecias del nombre del *peronismo* del mismo modo en que advertimos sobre el riesgo de usar como sustantivo indemne el concepto de democracia.

Precisamente, en estos 25 años el peronismo mostró acabadamente –en la lengua de sus hablantes o en la teoría política que quiso constituirlo– que todo concepto que mantiene una continuidad necesaria para las memorias colectivas es también un combate entre sus propias acepciones, lo que hace de toda unidad una mala unidad. Y una excepción en permanencia. Lo que en la involuntaria filosofía que alberga el corazón de los políticos vendría a coincidir con la frase que Carlos Menem profirió en cierta oportunidad: la "*casualidad permanente*",

dijo. Concepto que tuvo una recepción inevitablemente humorística, que salió espontáneamente de sus labios o que le habría sido dado escuchar en los cenáculos donde los políticos lanzan en la intimidad su trabajo irónico persistente, el oscuro denuesto sin fin. Es lo que hacía coincidir un tema severo del ser político con un estilo de lanzar frases sueltas como pelotitas de plástico bailando ante un flujo de aire caliente en los parques de diversiones de la ciudad. Ya hemos, así, escrito el nombre de dos de los protagonistas esenciales del período, Alfonsín y Menem.

Aquí vamos a hablar de hombres que ejercieron el derecho –derecho político si los hay– de considerarse dentro de una continuidad evocativa: el *peronismo*. Estamos así ante otro concepto. ¿Menos griego? ¿Menos acreditado que el de *democracia*? Como sea, es un concepto que tiene acabada comprensión inmediata. Es lo *súbito* que reclama el concepto real de lo político. Sin que deje de suscitar nunca la pregunta por su perseverancia y su prolongación. Las raras y entrecortadas situaciones que garantizan la ilusión cohesiva –milagros, como dijimos, del concepto político– son el tema de este libro. Y los años transcurridos de democracia –hablemos entonces con el auxilio de ese convincente vocablo–, el lugar histórico para averiguarlo.

Es muy antiguo el tema de por qué perdura una fuerza política más allá de los eventos inmediatos que la han originado, y una vez que se han agotado los elementos vivos que constituían su fuente real. Lo perdurable es la tendencia real de las cosas, que en verdad se manifiestan sin nombre ni cortapisas. Perduran porque la vida en general y la vida política como sucedáneo necesario de ella no abandonan sus motivos por más que ya no producen evidencias de actualidad. Aunque para ello se inmuniza con ritos, blasones, cánticos y recuerdos que son el garantismo de toda identidad adquirida. Nadie piensa que sean eternas, pero la eternidad es más una forma del miedo –en su inexistencia efectiva– que un consuelo de las almas soñadoras. Por eso, las consentidas persistencias políticas "fuera del contexto originario" son lo habitual de la política. Finalmente son lo que las justifica. Nadie podrá sentirse cómodo en un instantaneísmo que busca adosar puntualmente un signo a su significado inmediato, así como es comprensible que cada ciudadano –y ésta es quizá la

definición de ciudadano– guarde en su memoria cívica los elementos que le permiten pensarse como forma estable de las categorías políticas. El ciudadano es siempre un epistemólogo burgués. Y es de la burguesía el sentimiento que por un lado construye un firme tejido público que teme todo lo que no es constante, pero lleva en su secreto corazón la añoranza de interrupciones y quebrantos. Se entiende la queja permanente del novel político: por qué no abandonar la forma vieja, los espectros del pasado, "las pesadillas que oprimen el cerebro de los hombres del presente". Pero se equivocaría quien no percibiera que la presencia del pasado, aun en sus formas más supérstites o vacías, inútilmente longevas, es el sello de certeza menesterosa que en ocasiones precisas protege el acceso a las novedades con los atavíos ya utilizados.

De este modo, recordar el pasado es vivir dentro de un concepto –en este caso, los "años de democracia"–, pero eso no significa que no haya que descubrir el modo en que los conceptos se vacían en el lenguaje aunque sigan actuando en la conciencia de los hombres. En todo este ciclo de 25 años, ha habido ascensos y caídas, continuidades y traslaciones. La noción de tiempo, que suele asegurar continuidad a las memorias, se deshizo varias veces y revivió bajo nuevas búsquedas. Conceptos antiguos pervivieron porque a veces es la única forma de sentir que no se pulverizan las acciones colectivas. Pero nadie puede decir que no sintió el arrebato de vivir situaciones reacias a ser ceñidas por la suave opresión del concepto. No se conoció huelga de acontecimientos, afloraron singulares eventos biográficos, supimos de las conmociones colectivas. Pero hubo, hay, peronismo. Abstracción necesaria, nombre propio resistente a su variedad asombrosa de significados, *el peronismo existe*. De alguna manera, lo que garantiza su existencia es el sentimiento de estar siempre fuera de contexto, desadentrado de sus fuentes. Se postula una atadura real para cuya descripción cabal no hay recursos visibles en la lengua política.

El cuarto de siglo transcurrido desde que asumió el gobierno nacional Raúl Alfonsín contiene muchas cuerdas tendidas, irresueltas. Tantas cosas dispares atravesaron este puñado de años que en verdad es un aniversario con aniversarios adentro, muchos otros y muy di-

versos. Un aniversario –los años que vuelven– arrastra el recuerdo de muchos otros años que también preferiríamos destacar, unos más que otros. En este caso vamos a seguir las vicisitudes de una de las cuerdas que mencionamos, el peronismo. Lo haremos de un modo a veces íntimo. No el del historiador o el estudioso social, sino apelando a la libreta de apuntes personal. Quizás en algún pliegue yacente de la conciencia surja algún momento privilegiado que coincida con lo que hubiera sido un ensayo documentado y conciso.

Vivía en Brasil cuando decidí tomar el ómnibus de la conocida compañía Pluma –casi dos días de viaje, pero mucho menos desde que se había inaugurado el puente sobre el Paraná– para venir a votar a Ítalo Luder, del que alguna vez escuché decir que se parecía a un peluquero de señoras. La idea de hacer un largo viaje para votar me gustaba. Años después, muchas veces vacilé un poco al tener que decir que había votado a ese político "presentable" –la expresión apareció en esos años, inventada por la política misma, que cuando piensa sobre sí misma suele ser amarga e irónica–, pues eso implicaba que no había sabido ver el tipo de corte que debía instituirse en el país.

La noche de la victoria de Alfonsín me encontré en la calle Corrientes con mi vieja amiga Matilde Scalabrini Ortiz; ya había festejos en las calles, bocinazos, gritos. Un muchacho joven, al paso de un auto engalanado con banderas argentinas, les gritó "¡gorilas!". De adentro salió una carcajada: "¡sí, gorilas, pero somos más!". No supe descifrar si, de un lado y de otro, eran las palabras adecuadas. Llanto y jactancia. Parecía tan ofuscado decir gorila a un resultado electoral como asumirse efectivamente en tal fluida, darwiniana condición. Luego leí en una revista el relato de una escena: Herminio Iglesias, candidato peronista a la gobernación de Buenos Aires, en su casa de Avellaneda estaba escuchando los resultados. Ya habían pasado los datos del "conurbano profundo" y no desequibraban la ventaja de los radicales. Entonces le dijo a su hijo: "apagá esa radio gorila".

¿En que consistía el chiste? Si gorila significase, política, simbólicamente, ser algo, no podía ser una información de radio, *esa radio misma*, mero objeto sobre la repisa, ente mundano cualquiera, indiferente materia e inmutable a las pasiones de los hombres. Pero por alguna razón *eso* podía decirse. Es una frase arañada de subjetividad

para luchar contra el peso inexorable de los objetos. No hay que desdeñar ninguna frase, ni interpretarla según nuestro manojo sumario de arquetipos. Las palabras profundas las pronunciamos cuando estamos hundidos en agobios, cuando nada nos parece explicable, cuando subsiste sólo un vacío que nos arrasa. Para escribir sobre el peronismo, entonces, hay que tomar el rumbo menos fácil. No reírse de Herminio Iglesias. En toda desazón, todos piensan que la culpa la tienen los objetos. Ésa es la raíz humana de los conceptos, el juego de conciencia oscuro del que surge la razón.

Entramos con Matilde en La Academia, de Callao y Corrientes. Estaba llena, creo que el golpeteo cansino de los cubiletes no había cesado incluso esa noche. Allí recalamos los que habíamos votado por Luder. Había tranquilidad, meditación. ¿Qué habíamos hecho? De tanto en tanto, entraban sudorosos ciudadanos con banderas argentinas envueltas en su torso. Recordaban la década anterior, perdurables gestos alegóricos que seguramente provenían de un Delacroix que concedía su mítico retablo patriótico para que lo adoptaran las militancias plebeyas argentinas, con su jacobinismo de estadio y refectorio. Iban al baño de La Academia –hay que recorrer un gran trecho hasta el fondo, atravesar las mesas de billares–, y componían rasguidos visuales que flotaban frente a nuestra mirada abolida, triste juego de dados en medio del azar político. Eran nuestros primos hermanos victoriosos. ¿Cómo considerar a esos nuevos radicales, que relevarían a la jotapé del ciclo anterior en la tarea de darle otro matiz al cántico nacional y popular? Junto a miles y miles de ciudadanos, ellos no habían aceptado el modo de herencia y crítica del legado que proponía el peronismo.

Perón no era el Cid Campeador, "no ganaba batallas después de muerto", según los publicistas alfonsinistas habían señalado, en el verdadero hallazgo de una consigna ponzoñosa que se dirigía al corazón doctrinario del peronismo. Pero además, de los creativos del radicalismo había surgido la idea de invocar las iniciales del nombre de Raúl Alfonsín, R. A., en una plaqueta ovalada como la que usaban los automovilistas para señalar lo argentino sin más, iniciales de una república para los campeadores automovilistas de la clase media en las rutas argentinas. Como en el manifiesto de Marinetti –y aún no habíamos

llegado a las “4x4”–, se simbolizaba la política con los emblemas provenientes del automóvil, oculto instrumento de guerra y también ícono de fabulosa diversidad, familiar, erótica, artística, y, en el fondo, un tanto atemorizador.

Habíamos votado a Luder. El candidato peronista no había tenido una posición clara respecto al enjuiciamiento que era necesario hacer sobre el período anterior, el del gobierno militar. Su último representante, el general Bignone, había propuesto una ley de pacificación nacional que de hecho era una autoamnistía. Ésa parecía ser la condición indispensable para que el gobierno que luego asumiese no revisara los fundamentos de la represión. Luder estaba más dispuesto que Alfonsín a aceptar las condiciones que el régimen militar le imponía al futuro gobierno democrático. ¿Por qué lo votábamos, entonces?

Veníamos de la experiencia peronista de los años 70. No estábamos de acuerdo con la autoamnistía militar ni con una hipótesis de continuidad, cualquiera fuese, entre militares y gobierno civil. Pero no concebíamos ninguna discusión esencial sobre el país *que no se hiciera dentro del peronismo*. El peronismo, en la imagen que habíamos elaborado, totalmente influida por la *Correspondencia* entre Perón y Cooke, era el asiento moral de todo diferendo que pudiese ser situado como una investigación sobre la verdad de una época.

El triunfo de Alfonsín era un duro golpe a esa teoría. Habíamos sido parte de una generación que había pasado al peronismo en medio de una conversión pedagógica, cuya trama espiritual tenía enigmáticos cimientos que no estábamos dispuestos a revisar. La política tiene su momento más elocuente no en una estadía sino en un pasaje. El peronismo parecía un hacerse desde un error anterior, una doctrina de deslizamiento hacia el pueblo, acto que debía ser más poderoso como verdad cuanto más formase parte de una callada penitencia. Quizá con más intensidad habían ido “hacia el pueblo” los jóvenes estudiantes rusos del siglo XIX, dándoles una admirable base moral de tragedia literaria a los *narodniquis*. No había en nuestro caso campesinos del océano rural ruso, sino obreros de la fábrica Volcán y epopeyas jauretcheanas. Debíamos pagar las culpas de nuestros ancestros inmigratorios, verdaderos campesinos europeos que conformarían las “capas medias” argentinas que, en nuestra versión

legendaria de la historia nacional, se situaban como carricoche trasero de las aristocracias liberales que habían abierto las puertas de esos hombres y mujeres extranjeros, rústicos y disciplinados, nada de Malatesta o Pietro Gori, que habían aceptado mayoritariamente ser parte, como el mismo Ingenieros había preconizado, de la "raza argentina", y no mucho más allá, del "ejército democrático de ciudadanos blancos euroargentinos".

El resultado de esa mutación cultural que recogía el eco de Forja –la expiación de las clases medias, a las que había que despojar de su condición de *medio pelo* para acercarlas al frente nacional– era el masivo trasbordo de almas hacia el peronismo de quienes habíamos comenzado una militancia universitaria en las filas de las izquierdas de la época.

Aceptábamos la descripción que se hacía de nosotros mismos, la "nacionalización de las capas medias" –imagen complementaria antes que invertida de la "proletarización de la pequeña burguesía"–, y creíamos muy bien situado nuestro papel de ser la encarnación de algún capítulo final del libro de Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, en el cual cumplíamos el papel de los nuevos cristianos del movimiento nacional. Su ala izquierda convertida. Éramos los que habíamos leído el texto –el propio libro de Arregui– y los que, al seguir sus preceptos, habíamos ganado el derecho de tornarnos texto, de quedar incorporados con nuestros panfletos recientes a las hojas preexistentes del libro incesante que formaba la conciencia nacional *in progress*.

¿Por qué votaríamos a Alfonsín, que preanunciaba un efectivo corte con los años militares, si nuestro destino era un combate secreto en el terreno del peronismo heteróclito? La garantía de pertinencia que tenía ese debate la daban precisamente las falencias del peronismo y no las promesas de reparación cívica sin lastres del alfonsinismo. Nos gustaban los lastres. En esos estorbos internos de las instituciones políticas forjadas con el magma popular y personajes atrabiliarios era en donde había que meterse. Era la seducción del escollo, el nudo irresuelto de la historia, su negatividad áspera –ese lado de izquierda en las cosas que nunca habíamos abandonado– que nos llamaba al interior de la comedia y tragedia del peronismo. Era el lugar al que había que concurrir

para desentrañar el minotauro de la revolución, para lo cual era necesario dar un paso más: ser como él, identificarse con él, aceptar su nombre.

Dimos así el paso de votarlo en contra de lo que anunciaban las declaraciones de su candidato presidencial e interpretando las críticas a Hermino Iglesias hechas por el mundo cultural ilustrado como una reproducción cíclica de la insensibilidad de las elites intemperantes del pasado hacia la imperfecta pero promesante vida popular. ¿No era Sarmiento el que en los apéndices del *Facundo* criticaba los errores de escritura del caudillo que le había dado nombre al mismo libro que lo apostrofaba? Sabía que muchos de mis amigos, en el acto de cierre de campaña del justicialismo, aquel de la quema del ataúd con las siglas UCR, habían entrado a la Avenida 9 de Julio compartiendo el jolgorio de apoyar al pedestre Herminio como blasón de resistencia cultural y remedo de la epopeya de las patas en la fuente. En el famoso poemario de Leónidas Lamborghini, publicado bajo aquel nombre, ante "el país del equívoco del equívoco" había que festejar la sabiduría de los indoctos, frente a quienes "*La Prensa* se descompuso en varios editoriales".

La estopa de la que estaban hechos nuestros sueños podía muy bien, en el pozo profundo de la conciencia pública, llevarnos a identificar las bravatas y necedades de los crasos dirigentes del artefacto sindical peronista como un pasaje dialéctico hacia la superación, por parte del pueblo, de lo que podían ser las burdas trabas que emanaban de esos dirigentes mismos.

El triunfo electoral de Alfonsín era un desmentido terrible a esa concepción peronista inspirada en el amor al "hecho maldito" como negatividad necesaria en la historia, encontrada allí donde estaba lo insatisfactorio, lo fuliginoso, lo despreciado por los catedráticos y eruditos (de alguna manera el fantasma vituperado de nosotros mismos). ¿Qué podíamos hacer, nos preguntábamos con Matilde Scalabrini? La tristeza estaba entremezclada con una perplejidad, un deseo investigativo. Podía ser cierto que la historia "avanza sobre el lado malo". Pero en una elección que no era cualquiera, ese pensamiento había sufrido una fuerte impugnación. No era fácil explicarlo, porque la verdad no necesariamente es una forma del consenso, pero en nuestra práctica anterior habíamos cultivado la certeza de una eficacia mayoritaria, que era la garantía real para absorber los errores y corre-

girlos. ¿Y ahora? Había que investigarlo. Saber más sobre la ecuación pueblo real-mayoría electoral.

Si puedo decir algo sobre mi memoria militante, esa noche entre los jugadores de dominó de La Academia, es que la remontaría exclusivamente a mis recuerdos políticos que datan de mi ingreso a la universidad. No tenía detrás una tradición familiar ni provenía de un sector social habituado al trato de cuestiones intelectuales, si me animo a confesar que no encuentro mejor nombre para decir o describir lo que llamo "trato". En cambio, Matilde era la hija de Raúl Scalabrini Ortiz. Este héroe del pensamiento agónico había forjado una idea sacrificial de los actos de naturaleza intelectual. Como escritor había sabido amalgamar una veta metafísica de crítica a los poderes, con un eros político colectivo y una ascética antiimperialista, de raíz leninista. Era un espíritu acongojado y absolutista que no se sentía alojado enteramente en los odres del peronismo. Por lo tanto, imaginé que para quienes nos habíamos adentrado en el peronismo, huérfanos pues de cualquier otra consideración sobre las ideologías de la época, se abría un abismo inesperado. Es cierto que habíamos llevado al peronismo nuestras filosofías de la historia y las habíamos medido con los Plutarco y los Clausewitz que gustaba de citar Perón, protagonizando en nuestra propia aldea la confrontación básica de la imaginación filosófica entre Hegel y gran el teórico de la guerra prusiano. Pero no teníamos nada a las espaldas ni lugar a dónde ir.

Ni siquiera teníamos la tesis vulgar del *entrismo*, inventada por Nahuel Moreno en los años 60, que justamente habíamos criticado por su carencia de pasión, pues se entraba con previsiones calculadas para una salida tan de conveniencias como podía haberlo sido el mismo ingreso. Estábamos allí, en el regazo de los argumentos que recomendaban apoyar a Luder o a Herminio, porque a ellos los atacaban los enemigos del presente, aunque con ellos era el debate futuro. Pero el argumento de la magna *multitudo* para avalar cuál debería ser el terreno para una lucha por la verdad, quedaba debilitado. ¿Había que luchar en el futuro para reconstruir la mayoría perdida o pensar que aquella lucha estaba en lugar incierto y corría peligro de apoyar a personajes que no eran anómalos respecto del mundo popular al que pertenecían, sino sus adecuados representantes?

Salimos de La Academia raciocinando tenuemente sobre estos sucesos. Era de madrugada y seguían los festejos alfonsinistas. Habría otro gobierno; estábamos en el umbral de salida del largo ciclo de una dictadura que había cambiado el tejido social y moral de la historia argentina. No lo protagonizaría el peronismo, al menos desde la condición gubernamental, desde la voz principal que emergería de las instituciones de la representación popular. Veinticinco años después tuve un cruce palabras con Matilde, que juzgo tan inesperado como sugestivo. En la presentación de una revista de análisis político en la Biblioteca Nacional, comenté que Raúl Scalabrini Ortiz había aceptado parcialmente los contratos petrolíferos de Frondizi respecto a las compañías norteamericanas, aunque no a las inglesas. Él pensaba que en esa época aún era más agresivo y peligroso el imperialismo inglés que el norteamericano. "¡No!", surgió una voz desde la penumbra del auditorio. Era Matilde, a quien hacía mucho tiempo no veía y a la que no había visto muchas veces en estas dos décadas y media transcurridas desde aquel ruido de cubiletes del comienzo de la era alfonsinista, vista desde aquel bar porteño. Quizá yo había leído mal la historia de Norberto Galasso; Matilde no se fue conforme y no apelé al recuerdo de la noche en La Academia para volver a la confraternidad inicial, de todos modos segura.

Habían pasado, sí, los años. Ciertos pensamientos permitían que el peronismo, el alfonsinismo, los pobres nombres de nuestras coyunturas, aunque fuesen de una respetable duración, pudieran ser relativizados como pequeñas identidades que nunca alcanzan el problema mayor, el de la verdadera "duración larga" de los procesos históricos. Scalabrinianamente, todo ello era más comprensible. Debíamos observar la escala histórica de los dominios mundiales, la misión autonomista de las naciones, el culto al intelectual enraizado en sacerdocios de la palabra y la admonición pública. Pero hace 25 años, al salir de La Academia –bar y billares–, era posible sentir que el tiempo de los nombres a los que pertenecíamos se achicaba y que era necesario pensar de nuevo, para revalorizarlos de otra manera, o para abandonarlos a fin de darles una nueva interpretación que los reencontrara –si fuera posible– en un plano más universal.

El alfonsinismo: paradojas de una fundación

Alfonsín provenía de una línea interna del radicalismo llamada "Renovación y cambio" y de una carrera iniciada en los últimos tramos del primer ciclo gubernamental del peronismo, en su pueblo de Chascomús. Allí había sido concejal, fundado periódicos y recorrido infinitamente los caminos de tierra provinciales en nombre de los pequeños juegos de fuerza del jeroglífico partidario. El nombre *renovador*, que durante toda la década del 70 estaba asociado al progresista Alfonsín, pasaría luego al peronismo derrotado –la renovación peronista–, a modo de un incesante juego de espejos entre ambas fuerzas. Ahora el peronismo había sido batido en un terreno que era "su propia salsa".

A la espera, como paciente adversario joven de Ricardo Balbín, Alfonsín había tenido dignas pero prudentes actuaciones durante la dictadura y los tiempos de terror, que no por sometidas al limitante vaivén de una carrera política dentro del radicalismo, de inevitable recato en la observancia de liturgias internas, dejaban de incorporar el deseo de respirar más ampliamente –no sin coraje– en torno de los problemas argentinos.

El principal de ellos era construir una fuerza política que escapara del lenguaje balbinista, un barroco aldeano o su equivalente en inextricables abogados de La Plata. Balbín había ocupado todo el ciclo posperonista luego del 55 con sus repasos elípticos de la épica radical, pero la transformaba en un glosario de recomendaciones morales, en la lengua clásica de la "reparación nacional", que traducía al orden de la "conducta" de los dirigentes políticos los dilemas de una sociedad compleja y sus "estructuras" dinámicas. A Perón le gustaba Balbín. Sin embargo, había firmado un pacto anterior con Frondizi, que ya no era un radical, sino un desarrollista. Rotas las compuertas de la *conducta* –la sacralidad laica con cuotas de reputación pequeñoburguesa–, Frondizi había pasado a analizar *estructuras*. Petróleo, túneles subfluviales, alianzas de clases. La insípida honra de los ingenieros, planificadores y

técnicos. Era, casi, un peronismo sin Perón, con otra dramaturgia, sin la argamasa de himnos y lealtades, con aprestos de batallas "socioeconómicas", no de "amor e igualdad" como rezaba el tópico peronista, sino en este caso con fotos de torres de cables de alta tensión.

Por eso, la afinidad implícita de Perón, una vez separada la cutícula de la verba desarrollista, era con la afectación lenguaraz de Balbín. Ricardo Balbín era un dirigente de la época de Perón. Su discurso ante el ataúd con el cuerpo engalanado del muerto peronista había sido una pieza de oratoria fúnebre intencionada y concisa. Nunca menciona a Perón por su nombre, pero lo coloca en el panteón nacional junto a Yrigoyen –muerto el mismo mes que Perón, más de cuarenta años antes–, igualando así a ambos mediante una amistosa reprimenda que parecía emanar de la sutil ultratumba del derrocado presidente radical hacia el joven capitán Perón, partícipe de aquel movimiento de 1930. Yrigoyen, gracias a esa reivindicación en la capilla ardiente peronista, se transfundía con Perón, pero éste quedaba en manos de la "oración laica" de Balbín, con el que Perón había dicho que "iba a cualquier lado".

El pacto Balbín-Perón era inconsumable. Pero flotaba en todos los resquicios de un país desesperado, en las entrelíneas de la enfermedad de Perón. Años después Alfonsín haría un pacto con Menem, pobre remedo del que en tiempos gloriosos había denominado *pacto democrático*, ahora llamado por el nombre del lugar donde conversaron: el Pacto de Olivos. Surgía la reelección presidencial, el tercer senador, el jefe de gabinete y una foto excepcional, los dos de espaldas caminando por los jardines de la residencia; agobiado uno, traje entallado, compadrito, el otro. Ganador.

Pero en 1983, hace 25 años, Alfonsín había percibido que podía triunfar en la elección. Aceptó consejos de publicitarios y asesores para la campaña electoral, en lo que quizá fue el primer ensayo masivo de crear un candidato con estilo pensado en laboratorios de politología, pero que había sostenido siempre un empuje personal, con asegurado sello distintivo. Una oratoria pública con énfasis de tribuno republicano y en contrapunto ciertos aprestos de sigilo convivían bien con una forma calculada de saludo un tanto barroquizada –un autoapretón de manos y un envío simul-

táneo de ambos brazos al lateral de su propio cuerpo– que de todas maneras iba drásticamente al encuentro, y ciertamente a la desmentida, de la archiconocida apertura de brazos en alto, aquella del Cid fallecido. El del nombre campeador, en buenas elecciones derrotado.

Pero la invención cardinal de la campaña alfonsinista fue la denuncia del "pacto militar-sindical", que de un plumazo introducía una drástica cuña en el juego político argentino desde los años 40 a los 70. Treinta años de vida nacional podían interpretarse al oscuro amparo de las relaciones entre militares y sindicalistas, que darían pábulo a la idea de una trastienda inadecuada para las cuestiones públicas. Lo que para muchos fueron utopías de redención social a través de un "frente nacional" sostenido por esas dos columnas de la historia argentina, la jónica y la dórica, digámoslo así, el alfonsinismo venía ahora a desnudarlo como un pacto retrógrado entre burócratas y represores.

Casi eran, esas columnas, una metáfora entera del peronismo. Por eso, el radicalismo alfonsinista percibió que los años de terror –Alfonsín había participado tempranamente de asociaciones de derechos humanos– muy pronto iban a ser denominados así por una opinión pública sorprendida. Aunque esa opinión que afloraba núbil no era muy diestra para percibir el juego penumbroso entre el peso de sus convenientes cegueras y el aire compungido que sobrevendría al surgir las horrendas revelaciones, las capas sociales más activas del país deseaban verse inmunizadas y exentas de la viscosa inconciencia que las había ganado en el inmediato pasado. Algo muy grave había ocurrido y había que dar cuenta de ello con nuevos conceptos, con una modulación antes no escuchada. La dirigencia alfonsinista entendió esa situación y rebuscó en nuevos vocablos la idea de representar un corte elocuente, un "nunca más". El peronismo, en cambio, el que más había sufrido en las noches de sangre del horror, era el que menos dispuesto estaba a considerarse frente a un país nuevo, con dilemas nunca antes considerados, exigidos de diccionarios aún no consultados por las errantes almas políticas del país. No se consideró en errancia y se aposentó confiado en las millones de afiliaciones, en sus memorias casi

atemporales y en la certeza no demostrada en tesis alguna sobre la invencibilidad electoral.

No se podía creer: consignas como las del pacto militar-sindical habían cumplido con la masiva insinuación de que se quería *otra cosa*. El peronismo había ensayado un épica de continuidades y debía hablar ahora de "mariscales de la derrota", un primer concepto que estaba a mano. El alfonsinismo arriesgó a repensar su propio partido bajo el peso de la pavorosa hondonada que había trastocado los tiempos de la historia, siempre un peligro para las tradicionales carcazas partidarias. La política guarda en su pliegue último la génesis de los mariscalatos derrotados. Cuando ocurre –cuando es el caso que esa celdilla madre emerge– enseguida hay nombres disponibles. En el peronismo se trataba de Luder, Bittel, Saadi, Triacca. Y de la propia Isabel Perón, marioneta riesgosa, fantasma madrileño, alma en pena, presidenta del partido, con su implantado acento de señora de compras por la Gran Vía.

Aquella expresión sobre los *mariscales de la derrota*, de ascendencia militar, tenía prosapia en la memoria de las grandes confrontaciones políticas y sociales. Es la tenebrosa jornada de reproches, culpabilidades y nuevos redentores que acuden a toda fuerza abrumada. El peronismo se vio enfrascado así en la gran discusión. Le tocaba el turno de su *renovación y cambio*, no frente a ningún Balbín –Alfonsín ahora se parecía no tan imperceptiblemente a Balbín–, sino a políticos convencionales que cargaban en sus espaldas con un estropicio que nadie imaginaba: UCR 52% de los votos. Partido Justicialista: 40%. Las cifras justicialistas se apocaban como moscas atontadas en las charreteras del mariscalato batido. El alfonsinismo aprovecha para perfeccionar la estocada con la Ley Mucci, que ya al final de ese año fatídico para los mariscales propone modificaciones en la confección de las listas electorales para los comicios internos de los sindicatos. Ante el peligro, se unifican las dos CGT, la que actuaba desde la sede histórica, condescendiente con la dictadura que se había dejado atrás, y la de Saúl Ubaldini, sita en la calle Brasil, barrio de Constitución, que se había considerado en asequible resistencia frente a los militares que –en su último tramo– rumiaban irse.

Luego Ubaldini se tornaría la pesadilla de Alfonsín, sería el líder sindical movilizador, que llamaba a incesantes paros laborales y hablaba desde grúas elevadas sobre una multitud que ocupaba nuevamente la Avenida 9 de Julio y gritaba "traigan al gorila de Alfonsín, para que vea, que este pueblo no cambia de idea, pelea, pelea, por la liberación". Este cántico aún brotaba de la herida electoral, que podía ser tanto magnificada como interpretada a la altura de un mero episodio de la república liberal, olvidable o pasajero. *El pueblo no cambiaba de idea*, se decía para garantizar el subsuelo estable de la Patria, el río inmóvil. Por supuesto, nadie piensa seriamente que alguna vez hubiese tal inmanencia de lo fijo o un gozoso inmovilismo en las identidades políticas. Para eso están los cánticos ufanos, que todos nos permitimos como consuelo o llanto disimulado por lo perdido.

Saúl Edolver Ubaldini era un personaje prototípico de una sociedad argentina que produce un deseo de justicia a través de la fragua sindical establecida, emotiva y perseverante. Muchacho de Mataderos, había participado –afiliado al gremio de la carne– en las épicas jornadas de la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre en 1959, junto a las huestes de Sebastián Borro, en plena *resistencia peronista*. Como muchos otros, luego de la gran represión, debe buscar otro destino y a la vez reincidir en él. Se hace dirigente cervecero, lo que había a mano en la flecha de la providencia. Y luego el periodismo le dirá así, el "cervecero Ubaldini", desconociendo que era hijo de la carne peronista y no del milenario lúpulo que ya usaban los antiguos romanos para fabricar cerveza. En las crónicas de las alteridades de una época, una larga confrontación especular lo unirá paradojalmente con Alfonsín. Ubaldini era personaje antiguo y hombre de rebordes y marginalidades. Pero pasa al centro de la escena, prohijado por Lorenzo Miguel, que le dice el "pibe", locución con la que los viejos jerarcas sindicales quieren convencerse de que dominan a las personas y las envían a la lucha, sin entender a veces que los nombres recaderos pronunciados en una ocasión pueden dejar de estar vacíos en otra o adquirir vida propia. Ocurrió con Ubaldini, aunque nunca pudo extirparse de su figura un no sé qué de inesencial. Menem consideró que debía

dejarlo de lado, pues él iba más allá de decirles "el pibe" a los hombres presuntamente transitorios o destinados a raras servidumbres. Directamente lo correrá con la hinchada de Chacarita Juniors, una vez decidido que el ciclo de la "CGT combativa", como si hubiera sido una triste servicialidad, había concluido en los mismos umbrales del comienzo de su presidencia.

Lo cierto es que Alfonsín, a su manera, también era un personaje antiguo; algo de la carraspera sentimental del balbinismo, contra el que había luchado, quedaba impreso en su cuerda personal más íntima. Pero había aceptado reelaborarse, trazarse un nuevo perfil cultural con adquisiciones que sospechaba necesarias. De ahí su encuentro con un texto fundamental, que lee en Parque Norte dos años después de asumir, ante una convención de delegados radicales. Difícil valorar rápidamente ese gran texto y sus efectos posteriores. Allí Alfonsín intentaba fundar la noción de pacto democrático con nuevos hallazgos conceptuales provenientes de la teoría democrática que se escuchaba en los nuevos ambientes universitarios y sociológicos. Había que partir de una definición del sujeto democrático autónomo que sin embargo aceptase ser constituido por reglas generales de acción social. Estas reglas eran un horizonte ético inapelable que a pesar de todo debía aceptar reformulaciones provenientes de la antedicha capacidad autónoma de los sujetos.

Esta aparente contradicción era festejada por el documento alfonsinista como un rasgo del pensamiento en tensión, que se presentaba como propio de la democracia y foco de su historicidad. El pacto provenía del movimiento social, naturalmente conflictivo, pero debía moverse en el seno de una ética de la solidaridad –así definida– que resguardaba las márgenes del conflicto, a fin de no hacerlo un evento de destrucción y anomia social. La manera en que se movía la argumentación del *Documento de Parque Norte* era compleja y desacostumbrada en la política argentina, excepto si nos remontásemos al *Proyecto Nacional* leído por Perón en el Parlamento más de diez años antes, que pertenecía a la tradición del Estado formulando el envite total de reconstrucción a la nación, lógicamente menos ligado al intento de aprehender la

tensión constitutiva de todo pacto social, cosa en la que los autores del documento alfonsinista se habían embarcado.

En efecto, el intento de mediar entre orden y conflicto, liberalismo y socialismo, radicalismo y populismo, subjetividad y normatividad, le daba al texto de los nuevos radicales un aire teórico que no intentaba suavizarse. Todo desembocaba en un grave problema apenas insinuado: la tensión final entre pluralismo y fundación de tiempos nuevos, pues a la democracia, se decía, "no había que reconstruirla sino refundarla". Ese ambicioso propósito debía resolver la equivalencia entre la nueva igualdad postulada entre los sujetos ciudadanos y el hecho de que debía haber un punto desigual y absoluto de iniciación: *la fundación y el fundador*. Ese espacio originario, el que debía ocupar Alfonsín, se parecía demasiado a la idea de líder político del período peronista. Pero en este caso tanto debía surgir de un pacto de equivalentes ciudadanos como tener su condición primera extraída de esa postulada paridad social. He ahí las tensiones. El alfonsinismo no las resolvió porque no podía ser el peronismo. Podemos considerar que ése era el aspecto peronista oculto del documento de Parque Norte, así como la *renovación peronista*, que estaba actuando ya con gran éxito en sus congresos de combate contra los "mariscales", tenía sin admitirlo una secreta pulsación alfonsinista.

De todas maneras, el documento alfonsinista, que tomaba trechos importantes de un artículo que con la firma de Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero había sido publicado en la revista cultural *Punto de vista*, representaba una fusión en un estadio superior del lenguaje de los teóricos de la politología o de la lingüística del momento, como Rawls o Searle, con la tradición krausista del radicalismo, que Alfonsín, aun sin saberlo, nunca había abandonado, y que recrudecería andando el tiempo. Mientras tanto, se conocía ese mismo año el documento fundacional de la renovación peronista en el que se hablaba de "fidelidades creativas y heterodoxias audaces", lenguaje también inspirado en las "nuevas democracias participativas" que iba horadando, nada lentamente, el predominio de las 62 Organizaciones en el peronismo y las figuras de Isabel Perón y Vicente Saadi al frente del partido.

El "efecto Alfonsín" se notaba con fuerza en el llamado de los renovadores a "institucionalizar" el Partido Justicialista, lo que revelaba un acto de profunda secularización respecto a la concepción de la *movilización total* que para el peronismo clásico implicaba rechazar el sistema de partidos, dándoles a éstos –y sobre todo al propio– un mero carácter "instrumental", no enraizado en lo que importaba, ese "subsuelo movilizado de la nación". Sin embargo, la noción de *sistema de partidos* era acercada al lenguaje renovador por teóricos de la nueva representación social en las democracias modernas, concepto al que también ponían en tensión con el de participación social.

Cuando Menem, en 1988, vence en las elecciones internas del Partido Justicialista a Antonio Cafiero, que parecía seguro candidato a la presidencia por ese partido, el sutil filósofo Oscar Landi, quien se había acercado por entonces al obstinado político peronista, observó que, después de duras confrontaciones internas, siempre el vencedor "tomaba temas" del vencido y viceversa. El primero como muestra de amplitud y generosidad, el segundo como reparo autocrítico. Quizá toda la época del gobierno de Alfonsín fue regida por esa paradoja del vencido, lo que también puede ser considerado como el mimetismo inconstante del vencedor. O de otro modo, el secreto sesgo de unidad añorada que posee toda conflagración.

De todas maneras, para llegarse a esta serie de afinidades furtivas entre los alfonsinistas y los peronistas renovadores, antes tuvieron que producirse claros descartes de todos los estilos políticos que parecían estar por debajo de esa masiva "modernización" de los lenguajes. En tal sentido, algo muy importante había ocurrido en el año 1984, en el debate entre Dante Caputo y Vicente Saadi sobre el plebiscito llamado por el gobierno de Alfonsín respecto al laudo papal en torno a la posesión de tres pequeñas islas situadas en el Canal de Beagle. El debate televisivo, mediado por Neustadt, confrontó el estilo académico y socio-político del ministro Caputo con el fraseo anquilosado del justicialista Saadi, con su verba proveniente del inflado ritualismo de los banquetes partidarios y manierismos de peronismo nacionalista.

Saadi, cuyo nombre figuraba en la *Correspondencia Perón-Cooke* en la interminable lista de contribuyentes a la larga marcha de la resistencia, quedó en el humor argentino como cultor de un exceso palabreril típico de la vieja política que se deseaba considerar superada. Se había dado, al parecer, una vuelta de página sobre el cacareado sonsonete de los tribunos de caterva. Saadi había empleado la vieja expresión *nubes de úbeda* para significar la presunta desubicación de Caputo, que esgrimía aires severos de argumentador académico. En el refranero de antiguas leyendas moriscas ya figura aquel picante dicho, como todos, de origen incierto. Saadi provenía de la inmigración árabe que había fundado el pequeño comercio en las rutas polvorientas de muchas provincias cordilleranas y norteñas, así como también integrado desde sus inicios el peronismo.

La ciudad de Úbeda, primero romana y luego musulmana andaluza, deja que su nombre famoso vague por un proverbio que ya había criticado Don Quijote en reprimenda a Sancho, y que mucho tiempo después del Siglo de Oro le costaría caro a Vicente Saadi. Quiso decir que Caputo era impreciso y divagador, pero el peso problemático de la frase dejó al descubierto que Saadi era quien se iba por las ramas de aquellos dulces olivares y cerros mitológicos. Nunca los políticos terminaban de tomar nota sobre qué significaba realmente hablar por televisión. En las circunstancias aquellas, parecía ser el alfonsinismo el que lo sabía. Un bello proverbio se transformaba en una locución vetusta que mandaba al patíbulo a quien la usaba, y con ello parecía cerrar el ciclo de toda una fuerza política que había congregado a la mayoría de los proletarios argentinos.

La época de Alfonsín fue propicia para lo que se denominó, con evidente fortuna, el "análisis del discurso". El peronismo era el que más había esgrimido el tema retórico, que por múltiples manos intermediarias lo hacía vástago de las sabidurías de los maestros mitológicos de la persuasión y la guerra. Pero sofocará esas influencias notorias bajo el peso de una doctrina popular recitada como salmos de granito. No quiso hablar de ellas más que en su estadio final, convertidas en aforismos y sentencias del habla de los

miles y miles de leales. En cambio el alfonsinismo hizo gala de tutearse con ciencias universitarias, semiologías diversas, teorías del "giro lingüístico" que escapaban como eco de los gabinetes filosóficos y que los políticos tenían a bien escuchar. El libro de Eliseo Verón y Silvia Sigal, *Perón o muerte, fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, representó cabalmente esa etapa. Como análisis de la enunciación de una consigna que removía la trama de nombres, ofrecía alternativas sobre el vacío y las promesas de muerte como obvio descubrimiento de que ellas no cultivaban la alteridad democrática. Ésa fue la más alta manifestación del discurso de Parque Norte, su acabada conclusión semiológica.

Más módico, pero no ajeno a ese clima, Alfonsín estaba pronto para cruzar estocadas con las fraseologías eruditas o rústicas que lo apostillaban. En el primer caso, subió al púlpito de la misma iglesia Stella Maris, capellanía de la marina, para refutar a un sacerdote que cuestionaba sus políticas de derechos humanos. Gesto laico y atrevido, no menos remarcable que el que dirige hacia el área de las izquierdas, donde cierta vez, en un acto en Neuquén, surge la exclamación airada de un ciudadano un tanto entrado en carnes con el apóstrofe opositor ancestral: "¡Tenemos hambre!". Alfonsín responde al vuelo, con frase que quedó: "¡A vos no te va tan mal, gordito!". Se quería decir con esto que la metáfora más prestigiosa de las revoluciones, el hambre, no podía estar encarnada en un portador que con impropia figura la desdecía literalmente en su poder insurrecto.

Es probable que Alfonsín, que seguía debatiendo contra el Cid Campeador –ahora en las fugaces personificaciones de Ubaldini o Lorenzo Miguel–, viese en ese borroso "gordito" el fantasma mismo de un peronismo que poco a poco recuperaba sus estilos, algo que en gran medida brotaba del modo en que se veía reflejado en un espejo "renovador". Éste era rápido, vertiginoso. No tan laborioso, intrincado y lento como el que había empañado muchas veces la mirada de Alfonsín. Pero ambos movimientos de criaturas ansiosas de dejar su mensaje bajo vestimentas de poder, en mucho se iban pareciendo.

De todos modos, no poco de esos trofeos del "discurso constitutivo de lo real" tuvo una de las grandes obras de Raúl Alfonsín,

el juicio a los ex comandantes del proceso militar. Ni era fácil de hacer ni es necesario pensar ahora que era lo único posible en materia de avance sobre la reconstitución moral del colectivo social llamado Argentina. En su momento, fue digno y atrevido, aun regido por los planos diversos de responsabilidad que el gobierno había fijado y por una doctrina de los funcionarios alfonsinistas que enseguida de ser esbozada se denominó "de los dos demonios", queriendo significar que la condena a los militares tendría la contrapartida de la condena equivalente a los insurgentes. Los pensamientos de las izquierdas y de buena parte del peronismo renovador albergaban los principios de esa crítica al alfonsinismo. No lo decían claramente. Pero el escritor David Viñas, en un programa de televisión, resumió hondamente la cuestión: "Simetrías no, doctor Alfonsín, simetrías no". El balance alfonsinista no se entrometía con una visión más cálida y arriesgada de los años 70.

Un caso: llevado hacia el extremo de su mimético oportunismo de avanzada, cierta vez el especulador Menem, hombrecillo de un remoto gobierno riojano, también criticó ese enfoque que apartaba de la genealogía de luchas a los militantes de la década anterior. Sin embargo, poco tiempo después, siendo presidente, lo redoblaría brutalmente en una oscura advertencia al decir –en oportunidad de la *marcha blanca* de los docentes 1996– que veía en las madres de muchos de sus participantes a "futuras madres de Plaza de Mayo". Había asumido, entre tantas cosas que se pegaban a su cuerpo de papel cazamoscas, la mirada misma del Estado en su ciclo más espantable.

Aquel juicio a las juntas fue ejemplar, un acontecimiento excepcional del siglo XX en cuanto a situaciones históricas en las que un país sale de una dictadura terrorista, redefiniendo drásticamente toda la cultura de una época. Durante largo tiempo, entre los meses de abril y agosto de 1985, un conjunto de testigos declararon en los estrados sobre la experiencia vivida en los campos de concentración del gobierno militar. Se trataba de un conjunto de casos seleccionados por los jueces, que, siendo numerosos, aun así no abarcaban la abrumadora cantidad de evidencias sobre un procedimiento represivo que era inédito en la historia argentina.

Surgían aciagas comprobaciones de las que no había memoria en ninguna época que se eligiese de la historia nacional. Técnicas de despersonalización de los cautivos, trabajo esclavo, torturas que apelaban a suplicios de crueldad calculada, confinamiento de personas en condiciones de supresión de las nociones de espacio, tiempo y subjetividad, mecanización de las funciones vitales, cuerpos desnudos como trofeos simbólicos de una automatización y serialización de la vida, reducida a una fisiología comandada por demiurgos que se complacían en el poder que había crecido a la sombra del Estado: el poder sobre individuos serializados y despojados de su misma condición de sujetos.

Todo ello formaba parte de un sistema de tortura refinado pero, aun así, antesala de algo más aterrador, si es que cuestión de tal índole pudiera concebirse. Se trataba de una maquinaria de selección de personas que masivamente eran enviadas a un destino último e innominado de desaparición de sus cuerpos y huellas de vida, cadáveres sin nombre que se desechaban en campos anónimos, en cementerios clandestinos, bajo las insignias impúdicas del NN o bien en las profundidades del mar, que devolvía de tanto en tanto algunos signos, oleajes perdidos del plan sistemático de terror, lúgubres vestigios entregados por la resaca. Un grito helado recorrió a la sociedad argentina y por un momento hubo la obligación moral, no discutida por ningún hombre sensato, de considerar que, ante tal corte en la continuidad de los cimientos antropológicos de la vida nacional, era necesario refundar el sentido mismo del destino compartido, volver a pronunciar palabras propiciatorias que buscaran una explicación a lo ocurrido junto a la necesidad de rehabilitar los ejes sensitivos de la colectividad argentina.

El alfonsinismo, por provenir su circunstancia de un partido popular centenario, de un itinerario ciertamente entrecortado y heterogéneo y del nombre de un político emergido en esas circunstancias trágicas, era el sorprendente receptor de ese espíritu acongojado de una sociedad que deseaba saber sobre el horror y a la vez retirarse rápidamente de la ciénaga con algunas sumarias nociones morales. Alfonsín había sido claro en su militancia de los años 70, rechazando cualquier decisión de lucha que involucrara

acciones de violencia o participación en grupos armados. Ahora estaba a cargo del gobierno que resguardaba los estrados en los que cientos de esos militantes, salvos por circunstancias excepcionales de un destino último y tenebroso, dejaban a la consideración pública los textos íntimos de la catástrofe nacional. Por un lado, a pesar de las tribulaciones dificultosas que habían permitido llegar al juicio, Alfonsín asociaba su nombre a esa gran gesta jurídica y humana. Por otro lado, la trama política del alfonsinismo no podía cargar enteramente con el peso trágico de esas narraciones. Se hacía vana y torpe la tesis de los "dos demonios", defendida por ministros alfonsinistas y esbozada por pliegues internos del texto explícito en el prólogo del *Nunca más* a cargo del ambiguo Ernesto Sabato, presidente de la comisión que –nombrada por Alfonsín– se había constituido en una instancia previa de investigación sobre personas desaparecidas.

¿Podía la democracia juzgar enteramente al pasado? Y aun más, ¿podía nombrarse todavía como democracia en el caso de que decidiera tomar las formas más profundas de justicia por la ley reglada y la ley de la convivencia humana? ¿Una visión estrecha de la democracia lo permitiría? ¿La proclama alfonsinista sobre una democracia como "forma de vida" lo admitiría? El peronismo renovador podía ser beneficiario de las condiciones del debate, que le competía totalmente, porque, por un lado, salvo casos aislados, el radicalismo no podía constituirse en el albergue existencial de los militantes sacrificados, en general provenientes de las insurgencias que habían actuado en la zona del peronismo montonero y del Ejército Revolucionario del Pueblo. El peronismo renovador sospechaba que tenía hilos de memoria y ligamentos de identidad que, aunque fuesen remotos, correspondían a una historia común con los desaparecidos. El alfonsinismo se mantenía como expresión del poder de enjuiciamiento que le daba el ser garante exterior a una visión justa sobre la tragedia, mientras que el peronismo no sabía cómo interrogar efectivamente a lo que de ninguna manera era una exterioridad a su propia historia turbada, pero con distintos grados de rechazo a esa intimidad que para muchos significaba no querer recordar que en el comienzo de la década del 70 habían

proferido lo que parecían fáciles cánticos montoneros junto a las multitudes juveniles que recorrían la ciudad.

En cuanto a los militares encausados, no podían aceptar ser juzgados por entidades legales que ni pertenecían al clima moral en el que actuaron los vencidos ni dejaban de nutrirse de un puñado de jueces que ostentaban en diversos grados creencias liberales (o “alfonsinistas”) que los sentados en el banquillo de Tribunales repudiaban. Aunque, desde luego, insistían que eran ellos mismos los que las habían salvado del desmantelamiento en caso de haber triunfado los insurrectos. Los vencedores eran enjuiciados no por los vencidos, sino por una red jurídica mediadora, por un derecho universal imparcial, que sin embargo era visto como una oblicua y espectral manifestación que recogía, por titilante que fuera, un eco de los derrotados.

En particular, el alegato de Massera revestirá gran significación, que aún hoy se escucha en expresiones de militares juzgados por participar en el “plan criminal” del terrorismo estatal. Massera habló –en discurso preparado por su asesor Hugo Ezequiel Lezama, aunque pronunció sus palabras en una escena de improvisación austera–, de un panteón común de los muertos en las luchas de los militares contra la guerrilla. “Terminada la guerra, todos los muertos son de todos”.

Massera mostraba una versión diferente a la de los otros comandantes, sobre todo a la del santurrón Videla, tentado a considerarse un místico de la sangre, aunque su ascetismo glacial oscilaba entre la falsedad y la indiferencia. En primer lugar, al indicar que los jueces que los juzgaban habrían sido también arrasados por las guerrillas, sugería que su intermediación tenía un sospechoso aire de continuar por otros medios la acción de los militantes armados. En segundo lugar, al postular un altar de la patria que, yendo mucho más allá de la amnistía, entrelazara la sangre derramada de “ambos bandos contendientes”, estaba pensando en una utopía reconciliadora donde el verdugo de uno de los más notorios centros clandestinos de detención declamaba su “amor por todos los caídos”. Por sus propias víctimas, sus propios sacrificados, su

vasta legión de asesinados. Por un imposible acto de la palabra para decir *desaparecidos*…

El ex almirante había puesto en esa importante alocución, a pocos metros del sobrio fiscal Strassera, el cenit de una ideología sacrificial para nutrir al Estado represor bajo un manto de unidad nacional. Y él mismo, alimentado por la sangre sublevada, a la que decía comprender por haberla sacrificado, la devolvía como unción del asesino solapado, doctrinario laico de la purificación, proclamado de apuro socialdemócrata *in extremis*. O como había proclamado en su época gloriosa de editor de diarios y de conferencista en la Universidad del Salvador: "un nuevo humanismo contra las ciudades mecánicas de vidrio y cemento". Pensaba desde un franquismo de altar profano con cuotas de democracia social infusa. Iba mucho más allá de las tesis de los dos demonios. Soñaba la pesadilla de una nación sangrienta, gobernada con palabras aptas para la hora internacional pero convirtiendo en una doctrina de reconciliación la guarda en mausoleos sin cuerpos de la memoria de sus crímenes horrendos. Los consideraría una nueva fertilidad nacional, una depuración por la sangre, tal como pensaban las ultraderechas históricas, aunque sin la estatura demencial de un De Maistre y con la astucia menor del obtuso victimario que pasaba por tener un alma "amorosa", de seductor póstumo con sus propios martirizados.

Con lo crucial que estaba siendo su intervención en ese trágico orden de cosas, el alfonsinismo no estaba a la altura de comprender estos dilemas de corazón profundo de la querella argentina. Por lo demás, su necesaria prescindencia sobre los temas de la lucha armada garantizaba su condición de juez imparcial, pero al precio cimero de no tener una palabra crucial, indagadora sobre los pliegues últimos de los sucesos más desgarradores vividos en la historia moderna del país.

¿El peronismo renovador podía comprender mejor este drama profundo? También se dejó hablar a los jueces, pero como reserva crítica frente a lo que era indudable mérito de Alfonsín, eligió objetar cautamente el enfoque de culpabilidades simétricas al que llevaba el gobierno la interpretación sobre la responsabilidad homicida en

los años más inclementes del pasado nacional. Tenían razón, pero el alfonsinismo lidiaba con una situación militar de difícil control, pues enfrentaba un golpismo sin proyecto golpista inmediato, en el que oficiales que habían combatido en Malvinas se declaraban en rebeldía por los juicios que sufrían militares de mediana graduación, bajo imputaciones que los involucraban en la guerra sucia. En el recordable y tenso acto de Plaza de Mayo, en el año 1987, que preside Alfonsín junto Cafiero –que poco después obtuvo el cargo de gobernador de la provincia de Buenos Aires–, el presidente esgrime un espíritu conciliador con los militares insubordinados en el principal cuartel del ejército. En lo inmediato, eso alivia a las conciencias cívicas –radicales y peronistas renovadoras– súbitamente intranquilas. Pero luego sus dichos sobre un "orden" o una salutación feliz donde se conviviría con incómodos "héroes de Malvinas" le serán reprochados como la fuente de inadmisibles o por lo menos desaconsejables concesiones.

Sobre un oscuro subsuelo nunca declarado en el que muchos veían con beneplácito una reconciliación rápida con las deshumanas anomalías del tiempo anterior, no explicitada genuinamente por ningún sector social relevante, excepto el activismo militar remanente, y en un ambiente de fuerte actividad de los grupos de militantes de las asociaciones de derechos humanos, el gobierno alfonsinista se dispone a dar algunos pasos en torno a un andamiaje legal que estrecharía el área de aplicación de las leyes contra los responsables del procedimiento homicida generado a la sombra del Estado. Se aprueban las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, con poder exculpatorio, ya sea por razones técnico-jurídicas o propias de la naturaleza del andamiaje en el que fluyen las decisiones militares, de un grupo amplio de militares envueltos en las acciones clandestinas de represión.

Escribiendo sobre lo que había oído en una de las sesiones del juicio a los comandantes, en el día *22 de Julio de 1985* –esa fecha sirve de título del artículo–, Jorge Luis Borges esboza la visión más refinada de la tesis de los "dos demonios", generalmente repudiada pero que formaba parte de una sofocada voluntad colectiva para pensar sin mayores exigencias lo ocurrido en la noche y niebla

de la historia argentina. Borges expone la circularidad entre la víctima y el victimario, entre el verdugo y el inmolado. En párrafos de fina precisión alucinada, habla de la "inocencia del mal" y de la "necesidad de castigar", a pesar de que no hay un régimen de castigos y recompensas que pueda actuar como ley humana universal. El agnosticismo borgeano se situaba en la madeja central de la teoría de los dos demonios y al mismo tiempo la superaba con un golpe de decisionismo ético, tal como era su costumbre más desarrollada, además de retomar una tesis sobre el mal fundada en una teología política de envergadura irónica, paradojal.

Dígase sin vacilar que la renovación peronista adoptó las consignas ético-políticas de la época, vio con simpatía la acción del histórico tribunal llamado por Alfonsín y en la templanza dadivosa de quienes no habían sido llamados a gobernar, criticó la idea de semejanza simétricamente opuesta entre militares e insurgentes, que el gobierno radical sostenía. Sin embargo, éste también le prestaba atención a la noción jurídica de que el peso de la gravedad aberrante recaía en el Estado, cuya responsabilidad ante la ley era diferente a la de los grupos que proclamaban la justa violencia sin otra afiliación que la de autoerigirse tales.

En cambio, Rodolfo Galimberti, en un consternante monólogo realizado ante los periodistas Marcelo Larraquy y Roberto Caballero hacia fines de la década del 90, postulaba una reconciliación por medio de argumentos confusos pero profundamente llamativos. La guerrilla había fracasado y era la hora de la hermandad entre militares represores y militantes armados peronistas, a la manera de una sinuosa "unidad del ejército y el pueblo", pero ahora bajo la idea de los combatientes que sabían del gusto de la sangre y de la traición de los políticos, los tilingos o los "generales de escritorio". Este turbado personaje que evocaba aquel discurso masserista juzgaba lo ocurrido en la dimensión siniestra e indecible de la historia con criterios de la guerra clásica: intercambio de prisioneros, amistad postrera entre los hombres de las trincheras enfrentadas. Sin embargo, en nombre de una moral de combatientes abandonados por sus respectivas instituciones, antes enemigos y ahora fraternos, embestía contra la frase "ni olvido ni perdón",

que exhibían las Madres de Plaza de Mayo y organismos de derechos humanos, que la renovación peronista había incorporado –aún Menem no había delineado su pensar verdadero– y que el alfonsinismo no condenaba explícitamente, pero a la que rechazaba darle adhesión, por las razones antepuestas.

Expuesto lo anterior, se comprenderán las encrucijadas por las que atravesaba el alfonsinismo, que se apartaba del corazón realmente reconciliador que quizás implícitamente había soñado, mientras era inculpado de tibieza socialdemócrata por los renovadores peronistas más avanzados, que habían forjado el concepto de *posibilismo* para denunciar a un gobierno que negociaba con las fuerzas no necesariamente coaligadas del "pacto militar sindical" que lo acechaban, con el pobre ideal de ser concordante, pero ahora con los que antes había señalado como la conjunción trágica de la historia nacional moderna. Considerándolo mero componedor de situaciones cuyo interés último era dictado por las mismas corporaciones que se decía atacar, el peronismo renovador asimilaba a Alfonsín a las novedades que traía en España Felipe González, gobernante que hablaba de igualitarismos sociales sin cuestionar las tramas económicas dominantes o el poder militar de la OTAN.

Incluso, Alfonsín, ya pasados los aires de renovación sindical de la Ley Mucci –que había proyectado habilitar la representación de listas internas y la transparencia electoral sindical–, invita a su gabinete de ministros a un líder sindical proveniente del alma ortodoxa del justicialismo, en tiempos que ya eran de difícil *gobernabilidad*, expresión que justamente aparecerá en esa época, tomada de contemporáneos textos académicos. Hablará el presidente entonces de un "tercer movimiento histórico", expresión usada antes por grupos estudiantiles y de la izquierda nacional militante, para señalar la historicidad del movimiento nacional, que habría tenido un primer capítulo yrigoyenista, luego otro peronista y un tercero a ser formulado en la referencia dilemática de ese tiempo presente.

La renovación peronista, triunfante en 1987 en la elección de diputados y con varios gobernadores electos –incluyendo el de la provincia de Buenos Aires– se autopercibirá ya dentro del co-

mienzo del "turno" –la expresión es balbinista–, que tendría como desenlace inevitable la vuelta del peronismo a la presidencia de la Nación. El alfonsinismo había lanzado consignas simples pero efectivas –"somos la vida"– y con diversos tropiezos pretendía fundar una nueva época de paz. El presidente, en diversos discursos doctrinarios, había juzgado duramente la violencia de los años 70 y la había cotejado desventajosamente con las insurrecciones radicales de fines del siglo XIX y principios del XX. Esa violencia antigua, dirá, era para fundar la democracia y en ella se agotaba. La diferenciaba así de la violencia revolucionaria del período anterior, el de la vuelta de Perón.

Esta reflexión indicaba alguno de los puntos que no eran resolubles por la mera apelación a las tensiones del pacto democrático. En primer lugar, el sistema democrático que se inauguraba computaba la sostenida equivalencia de las unidades plurales. La sociedad, en los umbrales de un pacto, estaba compuesta por mónadas de semejante peso, que entrarían en una zona de acuerdos por el simple acatamiento de su natural pulsión democrática. Pero ese vitalismo espontaneísta precisaba pedagogos y cartillas. Tenía alguien que lo enunciaba, alguien que por ese solo hecho podía considerarse fundador o *primus inter pares* del sistema plural de iguales. Era necesario pues anunciar y de inmediato romper ese pluralismo con la figura de un solicitante privilegiado que llamaba a la nueva época.

Alfonsín debía ser ese anunciador, debía decir que la historia radical pasada era superior a la historia peronista inmediata, pero al mismo tiempo tomar los rasgos de excepcionalidad que implicaba ese pluralismo –con su nueva historia de justicia superior a los años 70– como lo plural y lo excepcional al mismo tiempo. Ese lugar ideal vacío pero irremplazable debía darle cierto aire plebiscitario a la democracia y poner como iguales en pluralidad al peronismo que aceptaba equivalencias, pero para sustituir con su historia buena a la propia versión alfonsinista. Era la transcripción peronista de la épica nacional democrática, que antes ya había intentado anexar el yrigoyenismo. El sistema democrático inaugurado contra el espectro del Campeador tenía así un fallo, que se

revelaba al momento de tener que designar *el lugar mismo en que lo coronaba un jefe político que excedía las rutinas genéricas republicanas*. Su lugar era único, no rotativo ni pluralizable. En cierto momento Alfonsín decidió anunciar la peculiaridad anómala de ese pluralismo hablando de un nuevo "movimiento histórico"–el tercero–, y, en los raros momentos de sosiego, debió sospechar que la toma yrigoyenista de comisarías, en remotos años de la *belle époque*, inaugurales de la democracia electoral, no eran tan sólo una pasajera exaltación de los cívicos, una mera semana gimnástica de máuseres en mano. No en vano, los resistentes de los años 60 se ponían nombres que recordaban las gestas de intransigencia y conspiración de don Hipólito. Sí, era difícil ese lugar de Alfonsín. Lo rondaban, como a su maestro y antagonista Balbín, los fantasmas del peronismo.

El *Chacho*: la búsqueda de las fisuras

A los pocos días de volver de Brasil definitivamente, con Alfonsín ya afianzado en el gobierno, encontré a un viejo conocido en un bar de la zona de Congreso: era Carlos Alberto Álvarez, el *Chacho*. Lo recordaba de fuliginosas jornadas en la Facultad de Filosofía y Letras –calle Independencia al 3000– en las que como joven estudiante de historia comandaba un grupo denominado *Forpe*. No se quiera ver allí otra cosa que la reiteración ligeramente desplazada de viejos nombres legendarios. Cierta vez Alcira Argumedo había invitado a su amigo Darcy Ribeiro, el gran antropólogo brasileño exilado en Uruguay, a dar una conferencia en las cátedras de la Facultad que esgrimían en un medio académico "el punto de vista de la política" y un latinoamericanismo que tenía que ver más con Hegel que con Sandino. Al final de la charla, el joven *Chacho* hizo un discurso desde el lugar del público, no reafirmando más que lo dicho por el autor de *Las Américas y la civilización*, pero revelando destreza oratoria, capacidad para hacerse notar. Es el primer recuerdo que tengo de él.

Era menor en edad a nosotros, que éramos en verdad contemporáneos de su hermano Fernando. Hacíamos la revista *Envido*, dirigida por Arturo Armada, que, como se verá, contaba entre sus lectores al inquieto *Chacho*, por entonces empleado de una librería de la calle Corrientes. En aquel encuentro no tenía yo muchos más recuerdos de él, pero los que él tenía de mí hicieron agradable la charla y de inmediato me convertí en colaborador de la revista *Unidos*, de la que ya habían salido algunos números, cuatro o cinco, éste último con el atronador título de *Peronismo: ¿el fin?* En cuanto al *Chacho*, tenía gran capacidad asociativa, mejor dicho, agregativa. Un pragmático de la ilusión. Estaba motivado por su capacidad de huir elegantemente de las discusiones más enredadas, propias de la capilla cultural. Las miraba con sorna y en todo veía la posibilidad de saldar el intríngulis con la invocación de un horizonte más extenso y superador de las complicaciones.

Escuchar, aprender y escurrir. Así fue su aprendizaje. Siempre un "eso no alcanza, busquemos otra cosa adelante". Lo que parecía deslizamiento o desapego, impresionaba por el fervor con que invitaba a abandonar lo menos generoso de nuestros clichés y estereotipos.

Unidos era una revista precaria, típica de un grupo político que no tiene fuerza para hacer algo mejor que eso. Como todos, los miembros originarios de la revista habían esperado el triunfo de Luder. La sorpresa de la irrupción alfonsinista hizo de *Unidos* un ámbito que poco a poco se tornó muy relevante en la discusión sobre la historia y las perspectivas del peronismo. Hubo *Unidos*, al fin, porque hubo renovación peronista. Pero de alguna manera, se puede decir que hubo renovación peronista porque hubo *Unidos*. Y finalmente, hubo *Chacho* porque hubo *Unidos*, y ya no tanto a la inversa.

Durante los años dictatoriales, *Chacho* atendió una pequeña librería escolar junto a Norberto Invancich, y cuando sale con *Unidos* para "posicionarse" –esa cruda palabra aún no existía con el sentido actual– tenía en su memoria evocativa el terceto de fonemas de *Envido*, cuyos ecos silábicos *Unidos* volvía a recoger. Ya no se trataba, con todo, de un criollismo tercermundista, sino que ahora relucía una palabra del utopismo comunitario peronista, lo que justamente *Unidos* estaba destinado a reformular con consecuencias inesperadas. Siguiendo con extremada atención los tres congresos justicialistas realizados entre 1984 y 1985, *Unidos* apostaba a la línea renovadora con un respaldo de la "teoría democrática" –con diversos estilos la afirmaban autores como Mario Wainfeld, Arturo Armada, Tito Palermo, Ernesto López, Víctor Pesce, Ariel Colombo– y mantenía una fuerte polémica con la ortodoxia peronista de carácter movimientista, poco dispuesta a abandonar la consigna de la "revolución nacional", que tenía un peso específico en la reinterpretación más complaciente de la historia sindical y militar del pasado *demasiado* cercano.

La frase que había lanzado Alfonsín en uno de sus primeros discursos, mientras extendía el brazo, puño cerrado hacia el futuro, señalaba: "con la democracia se come, se cura, se educa". Esa frase se clavaba intencionadamente en el corazón social del peronismo,

para el cual las estratégicas funciones sociales de la salud, la educación y el bienestar alimenticio se resolvían no por la "democracia" sino por un histórico cambio de sensibilidad en el interior de la vida del Estado. Si el peronismo no se democratizaba, venía a decir Alfonsín, quizá la democracia se peronizaba. Tal lo que habían decidido escuchar y concluir los redactores de *Unidos*, desde luego que extirpándole el tono de alerta o lamento que podía inferirse de ese informulado, etéreo pensamiento alfonsinista. La basculante falúa de la política nacional se llamaba en bajante democracia peronista y en creciente alfonsinismo social. Versión optimista de una hipótesis de fusión entre corrientes de ideas y experiencias históricas a la que *Unidos* apostó con un juvenilismo nunca mitigado.

Unidos fue alfonsinista, y no voy a poner comillas en esta afirmación. No lo fue por acción partidaria ni por convicción moral, no lo fue por actuación electoral ni lo fue por admirado doctrinarismo. Mucho menos por portar esa identidad, pues tenía la *otra*. Pero tomaba el armazón conceptual alfonsinista para recrear la cultura social peronista bajo una democracia como filosofía primera, y no como resultado comunitario –como era en el peronismo clásico– de las medidas emergentes de "los principios sociales que Perón ha establecido". La ausencia del cuerpo vivo del Campeador –tal como Max Weber seguía percibiendo en Alemania el gimiente principio de la ausencia o del vacío aun años después de la muerte de Bismarck– exigía un nunca argumentado principio de sustitución laicista y secularizada del emisor de la palabra, pero a escala tan pletórica como aquella en que se situaba la realidad del mito. ¿Alcanzaban las ciencias sociales y las analíticas de lo político para llegar a tales alturas? Perón muerto, convertido en memoria, dejaba afectadas sus frases, las tornaba fragmentos de un planeta segmentado, como Kriptón. Una de esas frases figuraba en la portada de *Unidos* fundando su nombre: *El año 2000 nos encontrará unidos o dominados.* El grupo *Unidos*, en efecto, estaba dentro de una frase de Perón pero había tomado nota de la crítica democrática alfonsinista a la operatoria misma de esas frases. El Campeador no podía hablar luego de muerto y en vez de ventri-

loquia había que adecuar toda una doctrina a las nuevas condiciones políticas: una fundación democrática, más el imperativo de un cuestionamiento profundo a los años de terror.

Por cierto, *Unidos* acompañó con simpatía la zigzagueante marcha de la renovación peronista, manteniendo un vínculo con Antonio Cafiero, al que *Chacho* frecuentaba con asiduidad. El gran momento se produjo en la elección de legisladores nacionales en ese crucial año de 1985, el mismo año en que Borges escribe su artículo sobre el juicio a las juntas, del que asiste a la sesión en la que habla Víctor Basterra, un heroico sobreviviente. En ese cargado 1985 triunfó desde luego el oficialismo alfonsinista, pero, en el ámbito específico del drama peronista, Cafiero obtuvo con su lista autónoma muchos más votos que Herminio Iglesias con la sigla oficial del justicialismo. Se trataba de una elección en la vital provincia de Buenos Aires, que por un lado consagra a Cafiero como líder de la renovación y posible candidato a las futuras elecciones presidenciales –en la oportunidad se había presentado junto al político demócrata cristiano Carlos Auyero, hombre digno, abogado de maneras cuidadas y atinada elaboración reflexiva–, y por otro insinúa para la renovación un destino posible, cual era el de explorar vías partidarias alternativas, ajenas o distintas al tronco roído del mustio justicialismo.

Cafiero no se animaría a explorar ese camino. Pero el *Chacho*, por el momento, tampoco. El dilema tenía sentido, pues ese año un conjunto de escritores –verbigracia: *intelectuales*– vinculados al peronismo en los años 70, en general provenientes de experiencias de exilio, hicieron pública una declaración señalando que abandonaban el peronismo, aunque no quedaba demasiado claro si era una desistencia de la afiliación partidaria –aunque en verdad pocos de ellos estaban afiliados– o un renuncia a su inherente condición de peronistas. La ambigüedad de esa renuncia tenía que ver con el hecho de que la mayoría de los firmantes de la declaración compartían la crítica que la renovación peronista le formulaba a la ortodoxia (la renovación pedía "heterodoxias audaces" en lo que parecía un fraseo casi chachista) pero creían que la

gesta que los había congregado en tiempos más promisorios se veía ahora degradada de un modo que la hacía irrecuperable.

El gesto, que preocupó a Antonio Cafiero, al punto que concurrió al instituto de investigación social donde se reunían los renunciantes, tenía distintas interpretaciones, que se verificaron en el diferente trayecto que después recorrieron los firmantes, algunos marchando hacia una suerte de descompromiso creciente con las hilachas del viejo "movimiento nacional" y otros interpretando que el acto renuncista no hacía más que reafirmar raíces irrevocables de una memoria política superior a sus avatares coyunturales. Los actos de renuncia, con ejemplos ilustres en el peronismo, podían ser considerados una forma doble del abandono de una identidad: primero, rechazándola cuando ésta se deshonra, pero haciéndola revivir en el propio acto de abandono, como épica que deja lo mundano para experimentar lo trascendental. Y lo trascendental era precisamente ese estado de desamparo de los devotos, una forma real que resistía y en la que se recobraba líricamente el ánimo fundante de los orígenes.

El novelista Álvaro Abós, en una serie de artículos en la revista *El Periodista*, que culminaron con el escrito sucintamente titulado *Adiós*, había contribuido decisivamente a crear un sentimiento de retirada respecto a las armazones partidarias vacías, afirmando simultáneamente que el retiro no se hacía hacia ninguna otra orilla en particular. Sería una navegación huérfana, a pesar de que seguía percibiendo, decía, cierta vitalidad social en las prácticas sindicales peronistas, por lo menos en aquellas que recogían legados genuinos respecto a su representatividad, lo que, de todas maneras, poco a poco se tornaba menos atractivo. *Chacho* Álvarez había participado e incluso impulsado el movimiento adiosista, renuncista, aunque después no lo asumirá públicamente. Por esa época, adoptó el lema "El peronismo es nuestro domicilio existencial", en el que lucía un reconocimiento al origen de una vocación política pero una libertad reconquistada para emprender itinerarios libres o inesperados.

La flecha secreta que lo dirigía hacia Alfonsín ya había despegado, pero no era posible conocer todavía su rumbo. La revista

Unidos siguió saliendo luego del episodio de "el fin" y la renuncia. De hecho, protagonizó entonces su período más fructífero. El alfonsinismo fue su tema privilegiado; lo analizó y en el fondo, por momentos, coqueteó intensamente con él. Cuando en 1986 se planteó la cuestión de la mudanza de la Capital a la ciudad de Viedma, con un discurso de Alfonsín de densa emotividad histórica, enseguida se escucharon críticas de todo tipo, y no fueron las menores las que surgían de su propio partido. El editorial de *Unidos* de ese momento se mostraba más receptivo a la idea de ir "hacia el mar, el sur, el viento" que los propios conmilitones del presidente.

Pero la vida política, que consiste en cumplir con ciertos preceptos del destino, como la oscura lucha por el poder, no se detenía. Los renovadores no habían obtenido, en 1985, votaciones extraordinarias. Pero mantenían sus posiciones. En la Capital Federal, Carlos Grosso aglutinaba una fuerza respetable y se mostraba como una alternativa futura. *Chacho* fundaba el MRP, *Movimiento de Renovación Peronista*, cuya sigla, como todo lo que hizo el *Chacho*, mantenía una suave evocación de los nombres mayores del peronismo, aquella izquierda peronista de los sesenta que quizá había sido la única tolerada enteramente por Perón. El MRP era la sigla de las siglas. En 1968, en una de sus conferencias semiclandestinas, en el local del SAON (Sindicato Argentino de Obreros Navales), en la calle Ingeniero Huergo, yo había escuchado por primera vez al mayor Bernardo Alberte hablar de resistencia y de la vuelta de Perón. Pero ahora eran palabras desde luego reconvertidas a otros climas culturales y políticos. *Chacho* fue un gran evocador de nombres y símbolos. Cuando los solicitaba como tales les cambiaba su explicitación; cuando los deslizaba hacia prolongaciones levemente diferentes, jugaba con mantener el recuerdo de una significación antigua. Tales algunas de sus destrezas.

Poco tiempo después, Cafiero es electo gobernador de la provincia de Buenos Aires, ya retornado al "domicilio justicialista partidario". En esa misma elección, el peronismo se alza con otras provincias vitales, como Mendoza y Entre Ríos. Menem había retenido la gobernación de La Rioja. Cualquier porteño desprevenido pudo ver entonces en las paredes de su ciudad, en la Avenida

de Mayo, en la calle Florida, a muchos kilómetros de La Rioja, carteles profetizando "Menem presidente". La audaz pegatina decía algo sobre el curioso personaje que muchos comenzaban a conocer mejor y que ponía en práctica "la estrella del Jefe", sustituto oracular del reino de las encuestas.

Menem provenía de una familia de la inmigración siria que recorría los caminos de La Rioja como pequeños comerciantes –imaginemos carromatos, imaginemos quincallería rodante– que llegarán algunas décadas después a ser importantes bodegueros en su provincia, hasta crear la marca de vinos con su nombre, sucedáneo vitivinícola de una presidencia. Unos vinos «Menem» ya olvidados en la saga oportunista de los logotipos nacionales de consumo. Había nacido en Anillaco, pequeña población riojana de menos de 800 habitantes en la década del 90. Abogado recibido en Córdoba, muy joven se convierte en gobernador de La Rioja. Corre el año 1973 y Argentina está convulsionada. Se escuchan eufonías de revolución. El joven gobernador ya engalanaba su rostro con las patillas de Facundo Quiroga, mostrando una extraña opción cosmética y política. Pero la *imitatio*, que le ofrece la fuerza de la parodia, era su modo específico de argumentación política. Nada de dicursos; en su lugar, mimetismo y carnaval. Ese espíritu pegadizo lo extendía a los sones de la época, de cualquier época. Pues sin tener compromisos reales con el grupo Montoneros, dejó que su vestuario "del siglo XIX en los Llanos" incitara a graciosas interpretaciones hacia los años 70, nunca indiferentes a la idea de que aparecía un político con ropajes teatrales, trazando una ideología propiciatoria en su rostro. Que les recordaba a los militantes capitalinos, provenientes de otras filiaciones inmigratorias o de familias tradicionales, que el postulado federalismo interiorano podía verse servido incluso por una figura con un mixto de *commedia dell'arte* y caudillismo nacional y popular. Pudo entonces ser visto como *compagnon de route* de los montoneros.

Durante la gran represión, los militares no sabían bien a qué atenerse con este personaje salido de los cromos cuarteados de un libro escolar, con íconos pedagógicos del federalismo revisionista. Pasada la tormenta, y luego de varios años en una prisión de

confinamiento, Menem dirige su atención mimética hacia Isabel Perón. Pero muy pronto se hará renovador. De una manera u otra, pega sobre su cuerpo disfraces retirados de la ropería de cada momento dominante. Su pensamiento era de ungüento y utilería. Tras los congresos justicialistas de Tucumán y Mar del Plata –éste en 1988–, el péndulo del viejo partido fundado por Perón se inclina al parecer por Cafiero. Pocos dudaban de que sería el presidente que sucedería a Alfonsín. Pero Menem no se da por vencido. Había seguido a Alfonsín cuando era el único gobernador peronista en la marea alfonsinista y votado junto al gobierno radical la opción oficial en el plebiscito del Beagle. No lo seguiría a Cafiero. Favorecido por disposiciones de voto en las elecciones internas justicialistas que sancionan al territorio nacional como distrito único, busca en su tornadizo guardarropa otro traje, ahora el de un renovador con fuertes ligazones con la ortodoxia sindical.

Unidos era, tranquilamente, cafierista. Cierta vez, fuimos a visitar al veterano dirigente con *Chacho* y Felipe Solá. Se trataba de hacerle un reportaje para la revista; como se ve, todo en el plano de lo obvio. El hombre nos esperaba en su casa de Lomas de San Isidro, donde también se encontraba Guido Di Tella. Extrañas conjunciones, personas que creen estar atadas por vínculos perdurables pero un mínimo movimiento en las frágiles tarimas del tiempo los prorratea bruscamente hacia diversos destinos. Luego Guido Di Tella, hombre de mundo señoritil, economista muy leído en los 60, propulsor cosmopolita del Instituto Di Tella, será absorbido por Menem –dejó expresiones chabacanas para definir cuestiones de gran complejidad–; Felipe Solá, por su parte, comensará su carrera política, ya extensa hasta hoy, como secretario de Agricultura también de Menem. En cuanto al *Chacho*, aunque subirá a un viaje breve del menemóvil –iría como diputado en la listas peronistas de Capital en 1989–, muy pronto comenzará su proeza antimenemista, su verdadero *cursus honorum*; a él mismo le gustaba hablar con esos conceptos que había leído en Max Weber o escuchado en las unidades básicas que fundaba, repletas de sociólogos. En cambio, el que escribe estas líneas hizo lo necesario para poder alguna vez escribir estas líneas. No está

exento de nada en especial, nada lo pone a salvo de lo mismo que describe, pero no deseó poseer *cursus honorum*.

El empedrado real de ese *cursus* hipotético era *Unidos*. En los textos de la revista se había notado una fusión entre peronismo evocativo y sociología política, muy parecida a la que había en el discurso alfonsinista de Parque Norte, aunque esta última era entre krausismo radical y *esa misma* sociología política. Cuando *Chacho* inicia su tránsito más allá de *Unidos* y hacia *otro lado* que el peronismo, se relacionará con el dirigente socialista Alfredo Bravo, con el democristiano Carlos Auyero y luego con Germán Abdala, un dirigente sindical de ATE de gran sensibilidad social y que adquiría cada vez más hondura en sus expresiones a medida que lo iba socavando su enfermedad serenamente asumida. A *Chacho*, reforzado por la beneficiosa compañía de Abdala, podríamos seguirlo en esos tiempos a medida que adquiría mayor notoriedad por sus respuestas ingeniosas y su capacidad de detectar los primeros focos de asombro y disconformidad con el estilo Menem.

Era un muchacho de Balvanera, barrio de alcurnia yrigoyenista, asmático, buen lector aunque desprolijo e impaciente. Debo decir también que suavemente seductor, y que en ciertas noches en que se quedaba sin fluido para su aparatito contra el asma, salía a recorrer Palermo de madrugada, lo que podía coincidir con la misma necesidad de quien esto escribe, que por las mismas horas y en el mismo barrio (yo también asmático) descubría que el ventolín había quedado vacío. En ese mismo horario de desposesión, la imagen de dos perdidos detrás de un previsible ingenio químico, un modesto rociador, mientras caminaban en medio de jadeos hasta que aparecía la salvadora farmacia de turno, es un buen y gracioso recuerdo que tengo del *Chacho*. La política será el curso del honor, pero también es lo frágil, un pulverizador vacío.

Pasé hace un tiempo por el bar Varela-Varelita, durante más de una década la sede de las reuniones del *Chacho*, de sus armados de lista, de la recepción de artículos para *Unidos*, del encuentro con amigos en pos de una nueva jugada política, todo matizado con chanzas de los mozos y parroquianos. Durante mucho tiempo *Chacho* tuvo allí su mesa asegurada, el denso placer de la política

en la taberna, escena primordial, una y otra vez resurgida de los inicios del mundo ciudadano moderno. Nada parecía cambiar en ese bar mientras él se tornaba, tras su fausto ascenso, vicepresidente de la Nación. Le gustaba la ciudad como emblema de la política. *Ese denso bar de esquina, un palmeo ostentoso en la espalda de los amigos y esperar el colectivo 12*. En ese colectivo hizo campaña, percibiendo que la política tiene algo de repentino augurio, pudiendo llevar a un hombre desde su rutina cotidiana a los salones mayores que deciden los asuntos públicos. Pero ese viaje en el 12 era a la vez verdadero, su viaje diario no contingente, de casa al Congreso, desde Palermo al colmenar de los diputados, sin cálculos ni astucias. Rutinario. Una vez lo encontré en ese viaje –yo bajaba en la Facultad de Sociales, él en Rivadavia y Riobamba– agarrado del pasamanos y leyendo un diario doblado en varias partes para enfocar sólo el artículo de su atención, haciendo equilibrio entre las sacudidas del rodado. Comprendió que una rutina, en un momento imprescindible pero no detectado, se tornaba mito.

Aquel bar, el Varela-Varelita, estaba lleno de fotos del encumbramiento del *Chacho*. Ahora ya no queda ninguna. Sus dueños, sus mozos, no podían exponerse a ser socios sentimentales de una caída que no sería del gusto de los viejos y nuevos parroquianos, anónimos coreutas porteños que podrán ser muy melancólicos pero a los que no les gusta verse como perdedores extenuados, quizá profiriendo en callado lloro un "¡para qué!, ¡para qué!". Haber llegado y haber caído. El *cursus honorum* chachista fue narrado por la pared de un bar.

La transfiguración menemista

En su campaña electoral, Menem había prometido un salariazo, también había esgrimido una posición que, aun no estando bien explicitada, sonaba a un "retorno sobre Malvinas", y, anunciando el engarce paradojal que tendría todo su ascenso, proclamó una "revolución productiva". Iba por la vida recogiendo jirones discursivos y los combinaba como mitologías de la lengua, *collages* que toleraban toda clase de incongruencias y contraposiciones. No quería dejar de ser revolucionario, pero esa revolución lindaba con confines extremos de conservadurismo. Menem logró aliar en su lenguaje una pócima de gran intensidad provocadora junto a los máximos fetiches atemorizantes, un trueque ultraconservador en los significados políticos, dichos con gracia inocente y brutal simplificación. Se consideraba discípulo del historiador nacionalista José María Rosa, cuyo libro sobre *La caída de Rosas* había aleccionado a miles y miles de militantes del peronismo. No puede decirse que Menem no avizorase las caídas. Mucho tiempo después, fuera del gobierno y temporariamente preso en una casa del conurbano, mansión célebre por haber sido de *Poroto* Botana y haber contenido un famoso mural de Siqueiros, Menem se deja fotografiar con un libro sobre Napoleón, figura esmaltada que aprieta en su nombre el propio drama del tiempo y su compensación: *ascenso y caída*. Pero en las elecciones de mayo de 1989 lo encontramos triunfante. El Frejupo de Menem había obtenido 47,5% y la Unión Cívica Radical, llevando a Angeloz como candidato, 32,45%.

Se iniciaba la era menemista con un inmediato e inesperado giro del candidato hacia una alianza con la conocida empresa Bunge y Born, plena de significaciones. No podía pensarse sino que Menem veía las ideas y los argumentos políticos como un ajuar momentáneo que sin embargo traducía corrientes indeclaradas de su conciencia: hacer su carrera vestido de caudillo decimonónico pero ser siempre el *otro*; dirigirse en sigilo, transfigurado, hacia el

encuentro amoroso con el poder tradicional del que decía ser alternativa. Pretendía vivir en el seno de sutiles imposturas existenciales, por las que decía actuar en el polo popular, que sería el extremo contrario de lo que realmente admiraba. Quería ser él, verdaderamente él, el que encarnara un tramo elocuente de la reflexión casi borgeana que León Rozitchner le dedica a Perón, pero que parece más bien destinada al hombre riojano: "quería ser el jefe de los enemigos de su clase".

Menem tanto podía vestir un reluciente buzo antiflama para correr un *rally* como ponerse de manto simbólico a una centenaria empresa alimentaria, poderosa estibadora, en su ajetreada historia, de notorios arquetipos de la producción monopólica. Trajes de poner y sacar, crudas alianzas hechas con "sorpresa, información y secreto", como decía el candidato y luego presidente citando una frase Perón que era la que quizá le venía mejor a su ideal juglaresco y golpista. Menem era un converso de profunda conciencia ficticia. A su propio vacío espiritual lo convertía en un juego contorsionista, no exento del arte burlesco del tendero de *boulevard*. Como el Napoleón III que retrata Marx, le gustaba "dar un golpe todos los días".

¿Qué significaban los Born en la política Argentina? De alguna manera cerraban con su presencia en el flamante gobierno peronista el ciclo histórico de los años 70 y de la organización Montoneros, que había secuestrado en 1975 a Jorge y Juan Born, por cuya libertad se había pagado un extraordinario rescate. Menem era un habilidoso fullero y hacía chocar símbolos para que hablara la historia, esa historia que él contaba como efecto de una gran conversión. No había "domicilio existencial", como decía *Chacho*, sino un gran impulso anímico hacia la reconciliación y al goce precario. Consistía en arrojar la honra y la fábula de los que lucharon o maldijeron durante toda la historia argentina al altar de un apaciguamiento que se expresaba como *el fin de la historia*. Era sacar la execración como lenguaje y experiencia del mismo ocurrir de la historia. No era meramente una pacificación de los territorios enfrentados sino encaminarse hacia los emblemas fijados del odio y proclamarles amor. Esta súbita inversión iba más allá de la

mediación o el olvido de la injuria en el amasar del tiempo. Se trataba de decir ahora que las vestimentas de una historia real eran un mero juego declamatorio. La política no significaba otra cosa que exponer a la luz un turbio amor por los que antes se designó como verdugos, enemigos de clase o represores.

Eran Bunge y Born, el almirante Rojas, la familia Alsogaray, la Ucedé y el papel moneda con efigies reconciliadas de Mitre a Rosas, terminando la escala de valores con la Campaña del Desierto. Menem buscaba incesantes figuras con las que mimetizarse, no veía discontinuidad entre los actos de la televisión y los actos del gobierno, entre jugar de futbolista intercalado entre los integrantes de la selección nacional y los ámbitos del Estado. Esta equivalencia general de actos heterogéneos le daba gran fluidez al menemismo, carácter volátil y sensación de traer siempre algo inesperado. Todo ello trascendía la mera cuestión de firmar pactos, establecer acuerdos o reconciliar posiciones con enemigos del pasado. Sería así si estuviésemos en el marco de una política ligada a juicios realistas sobre el interjuego cambiante de identidades comprobables. Con el menemismo no podía ser *comprobable* ninguna identidad política.

El atractivo que esto ejerce sobre cierta clase de políticos proviene de una herencia clásica que presupone un enfoque total de la condición del líder que, retomada desde los clásicos de la retórica, es político porque sabe todos los oficios, demostrándolo al mimetizarse con ellos, pero además exponiendo esa mimetización general como lo característico del tejer político. Menem intuyó estas verdades y las desplegó con estilo circense y televisivo. Percibió el Estado como una suma de actos teatrales destinado tan sólo a garantizar la aquiescencia con los poderes fácticos dominantes.

¿En qué se convertía entonces el peronismo? Precisamente, la *conversión* pasaba a ser el alma de la vida política, no meramente una reconciliación, para lo cual hay siempre requisitos y posibilidades, sino algo más. La política entendida como máscara incesante, sin núcleo vivo de historias, sin operación de las memorias, consistía en ver un vacío horroroso donde otros habían visto su posición existenciaria en los espacios públicos. Algunos teóricos del mene-

mismo –los hubo– pensaron que el peronismo era una cultura, un punto fijo en la imaginación nacional que podía adquirir según las épocas y circunstancias las soluciones ideológicas que correspondieran, asumiéndolas todas por igual en una vertiginosa plasticidad. El punto inmóvil era la revelación inicial –la epifanía de Perón–, pero luego se podría asumir cualquier programa económico –estatista con Miranda, desarrollista con el último Perón, neoliberal con Cavallo– o cualquier programa ideológico: nacional popular si correspondiese, festejando las fuerzas impetuosas del mercado si diese lugar.

La idea de que el mundo ideológico y discursivo era maleable y de calidad inferior a los brutales pero determinantes hechos de la economía capitalista caracterizó los años del menemismo. O bien era la decadencia definitiva del peronismo, con su aparato de ideas clásico, el Estado arbitral, el sindicalismo orgánico y los ideales distribucionistas, o bien podría decirse que el peronismo podía reducirse apenas a la formación de periódicas clientelas y mesnadas que asistirían a tornadizas tramoyas, a corcovos hedonistas momentáneos, sustitutivos del viejo Estado de bienestar.

Paradójicamente, fue Menem el presidente que con su criterio mercadológico para juzgar las acciones políticas e institucionales terminó por apartar a las fuerzas armadas de los espacios decisorios y de las influencias gravosas sobre la vida constitucional. El levantamiento del coronel Mohamed Alí Seineldín en 1990 –éste bajo la presidencia de Menem, pero ya había practicado otro en las postrimerías del mandato de Alfonsín– había acabado con los sueños revolucionarios de este oficial del ejército, quizás el último en sostener las actuaciones del golpismo redentista dirigido, según afirmaba, contra "el nuevo orden mundial". Bajo esa acepción, indicó que su alzamiento militar era el primer hecho universal contra ese orden. El tono mesiánico de estos pensamientos y su entronque visible con las vetas nacionalistas que pasaban cerca del acervo de los peronismos más ortodoxos –lo que de inmediato había permitido verosímiles conjeturas sobre sus acuerdos con Menem– lo convirtieron en el último oficial del ejército que representó el golpismo ideológico, en su caso con giros vinculados a

una interpretación de la política internacional cercana a las del mundo árabe más trascendentalista, sin faltar las notas habituales de antisemitismo, aunque en él también arropado en pretensiones geopolíticas.

Seineldín, quien se consideraba destinado a rehacer el mítico acuerdo legendario, la fusión misma "pueblo-fuerzas armadas", se había destacado en la guerra de Malvinas y, con el salvoconducto de no haber sido un militar del "Proceso", chocó con Menem en el comienzo mismo del ciclo presidencial que se iniciaba. Menem había deshecho de un soplido apático la alianza que potencialmente muchos anunciaban entre él y el militar que actuaba como un cruzado. Hundió con algunas escaramuzas de escasa monta –aunque sangrientas– a las escasas fuerzas del coronel, que, cumpliendo su destino, fue *el coronel sublevado*. Este militar de la "salvación nacional" y de la "segunda república comunitaria" interpretó luego las asambleas del 2001 como un válido germen reconstructivo del "orden esencial revolucionario", asfixiado por la "partidocracia" y las izquierdas.

Estos mismos intentos, en nombre de un nacionalismo despojado de milenarismos y muy sumario en sus argumentaciones, los había desplegado el coronel Aldo Rico en la época de Alfonsín, en abril de 1987. En ese mes, Rico se había insurgido en la Escuela de Infantería de Campo de Mayo en protesta contra los procesos a militares de menor graduación en los tribunales que juzgaban los crímenes de lesa humanidad. El presidente Alfonsín había viajado en helicóptero hacia el mayor cuartel de las fuerzas armadas desde una Plaza de Mayo repleta de manifestantes. A la vuelta, recibido con entusiasmo, pronunció algunas frases que no suelen recordarse con simpatía: "Los sublevados son héroes de Malvinas", "La casa está en orden"; "Felices Pascuas". Aunque el motín parecía disolverse, en esas sentencias de Alfonsín se encerraban los síntomas de un acuerdo de urgencia y bajo presión que con el tiempo erosionaría la figura del presidente y años después sería tomada –por la futura presidenta Cristina Kirchner, entonces desconocida compañera de un distante intendente sureño–, como lo que *no era debido hacer en materia de negociación*.

Con el menemismo asistimos a los últimos escarceos del "ejército nacional". Con el alfonisismo habíamos asistido a la última gesta de la "guerrilla latinoamericana". En este último caso, en las postrimerías del gobierno de Alfonsín, un grupo comandado por Enrique Gorriarán Merlo había tomado el cuartel de La Tablada, en la periferia oeste de la ciudad de Buenos Aires, en un acto de raro perfil narrativo y de graves características sangrientas. Como tantos hechos de inusitada intensidad y dramatismo, éste no es fácil de explicar. Los milicianos del grupo de Gorriarán habían alegado que intervenían para interponerse entre el gobierno y un probable golpe de Estado que, según exponían, habían detectado en ciertos movimientos sigilosos en las filas militares que respondían a la tesis del "redentorismo nacional".

El antiguo jefe guerrillero Gorriarán Merlo provenía de los movimientos iniciales del ERP, en la época misma de su germinación a inicios de los años 70. Había hecho toda su carrera en ese grupo insurgente desde los remotos días del Cordobazo, había convertido su vida en la de un revolucionario profesional –jefe de hombres–, había fugado de la cárcel de Rawson, había dirigido operaciones de envergadura referidas a la ocupación de regimientos completos –como la poderosa unidad de tanques de Azul, en 1974–, había dado carácter latinoamericano a su efusión partisana preparando en Paraguay el atentado a Somoza, había vuelto a Argentina a fundar un grupo político cuyos documentos *casi* bordeaban la idea de *tercer movimiento histórico* y había dirigido a sus hombres armados hacia la toma del cuartel, allí en La Tablada, donde darían cuenta, dijeron, de lo que había que hacer, que alertar, que proclamar, concretamente para detener los abalorios y accesorios golpistas que rondaban por las cabezas mancomunadas de Menem y Seineldín.

El grupo de Gorriarán había denunciado un "golpe de Estado" en una conferencia de prensa previa al copamiento del cuartel, cuyo control consideraban la manera de contener los actos provenientes de la porción golpista del Ejército. Extraña situación que semejaba una actuación sustituta. Buena parte de la población cree que la toma de La Tablada –sangrienta: casi cuarenta gue-

rrilleros murieron y la mayoría luego de haberse rendido, además de varios conscriptos– había sido provocada por las tropas de Seineldín, precisamente aquel contra quien se procedía. Éste actuaría ese mismo año, varios meses después, tomando los destacamentos de Villa Martelli. Menem ya sabía para ese entonces que debía apartarse del coronel milenarista y pro-árabe. Cuando consigue rendir a Seineldín suelta las últimas indumentarias con almidonado peronista, que por otra parte, en este caso, traían la invitación a una alianza real sobre los sucesos del Medio Oriente que ninguna tradición efectiva de la política exterior argentina podría contener.

Gorriarán decía haber tomado aquel cuartel en nombre de la democracia, pero el golpista parecía ser él. El acontecimiento no poseía otra fuerza teórica que su carácter autocontradictorio. En un único punto donde la trama de la época se hacía insoportable coincidían el golpista transmutado en antigolpista y el otro golpista, contra el cual actuaba el primero. Un *otro* que sin embargo lo presagiaba. Los últimos jefes insurreccionales de la Argentina –Seineldín y Gorriarán– entremezclan su caída con la efectiva inauguración de una Argentina con su *virtù* revolucionaria ya apagada, con su libro de épicas briosas desencuadernado. Se iniciaba un tiempo distinto, postnacional, de políticas mundiales que recorrían las instituciones del país como si fueran un abstracto pero barullento reguero comunicacional. Y de hecho sucedía todo bajo la presencia de nuevas estructuras económicas impetuosas, sostenidas por guerras mundiales sin gloria, bombardeos invisibles a ciudades superpobladas, un capitalismo de la imagen y formas discursivas emanadas de exclusivas mercadotecnias que sólo parecían dejarles a las viejas naciones la posición de adosamiento, pobres readecuaciones a destiempo en torno al prometido *dictum* de una plétora vicaria.

Los únicos expedientes nacionales que parecían restar consistían en despavoridas concesiones para la explotación de sus recursos vitales, con la ideología de sus estamentos políticos volcados hacia un acomodamiento en regla a la plusvalía globalizada: *el fin de un Estado nacional con designios autonomistas y una póstuma autopunición por sus gestas revolucionarias*. Todo habría sido una

engañosa modernidad de dos siglos de vida independiente sobre los que ahora –duda metódica– convenía desconfiar si alguna vez habrían ocurrido. El menemismo se presentó como el ejercicio pedagógico de esa duda y con la conclusión militante de que era posible aventarla acabando sin más con el ciclo entero de la nación, al menos si entendido como la derivación cansina de aquellos embates –"seamos libres, lo demás no importa nada"–, que en nombre del ascetismo racionalista de la libertad era capaz de abandonar todo lo *demás*. Más de un siglo y medio después, el menemismo descubriría que *nunca* era posible tal sacrificio.

Es cierto que la historia nacional no había sabido reflejarlo *nunca por completo*. Pero había un mundo, una lógica del mundo, una definición del mundo. Lo que "no importaba" pasaba a ser lo que más importaba. Era la seducción de las máquinas de poder del siglo, lo que iba desde la vida de burguesías prestadas hasta la infusa "revolución productiva", desde un vulgar hedonismo de folletín –las "naves espaciales que nos llevarían en una hora y media a Japón"– hasta una versión audaz y equívoca del glosario peronista a la hora de anunciar la integración implacable al mundo real. Ese que las geopolíticas de derecha daban como triunfador positivo, como "realidad efectiva" de una asociación venturosa que el canciller Di Tella había anunciado –en su estilo chispeante y despreocupado para justificar lo grave y aun lo más grave– como el dislocamiento del país desde "el tercer mundo" al "primer mundo". El anuncio noventista se hacía, de todas maneras, con terminología sesentista.

Argentina, desde luego, estaba en el *mundo*. Una cosa habían sido el cuasi-proto-sandinismo de Yrigoyen o los trabajosos ensayos *terceristas* que hacia 1950 firmaba Perón con el pseudónimo *Descartes* –sabio cuyo genio maligno dudosamente podría juzgar la situación del mundo de los años tercermundistas del siglo XX–, y otra muy distinta era el forzado universalismo que principia en Argentina con el envío de dos naves de guerra al Golfo Pérsico. Entran al mundo de otro general, el general Schwarzkopf, comandante en jefe de la nueva Coalición Mundial, como percudidos galeones de cola de los marines, de los misiles Patriot, de la

división acorazada Daguet y de los *Desert Rats*. Los marinos argentinos, que son representantes de un lejano país que paga con sus simbólicas falúas envejecidas el precio para entrar a la convertibilidad, están lejos de los enfrentamientos con las escuadrillas de Sadam –que se deshacían en sus hangares– y de los últimos combates con la desmoralizada división iraquí Tawakalna de la Guardia Republicana. Desde una demudada Bagdad salían misiles Scud contra las zonas circundantes, en un desesperado, alienado intento de sacar a las naciones árabes de la gran alianza globalizada –que el propio Jürgen Habermas y también Susan Sontag habían resignadamente aprobado–, del mismo modo que en un hecho comparativamente mínimo, una arenilla en medio de las *tormentas del desierto*, el coronel Seineldín había tomado un regimiento en Villa Martelli con el grupo Albatros de la Prefectura –restos del nacionalismo de socavón–, para rescatar del menemismo su mueca original balbuceada, su vaga promesa de combatir "el nuevo orden financiero internacional", tesis destinada a falsación inmediata. Finalmente, en cuanto a este coronel, es degradado y preso. Se considerará "prisionero de la casta mundial angloamericana". En el año 2003 fue indultado por el presidente Eduardo Duhalde. El indulto también alcanzaba a Enrique Gorriarán Merlo.

Definiríamos a un Estado como lo que pone en complementariedad todo aquello que no quiere parecerse entre sí. Es el breviario asumido de las políticas aceptables de fuerza, y también el espectro doliente de la ley, no sólo el monopolio de actos que por el solo hecho de emanar de él reclaman ser legítimos sino también la oscura conciencia de un incumplimiento. Pero con Menem había comenzado una nueva historia del Estado nacional, vacío de armazones por dentro y ventrílocuo del mercado por fuera. Resumen de gestos de incumplimiento esencial, desmonopolización de la ley universal y subsistencia, como Estado, sólo de la voluntad de mantener el poder postrero de favorecer a los otros altos poderes. Drástica mutación menemista: el gesto de indultar –por otros motivos, un complejo debate y acto que la historia hace siempre necesario mediando gravemente las justificaciones irremediables– era una forma de deshabitar la historia y poner al

Estado en su momento de fuerza –es un acto presidencial soberano– como un cautiverio en el oprobio. Menem vivió en estado de indulto permanente, un arte de la indiferencia que menos tocó a Duhalde, a quien, todo lo remotamente que se quiera, algo le decía el coronel Mohamed Alí Seineldín.

Ensayistas que supieron retomar el andarivel sartreano de la filosofía habían dicho, en la Argentina de los sesenta, que el peronismo podía ser interpretado como una *bastardía* creativa. El bastardo era una suerte de aventurero en disponibilidad, motivado por la primordial ausencia, en su vida, de valores tradicionales de linaje. Arrojado al mundo sin protección genealógica, queda habilitado por su resentimiento a una conversión fundamental en su carácter. Se fundaba a sí mismo como alguien sin relación con el mundo paternal burgués, al que podía lanzarse a combatir aunque sin abandonar las mismas raíces de clase. Esa ambigüedad del bastardo –menos dudosa en Eva que en Perón, vástago de una familia positivista, aunque con un padre errante, con rasgos de vocacional comerciante y científico *amateur*– no era sin embargo la que convenía a Menem.

En rango muy subido, Menem poseía la beata condición del peregrino y del mercader, santificado filisteo de una picaresca milenaria, con destino de doctor de provincias, reluciendo en los dedos de su mano misteriosos anillos de sello. Imaginó que el *Facundo*, el libro sobre beduinos del autor que tan bien había descripto los llanos de La Rioja en su otro libro sobre *Chacho* Peñaloza, le permitía el préstamo de un ajuar provocativo y burlesco, que lo destacaría del resto de los políticos vestidos con mero atildamiento, sin teatro ni cotillón. En su opción por el peronismo, supo reconocer afinidades y congruencias; fue el hijo folletinesco de una sociedad nacional quebrada, acosada con mitos revolucionarios fácilmente reversibles y un ideal de ascenso social basado en la fortuna del apostador antes que en concepto burgués de *cursus honorum*, que era el de Perón –larga carrera militar, aunque con severas apuestas al *putsch*– y que sería ensoñadamente el de su adversario *Chacho*, el de Balvanera, pero que al cabo también fue

fruto, quizás como todo, de los turbulentos reacomodos de una trama social argentina muy plegadiza, extremamente volátil.

Osvaldo Soriano, en alguno de sus artículos de *Página/12*, había intentado describir al menemismo como la gesta de los conversos, de los sempiternos pícaros del *humus social* en una sociedad de vínculos aleatorios, mencionando el caso de varios personajes fundamentales del régimen. El propio Menem, el ministro Carlos Corach y Alberto Kohan, secretario general de la Presidencia. Este último había sido un joven graduado de geología, oriundo de la ciudad de San Lorenzo, Santa Fe, que hizo sus primeros escarceos profesionales en La Rioja. Podemos intuir perfectamente las escenas que iban anudando la relación entre el novel político anheloso y el buscador de oportunidades más que de guijarros en el paisaje, en las indesmentibles jornadas provincianas donde siempre conspira el cenáculo de los ambiciosos que calculan atar cabalgaduras en las grandes plazas de lo que supo llamarse la ciudad-puerto. En cuanto a Corach, hijo de las colonias judías del barón Hirsch, había sido un fugaz discípulo del filósofo marxista Héctor Raurich, y en su propio nombre relucían los de Marx y Lenin: *Carlos Vladimiro*. Era posible imaginar cómo el paso perezoso de los años, el imperio de las realidades más crasas, los fracasos de los utopismos filosóficos del legado familiar y la lenta escocedura de los gráciles parágrafos del *18 Brumario* –seguramente leídos en lejanísimas jornadas pedagógicas– canjeados por la opción cierta de convertirse en involuntario comediante argentino de los bulevares bonapartistas que mentaba ese mismo escrito, obligaban a Corach a transmutarse en otro personaje, con el mismo nombre y un vago recuerdo de la argumentación aprendida en remotos pupilajes, que supervivía clandestinamente en las sarcásticas escaramuzas políticas que cada mañana entablaba con el periodismo avizor, como astuto ministro lenguaraz, a la salida de su domicilio.

Esas sobradoras conferencias de prensa al borde del sedán negro del funcionario eran la máscara de los esgrimistas, el lance que ofrecía el tono general de sustraer la atención de lo que importaba, representando en forma fútil la vieja idea de los filósofos estoicos: "no importa". *Hablar no importaba*. Menem, en comentado

episodio, sacó cierta vez de su bolsillo el discurso equivocado y lo comenzó a leer; de inmediato el modo gracioso de percatarse del error y sacar del otro bolsillo el discurso que "correspondía" escenificó muy bien el goce implícito por la indiferencia hacia el vínculo que reclama todo tejido de palabras con el *hic et nunc* de lo político. Lo que importaba estaba en *otro* lado. Igualmente podría inaugurarse un dispensario que un tambo, un cable de alta tensión que un programa televisivo de "grandes valores de la canción", en diferenciaciones realmente negligenciables, pues el menemismo era *una mera pero esperada presencia mimética en el regocijo del mero estar*, *lógicamente en el olvido de los mecanismos de contorsión que se habían aplicado para ello*. Cosa que tocaba perdía su identificación, cosa que invocaba extraviaba su condición de ejercicio heterogéneo de la experiencia social y quedaba ausente de sustancia, unificada en su chistoso vacuo. Sin embargo, sí importaban las sentencias de tercera mano, remotas frases de un almanaque de indigesto sabor pseudo-napoléonico. "No importa, viajáis con el jefe y su estrella", proclamó Menem a los pasajeros del avión presidencial mientras en un viaje atravesaban una tormenta en el Océano Índico. En su colmo, un peligro en el avión era sometido a chanza, al remedo grandilocuente de los necios.

El fenómeno general del enmascaramiento –fórmula milenaria que suele acompañar el origen usurpatorio de la propiedad– parece recorrer el menemismo. La formidable inversión de las categorías del peronismo clásico no dejaba de llamar la atención por su carácter total y sistemático, como si hubiera obedecido a un propósito de transfiguración largamente meditado. Los problemas que esta situación planteaba para la reflexión política eran y son trascendentes. ¿Qué es una identidad política? El menemismo ejercía un fuerte sesgo desmantelador pero al mismo tiempo se proponía como una herencia del peronismo, tratando el tema de la mutación que se estaba produciendo como el natural esfuerzo de las generaciones por interpretar la lógica de cada época sin anacronismos improcedentes. El menemismo no quiso ser "extemporáneo", criticaba a los que "se quedaron en el 45", pero llamó "transgresión" a lo que iba a ser un asombroso esfuerzo de compo-

nenda con las más banales pulsiones de un momento histórico que, a los efectos de superficiales pero no inexactas versiones periodísticas, se proponía liquidar los onerosos costos de los "Estados de bienestar" surgidos en la posguerra.

¿Cómo fue festejado –o cómo logró serlo tan fácilmente– este severo vuelco de la orientación estatalista del peronismo originario hacia lo que parecía un plan completo de desmantelamiento de las incumbencias estatales en cualquier sector de la economía? En efecto, durante el gobierno de Menem se privatizaron empresas estatales históricas, como Aerolíneas Argentinas, YPF, ENTEL, SEGBA, Obras Sanitarias de la Nación, cuyo nombre, proveniente del orgulloso higienismo positivista de principios del siglo XX, fue trocado por el de *Aguas Argentinas*, justamente cuando desde el punto de vista operativo había dejado de tener sustento en los lazos materiales que justificasen ese gentilicio. La pérdida estatal de ese completo horizonte empresario, legado en gran parte por el peronismo y en cierta medida por el yrigoyenismo, condiciona hasta hoy la política nacional, sin que se avizore un modo de reversión ni aun respecto a las tímidas privatizaciones que insinuaba Rodolfo Terragno como ministro de Alfonsín, en las cuales se esbozaba la retención por parte del Estado del 51% de las acciones de las instituciones económicas estatales, por lo menos en el caso que entonces se discutía, el de la línea aérea de bandera.

Con un fervor que sería épico si no fuera la inversión exacta de cualquier gesta pública, el Estado iba perdiendo pertinencia y capacidad de ingerencia ante el triunfo de conceptos que entonces eran una cuerda paralela pero relativamente marginal del pensamiento económico, la del liberalismo de mercado que, bajo el nombre de "dirigismo" –concepto que había popularizado Álvaro Alsogaray–, condenaba toda actitud del colectivo estatal para influir en el ciclo económico. Por su parte, el concepto de "eficientismo", que se presentaba como remedio, también había sido un sonsonete que cobraba vuelo desde los años de Frondizi, pero, pese a las tentaciones del desarrollismo, recién con Menem se pudo asociar la eficiencia al modelo excluyente de gestión privatizada de las variables públicas de la economía.

Pero Menem muy pronto generaría la premura de un rechazo desde el mismo peronismo. Allí volvemos a encontrar otro de los avatares del *Chacho*. Pues, paralelamente, se iba gestando una oposición alrededor de ocho diputados disidentes del justicialismo, que integraban la cámara desde aquella elección presidencial que había dado el triunfo a Menem. Orientadores de esa instancia eran los diputados *Chacho* Ávarez, Germán Abdala, Darío Alessandro (padre), Moisés Fontenla, Luis Brunatti, entre otros, destinados a recorrer una larga jornada de "acumulación política" –esa jerga ya se empleaba, producto del juego electoral que permitía la *physis* democrática– en la saga del fonema *Fre*, alusivo a la formación del Fredejuso y luego del Frepaso –el Frente para la Participación y la Solidaridad–, y que se inscribía en la heredada tradición frentista que en los remotos años setenta se había iniciado con el Frecilina y el Frejuli. Cafiero, como ya recordamos, había intentado el Frejudepa en las elecciones de 1985. Todo ello era un viejo eco de las vetas nostálgicas que traían, desde venerables antecedentes históricos, los distantes eventos ligados a los *Frentes de Liberación* en terceros países, y notablemente, el FLN argelino, cuyo frentismo policlasista, existencialismo anticolonialista y menciones a la "identidad del oprimido" habían ingresado en la *forma mentis* del peronismo de aquellos tiempos. Pero a mediados de los años 90 parecía maduro un frente social y político que expresara el verosímil escándalo moral de un vasto público cuyos simbolismos culturales eran los de la inasible pero perseverante clase media argentina, que reclamaba saneamientos diversos de la escena pública, cruzada por fumaradas decisionistas, mezcla de bufonerías de nuevos ricos y ajustes económicos que, para el momento, habían logrado su piedra filosofal: el "uno a uno" del "Plan de Convertibilidad" lanzado por Domingo Cavallo en 1991.

El sentimiento de previsibilidad económica que el plan pudo obtener contrastaba con la irrealidad en la que cabalgaba, pues la sobrevaloración del peso respecto al dólar iba desmantelando el cuadro industrial del país, no como un efecto públicamente execrable sino como el implícito festejo de un nuevo ideal de país poroso, totalmente afectado por el pulso mecánico de la globa-

lización, anexado al volátil juego de las finanzas, la guerra y tecnología que dejaban como frívolo gentilicio a Argentina. Ese pellejo de nación, mientras tanto, concurría cegado a escenarios bélicos prestados, con todo su patrimonio y sus memorias en una verdadera almoneda.

No había aparecido de la noche a la mañana Domingo Cavallo. Como ocurre con la mayoría de los políticos argentinos, su carrera es larga y sus avatares principales obedecen a los ciclos que recorrió el país, sin excluir casi ninguno, aunque ciertamente el camporismo no lo contó en sus almenas. De contador graduado en la Facultad de Ciencias Económicas de Córdoba en los años sesenta a economista experto de Harvard en los setenta, pudo proponerse un itinerario triunfante que lo llevaría a abandonar muy pronto sus vagas simpatías por la *izquierda nacional* de aquellos tiempos, para comprometerse con la gestión de los gobiernos surgidos de procesos militares, tanto el anterior a 1973 en su provincia como el que se hallaba en las postrimerías de su finalización en 1982. En esa fecha fue presidente del Banco Central y es generalmente señalado como el responsable de dudosas ordenanzas por las cuales las deudas en dólares de empresas privadas fueron alivianadas por mecanismos de absorción por parte del Estado. Su reingreso a la política se verificó en las elecciones de 1987, en las listas de diputados nacionales sustentadas por el presidente del Partido Justicialista de Córdoba, José Manuel de la Sota, figura ejemplar de la renovación peronista que no demoraría en mostrar el modo equívoco en que tal renovación se expresaba, al punto de presentarse *hasta hoy* como una sumaria tesis de modernización de derecha del país, servida por políticos "conocedores de la administración previsible del poder".

Cavallo nada tenía que ver con el estilo menemista, que íntimamente debía molestarle. Pero como hombre cruzado por el ramalazo de la obcecación –su llanto ante una jubilada, recordando su infancia modesta en la ciudad cordobesa de San Francisco, era un llanto del *scholar* que en su triunfo no deja atrás cierta molécula sentimental pueblerina, como alícuota tributaria retrasada– se empeñó en convivir con políticos a los que juzgaba

indoctos, porque su propia codicia no lograba identificarla en su alma de letrado de las variables económicas, pero sospechaba que sus secretas ansias finales sólo podían desarrollarse con algo de la destreza oracular que emanaba de los aventureros menemistas. Era “el padre de la convertibilidad”.

Los resultados palpables de esa política económica fueron devastadores para la economía argentina, y al final de la convertibilidad se pudo comprobar un paisaje de catástrofe social, con la sorpresa que gana a los hombres cuando pueden avistar el producto nefasto de decisiones que se presentaron como providenciales. Al cabo, la destrucción del parque industrial y de la red ferroviaria, la dolarización de hecho, con la que se renunciaba a la soberanía monetaria, la apreciación del peso que se tradujo en un creciente desempleo, la privatización del sistema jubilatorio, todo ello aparecía como la consecuencia de haber probado el fruto maldito de un plan económico que se presentó como la única manera de salir de los procesos inflacionarios. Eran los responsables de introducir las formas de miedo en la población, de infantilizarla y cercarla con una ecuación coercitiva: retornar a un suelo social de seguridades inmediatas obligaba a no preguntar sobre los costos mayúsculos que se manifestaban sobre los fundamentos mismos de la vida social y sobre las consecuencias que el *friendly market* introducía en la historia nacional. Era principalmente un efecto de turbación, tal vez de pánico, incluso de terror –se puede seguir aquí el rumbo de los trabajos de León Rozitchner–, por lo cual la población, la idea misma de *población*, estaba regida por un estambre de sentimientos de alarma como terreno propicio para refundar países bajo la invisible coacción del pánico.

Bien lo sabía el gobernante, que aquí y allá dejaba en la apariencia casual de sus frases un sordo estilete de amenazas que marcaban el pacto que las nuevas disciplinas entablaban con la definición exacta de lo que era una época. “Ramal que para, ramal que cierra” era la forma de ultimátum menemista que adquirían los actos de gobierno, en este caso, ante las tímidas resistencias sindicales al giro que tomaba el desbarate ferroviario. O se redefinía el cuerpo social como un ensayo de susbsistencia precaria con

usufructos vicarios y cercos de espanto –de las madres de las grandes columnas de manifestantes de las marchas opositoras de entonces, Menem dijo "veo en ellas futuras madres de Plaza de Mayo"– o se presentaba el espantajo de los años de terror, de los que no se sabía si el gobierno quería preservarnos o los invocaba porque conocía demasiado de qué lado era capaz de estar.

Por supuesto, el *estilo Menem* había introducido la noción de límite en cuanto a lo que los remanentes del peronismo histórico podían aceptar, y no sólo ellos. También el peronismo ortodoxo, el peronismo progresista y las numerosas variantes que estratificaban la fuerza fundada por Perón sentían que tenían que revisar sus propias hipótesis de lo tolerable en materia de simbolismos y artificios de lenguaje. ¿Cuál es la última frontera a partir de la cual un nombre político se disgrega? Menem ponía la máquina de simbolizaciones del peronismo en permanente tensión, pues dejaba entrever que *bajo un nombre todo era posible*, pues no se trataba más que de máscaras que permitían toda la flexibilidad imaginable en materia de prácticas reales y alianzas inesperadas. Menem por fin reveló en Argentina que la política es una pregunta permanente pero invisible sobre *lo insoportable*.

Hubo también una ostensible reacción de profundo desprecio hacia el menemismo de sectores no peronistas vinculados a un razonamiento político que ya por la época se comenzó a llamar *republicano* –que luego se expandiría notablemente–, significando esa postura un conjunto no muy bien definido pero discretamente sospechable de virtudes morales, estéticas sin estridencia y correcta cultura cosmopolita ajena a las tácticas de los *nouveaux riches*, que ocasionalmente cobraba forma de libros para vastos públicos consumidores de *moralities*, uno de los cuales, con su título afortunado, conseguía convencer de que se acercaba a la definición misma de lo que era el menemismo: *Pizza con champán*.

Este enfoque que apuntaba al corazón de vulgaridad de la burguesía oportunista que componía el consorcio menemista –con su mezcla de mediocres doctores de Harvard y personajes de una infinita farándula que gozaba de su afortunada rusticidad– se consumía en la crítica a los impresionantes juegos coreográficos de la

verbena del nuevo poder. Era ésa una crítica aullada que ponía su ojo en descubrir sin esfuerzo la táctica de los usurpadores, pero que no conseguía enlazar la salvación de la república con algo que trascendiera lo que parecía la exigencia de recato de un tradicional sector social que heredaba, sin dificultad, las viejas jornadas de aquellas *señoras gordas* atentas a reaccionar frente a un desquicio sin preguntarse por sus fundamentos profundos y las responsabilidades propias.

Por la misma época en que se trazaban estas retículas morales propias del más liberal de los sentimientos públicos –el escándalo republicano–, otros ensayos de investigación política y periodística, como los de Horacio Verbitsky, con *La educación presidencial* y sobre todo con el celebrado *Robo para la corona*, mostraban que era posible indagar el pliegue profundo de la grave mutación argentina. Se trataba de consideraciones críticas surgentes de un acervo de conocimientos sobre los nuevos comportamientos de las clases gerenciales en torno a las crisis estatales de los antiguos andamiajes nacionales. Esas crisis eran severas y de difícil comprensión, aunque parecían explicables por los efectos de una modernidad infusa, mera emulsión conspiradora que daba origen a personajes saltimbanquis que ofrecían como en un continuo folletinesco la constelación *gerente multinacional-broker todo terreno-financista internacional-Plan Brady* y *político tramoyista*. Aquellos libros y otros mencionables en los anaqueles más característicos de la época –como *El menemato*, de David Viñas– estudiaban las mutaciones en la estructura social vulnerada del país. Al mismo tiempo se proponían identificar la urdimbre cultural de fuerte volatilidad política que generaba personajes aventurescos que protagonizaban su acumulación primitiva en una zona de ambigüedad entre el tesoro público y el enriquecimiento personal. Los duetos Menem-Cavallo y Menem-Neustadt, el primero hacia la zona de "credibilidad ante los poderes económicos" y el otro hacia el área de "garantías frente a la red de gerentes que dan *contenido social* a las multirregencias comunicacionales", representaban el orden de permutas personales y continuidades semánticas que correspondían a la alucinación de una época. Si

era necesario algo más, se jugaba al golf con Bush padre o se besaba en la mejilla al almirante Rojas.

Se escuchó entonces, no sin razón, una argumentación en torno a un peronismo “siempre vinculado hedónicamente al poder”, como si el país repentinamente despertase a la existencia de una fuerza política que pudo en su momento llamar a miles y miles a una sacrificada empresa de liberación, pero que, caídos los velos, era preciso advertir, con reprimido ademán incrédulo, que estaba compuesta por vicarios del orden, del dinero y de la voluptuosidad de momentáneas autocracias. En cierto momento, comprobables desdichas de Alfonsín respecto a que su *pan-democracia* se estrellaba contra caudillos sindicales redivivos –no le fue bien al jefe radical combatiendo al mundo sindical, ni tampoco, luego, aliándose con él– permitieron forjar una consolable leyenda respecto a una digna timidez ante el poder, comparada a las insaciables tragaderas del peronismo. Incluso en año tan tardío como el de 2008, cuando el menemismo hubo de pasar y quedar como un señuelo ruinoso del lejano pasado, el periodista Julio Blanck escribía en *Clarín* que “el peronismo nació en el poder. Allí estaba Perón cuando lo creó. Allí se quedó. Y desde entonces los peronistas sólo se sienten tibios y cobijados en esa matriz irrepetible que les fabricó el General”.

Presto, Antonio Cafiero le responde al periodista en una carta de lectores a ese mismo diario: “En los sesenta y tres años que el peronismo tiene desde su fundación, en más de la mitad estuvo fuera del poder. Esto incluye períodos de proscripciones, represiones, fusilamientos, cárceles, crímenes, desaparecidos y toda clase de persecuciones, además de ocho años en los que se desenvolvió en la oposición democrática en la que lo ubicaron los resultados electorales”. Es que Menem, que le había birlado a Cafiero la presidencia en sus propias barbas, obliga a redefinir la noción de poder en el peronismo. La hace maleable, mimética, diluida inductivamente en poderes reales superiores a los del peronismo. Que son los de las tecnologías planetarias, adosándose entonces a ellas; los del Estado, que siempre se interpretaron en parcial yuxtaposición con los del peronismo; y cuando se está en el “llano”, los de la plasti-

cidad semántica, que va desde el parcial complemento con la memoria de las luchas sociales hasta la exoneración de todo lo que no sea el favorecimiento de las tendencias reales de los capitalismos mundiales, aunque exhumando jirones de un proclamado tercerismo. Cafiero sigue meditando sobre la hipótesis de un peronismo como protagonista excluyente, antropocéntrico personaje de la política argentina, con sus alas plebiscitarias y democráticas, con cromatismos republicanistas, sugestiva composición que, sin ser una crónica inadecuada, no basta para descifrar el modo en que podría establecerse la continuidad entre el peronismo clásico y la irrupción menemista.

Sin duda, es una continuidad problemática. Por un lado, desconecta al peronismo de su basamento fáctico en las autonomías nacionales y en la interpretación democratizante de la renta nacional; por otro lado, se siente cómodo como heredero inesperado del absolutismo acrítico. Una irresponsable maleabilidad para las mutaciones de época propias de cualquier fuerza política –desde luego–, pero que se podría pensar que el peronismo las había dogmatizado alegremente como recomendaciones viables en nombre de la astucia general que siempre flotó en sus enunciados.

En 1993, Menem y Alfonsín firman el llamado Pacto de Olivos, justificado por el ex-presidente en una cautela colectiva que se debía tomar urgente y dramáticamente motivada en un llamado hecho en nombre de la república entera. "Estamos en ruta de colisión", había afirmado Alfonsín para dar razón a ese pacto que permitía la reelección de Menem a cambio de unas reformas constitucionales que de otra manera no eran desdeñables en el cuadro de las instituciones representativas. ¿Preservar al país de la colisión era argumento sustantivo para posibilitar la continuidad de Menem? ¿Tan pujante y omnipotente parecía el menemato que obligaba a la principal oposición a observar una conducta timorata, inhibida? Las críticas que Alfonsín le venía dirigiendo al gobierno de Menem eran coincidentes con el clima de fastidio profundo que se generaba en los pliegues de los amplios sectores afectados económica, cultural y políticamente por el menemismo. Súbitamente, exhibía una veta acuerdista que parecía situarse en un plano desnivelado respecto

a un colectivo social muy amplio que sentía posible manifestar concisamente contra el gobierno ignominioso, al que ya Fernando *Pino* Solanas había llamado "el gobierno de la comadreja".

Precisamente, se iban desplegando las líneas de una oposición nueva que crecía a los costados del Pacto de Olivos, y que además de los movimientos que ya había ensayado *Chacho* Álvarez, se expresaría en la importante elección que haría *Pino* Solanas con su candidatura a senador por la Capital en 1992, con el Frente del Sur, integrado por numerosos partidos políticos y organizaciones del peronismo combativo, de la izquierda política, del humanismo social, del nacionalismo de izquierda. El casi 8% de votos obtenidos en esa oportunidad por Solanas –sería electo Fernando de la Rúa, que aún portaba el mote de *Chupete* por la rareza dadaísta de su triunfo en la elección para senador en 1973 ante la candidatura de *Marcelito* Sánchez Sorondo, hombre equivocado pero digno– no daba cuenta exacta de la importancia del movimiento que se estaba gestando, y que no tardaría mucho tiempo en entablar un vínculo necesario pero mutuamente crítico con el sector de *Chacho* Álvarez: se da inicio al Frente Grande. En las elecciones a diputados, *Chacho*, *Pino*, Graciela Fernández Meijide, son electos por el Frente Grande (la denominación del grupo se inspira en un nombre surgido de la impronta cinética, de auspicios magnos, que expresa Solanas) un año después, en la Constituyente que se llama a la luz del Pacto de Olivos, un millón de votos en la provincia de Buenos Aires marcan el campanazo de Solanas, que aventaja al propio Alfonsín en ese mismo punto en el que se inicia la crisis electoral y política del radicalismo, envuelto en las sombrías perspectivas que anunciaba la caminata por los jardines de Olivos, donde el gallito Menen aplastaba guijarros con petulancia mientras un encorvado paso alfonsinista parecía traducir un callado sollozo del tribuno: "¿qué habré hecho, mis amigos, qué habré hecho?".

Las desavenencias entre Solanas y Álvarez expresaban razones profundas en cuanto al clásico diferendo político entre reformular desde el exterior el sistema político marchando como "espectro de izquierdas" o alistar las fuerzas realmente existentes dentro de la

modalidad política establecida, en sumatoria vertiginosa, a la vez que procurar eficacia en su ampliación irrestricta para un bastonazo político inmediato. Las atmósferas culturales del momento acompañaban a *Chacho* Álvarez, pues ya parecía trazado el camino perentorio de cambio que reclamaban los sectores medios, profesionales, universitarios, burguesías urbanas acomodadas e incluso beneficiadas por el "uno a uno" de la convertibilidad, pero deseosas de vivir la forma prometeica de las "existencias políticas transparentes", todo lo cual se expresaría en el *crescendo* del grupo *chachista* bajo sus sucesivas configuraciones. Todo indicaba que se crearía un gran frente antimenemista, primero con grupos representativos periféricos de los grandes partidos –Federico Storani, el radical, y José Octavio Bordón, el peronista: surge ahí la expresión *transversalidad*, que luego tendrá episódicas reapariciones, siendo la última la de Kirchner en 2003–, y después con el núcleo fuerte, persistente, del partido radical, alicaído electoralmente pero considerado el odre poseedor de un simbolismo fáctico, el de la representación tradicional opositora y su perseverante expansión por las provincias.

Chacho comprende esto, en un raro estoicismo de demócrata nunca vanidoso de sus estruendosos e irrupcionales triunfos. Autocontenido, sabe que la juvenil virilidad de su grupo, tomado por el aleteo de la fortuna y la invención de épicas urbanas eficaces –el masivo apagón en las grandes ciudades del país contra la corrupción menemista–, no puede cargar sobre sí el completo poder reconstructivo de un horizonte opositor considerado un "bloque histórico" en el cual los partidos del legado democrático, aun mellados, aun estropeados y en declinación, funcionan en el "imaginario popular" –esta terminología es de época– con una peculiar verosimilitud. Esto hace posible el cambio hacia un personal político nuevo, rejuvenecedor del entramado público, pero comandado o por lo menos expresado en la primera línea de imágenes por los hombres *antiguos experimentados*, quizá desgastados pero garantizadores de la prudencia del cambio, seguidos entonces por los briosos corceles de los que repletarían el vaso con su ansiedad nueva, necesariamente tonificadora pero, por el momento, *coadyuvante*: no serían el rostro principal, sino importantísimos adjuntos

de los familiares titulares del reemplazo. El trabajo de *Chacho*, que con este paradójico sentido pierde dos vitales elecciones internas aceptando su secundarismo –primero con Bordón, luego con De la Rúa–, consiste en animar con savia nueva las antiguas cantimploras de la política nacional, esos restos del radicalismo y del peronismo tradicionales frente a los que no cree que haya que ser decididamente hereje, sino bisagra de nuevos acuerdos y futuras transversalidades. El camino de cornisa, resignado pero eficaz, que emprendía *Chacho* no podía contar con la simpatía de los grupos políticos que sostenían la perspectiva de *Pino* Solanas, cuyas imágenes políticas más fuertes surgían de un frentismo popular con matices de izquierda nacional, dramatismos reivindicativos y épicas sociales de reparación.

Una parte fundamental del drama de las oposiciones argentinas y por consiguiente del peronismo alternativo de la época fue la disonancia entre *Chacho* y *Pino*. El primero hace suya una versión realista crítica de lo político. Sin "testimonialismos". Lucha real por el poder, eficaz, posible, no ensoñada. Fernando *Pino* Solanas es por esencia un testimonialista. Se había iniciado en el cine con un documental en el que había trazado el gran cuadro de una época tercermundista promisoria. Realizado a través de audaces contrapuntos –de montaje, de sonido, de aceleración e inmovilidad, de borrosos enfoques generales y primeros planos, de gravedad y de ironía–, puso a Solanas y al codirector Getino en los rumbos del cine militante mundial, lo que *Pino* refrenda pocos años después con *Los hijos de Fierro*, una historia épica de cuño martinfierresco pero ambientada en la ciudad industrial y con los códices de la *resistencia peronista*. El uso arriesgado de alegorías gauchescas en ámbitos dislocados históricamente, la invocación del relato hernandiano en el seno de una épica de modernos luchadores sociales surgidos metafóricamente de los libros de historia y filosofía –Solanas había consultado al gran filósofo Carlos Astrada para avalar su coincidente interpretación del *mito gaucho*– y la apelación a una picaresca popular como sostén de modernas y ancestrales insurgencias colectivas colocaban a *Los hijos de Fierro* como un film sostenido en alegorismos de vanguardia y a la vez en una historicidad situa-

da en una estetizada herencia populista de la historia nacional. Solanas acompañó todo el ciclo de la historia argentina contemporánea con otros films insinuantes, en paralelismo sugerente con los avatares nacionales. *El exilio de Gardel* trató la cuestión de los argentinos en el exterior con los utensilios de una leyenda sanmartiniana mirada con un envío coreográfico de evocación tanguera; *Sur* trató la cuestión de la vida resistente en tiempos de cierre político, mostrando a personajes de ensueño tejiendo su escarpada vida emotiva en el seno de las acechanzas dictatoriales; *El viaje* se adentró en las tribulaciones latinoamericanas de un joven en viaje iniciático, que encarnaba un arquetipo social en busca de un tesoro perdido, familiar y redencionista; *La nube* trató la idea de un sujeto nacional dramático encarnado en personajes teatrales que buscan su identidad expresiva al mismo tiempo que combaten contra las políticas privatizadoras reinantes.

Mientras estaba filmando *El viaje* –en 1992–, a la salida del estudio de filmación Cinecolor Solanas es baleado por unos sicarios que disparan a las piernas, en una clara advertencia de índole mafiosa y que seguramente estaba decretada desde las tinieblas de mundos políticos de los que se podría imaginar irrevocablemente la holgada catadura. Ingresará Solanas a la política como denuncista calificado de las artes menemistas –a Menem lo había ridiculizado como el "Doctor Rana" de una de sus películas–, y desde entonces traza su itinerario vital entre el cine de fuertes arquetipos sociales, la creación de personajes redentistas –"los nadies"–, un testimonialismo extraído de las pasiones purificadoras de las pequeñas criaturas carentes de recursos pero que son simbólicos reservorios de dignidad social, una visión heroica de la construcción científica nacional –en *Argentina latente*–, de inmediato una fervorosa vocación política heredada de las épicas nacionales, en cuyos pliegues internos conviven los tonos sacrificiales del intelectual scalabriniano –Solanas escucha, cuando joven, las charlas de Raúl Scalabrini Ortiz en el Bar Gandini de Olivos: son vecinos–, y desde luego, los saberes técnicos necesarios también para redimir la materia nacional enclaustrada: el petróleo, los minerales, el gas, los ferrocarriles desmantelados.

Solanas es el portaestandarte de una vieja pasión nacional, el hombre que da testimonio y ejerce en la puntualidad momentánea de la política un papel que una opinión banal consideraría anacrónico o inadecuado, cual es el de representante del agonismo que considera formativo de la raíz misma de la vida nacional. Pero ese agonismo legendario sería el que hay que suscitar en los nuevos ciclos históricos resquebrajados, y de cuya reparación anunciada depende el curso futuro de una historia. Por mi parte, siempre gusté de ese arquetipo patrimonial del intelectual que agoniza en el mundo de la ideas reparadoras y une su destino anímico al de las condiciones realizadoras del "sueño nacional". En las campañas de Solanas, que siempre hube de acompañar –al igual que en la realización de sus films–, me pareció apropiado el tipo de *político-artista autoproductor* que encarna. Sin embargo, habitualmente era atacado por la prensa más establecida, los críticos de cine que lo contraponían por la vía de una obvia facilidad a Bresson o a Tarkovsky y el progresismo liviano que deseaba exorcizar rápidamente los fantasmas y tribunos de la gesta nacional y popular. ¿No se reclamaba un estilo por fin desfasado del panteón nacional irredento, que rezara ahora por las puntuaciones y rosarios posibilistas que exigían el *tempo* que se vivía, y que el *Chacho* expresaría mejor con sus alianzas fluidas y reajustables, siempre sometidas a calibramiento según escenarios cambiantes y circunstanciales provechos colectivos? Sí, y no se podía pensar en unir las dos partes del alma social argentina, por lo menos en aquellos momentos: *Pino* y su *Argentina latente* –la promesa irrupcional scalabriniana– y *Chacho* con su paciencia de equilibrista, su astuta moderación para englobar infinitos módulos dispersos del archipiélago político, sin latencias, sin lugonismos de izquierda, sin nacionalismos recuperadores ni otras palabras fuertes del diccionario insatisfecho de los quijotescos parroquianos de la "mesa de los sueños".

Cierta vez volví a encontrarme con el diputado *Chacho* Álvarez en el bar La Ópera, en la esquina de Callao y Corrientes. Corría 1993, quizás 1994. Desde luego, *Chacho* ya era un político reconocido y de alcances nacionales. Los taxistas le tocaban bocina por la calle. El tema era la desavenencia en el Frente Grande, y sin querer queriendo, terminamos hablando del pasado común, de la

ingloriosa circunstancia por la que pasaba la política frentista, y de mi propia situación personal de viejo amigo de él y de *Pino*. Percibí que no había retorno para la escisión del Frente Grande. Ese nombre, vuelvo a recordarlo, había salido de las eufóricas alforjas de *Pino*, así como la notoria consigna *Otro país es posible*. De la larga charla con *Chacho* pude apreciar lo poco que quedaba de las viejas juvenilias y supuse sin equivocarme que era necesario tomar lo que sucediera en adelante como el modo en que los objetos reales de la política enfrentan y rehacen continuamente las frágiles tramas de la relación entre los hombres.

En 1995, fundado el Frepaso, la alianza creada por *Chacho* Álvarez entre el partido de Bordón, una rama de los socialistas y los demócratas cristianos, disputa la reelección de Menem con un buen desempeño electoral, que la reafirma como alternativa efectiva frente al obviamente triunfante partido del presidente que será reelegido. Ya había dicho *Chacho* algo que a muchos nos pareció asombroso. No habría sido adecuado para la oposición del quinquenio anterior la actitud de combatir la *convertibilidad* de Cavallo. Era su modo supremo de presentarse *ahora* frente a las legiones de votantes del modelo económico menemista para garantizarles su acuerdo con la superficial tranquilidad obtenida por la contención del aumento de precios atando el tipo de cambio, pero ponerlos frente a la necesidad de una mutación en la escena institucional, a la que le dedicaban un enérgico reclamo de transparencia y saneamiento moral: “contra las mafias”. Justamente, es al comienzo del segundo período de Menem –para el cual se había impuesto con el 51% de los votos sobre el 29% de Bordón Álvarez– cuando estalla la cuestión de las “mafias económicas” y las redes de oscuras negociaciones del “capitalismo privado” que actuaba utilizando las partes residuales del Estado nacional. Álvarez y Graciela Fernández Meijide se habían reunido con el ministro Cavallo, notorio denunciante de las mafias, sobre todo en lo que se refería a su ya público conflicto con el empresario Alfredo Yabrán.

Primero, las denuncias sobre la corrupción en el Pami, que llegan a una espectacularidad que sólo tiene proporción con la transformación de los políticos del Frepaso en paladines de la honra

cívica y la administración virtuosa. Luego, los eventos catastróficos producidos por la sistemática ilegalidad menemista en sus artes de transacciones de trastienda y esfumado de huellas, como las explosiones deliberadas ocurridas en la Fábrica Militar de Río Tercero. Todo ello coloca ante la conciencia pública la nueva realidad política del país. Había crecido una zona ilegal de negocios que se convertía en el mecanismo de reproducción interno de la clase política gobernante. Yabrán podía ser el signo contante de una época, y el Frepaso, en las antípodas, un proyecto de crecimiento político y llegada al poder con un casi exclusivo énfasis en la cuestión de la reconstrucción legalista del Estado, lo que como propósito de los estrategas chachistas precisaba del plan económico de Cavallo o que Cavallo fuera el economista del Frepaso. Tales son los deslizamientos y enroques que propone en ciertos momentos el ser de la política y que demasiadas veces son su secreto a voces.

Estaba por terminar el ciclo de Menem. Había impulsado una política de mimetismo absoluto con los poderes fácticos y reales. Pero lo de Menem no era tan sólo realismo. Era crudeza descarnada, destrucción del lenguaje de la política, sustituirla por un festín desenfadado que tenía como eminente función lingüística advertir que la inmediación gubernamental había cesado, su membrana inconsútil superada, y que ahora gobernaban los espontáneos impulsos, como se decía, de los poderes del mercado. Menem llamó a todo esto *transgresión*, adosándose en su atrevimiento una vieja expresión de las vanguardias artísticas. Gobernar era un arte mercadológico, pero excelso y cargado de simbolismos. Los de la procacidad y la danza de las pasiones domésticas de la genealogía familiar. Nunca tan helenística la historia argentina de aquel período, al precio de que nunca llegó a ser tan banal. En ese mismo tiempo el general Balza, comandante en Jefe del Estado Mayor del Ejército, artillero en la guerra de Malvinas, hombre conciso, profesionalista y liberal, concurrió a un programa de televisión vestido con su uniforme y medallas para criticar el comportamiento militar durante los años de represión, deslindar a las fuerzas armadas de cualquier futuro golpe y proclamar frente a lo ocurrido en los sótanos de silencio del terrorismo de Estado que "todos

somos culpables". Bajo esta forma difusa y no veritativa, sin embargo, se advertía el indicio de una nueva reflexión en algunos cuadros del ejército. Sería el fin de los clásicos conceptos del intervencionismo militar, propiciado también por una consecuencia inesperada del menemismo y su impulso desvitalizador de las formas anteriores de la política nacional. Pero no podía ser este *mea culpa* mal recibido ni contemplado con una crítica del fuero y tribunal antimenemistas del que tantos y tantos participamos.

El país entraba a un universalismo acrítico, *vulgo* globalización, en condiciones totalmente despreparadas. Ufanamente se introduciría entonces en tormentas antes desconocidas que lo horadaban sin piedad. Los atentados a la Embajada de Israel y a la AMIA ponían en máxima tensión a la historia del país, hecho que cuando ocurre se lleva en mochilas de violencia a numerosas vidas ciudadanas y desafía hasta un punto inconcebible el de por sí complicado acto cultural de poner, de ponernos, a la misma altura de todos los planos y afluentes que dan sentido a la idea de un conglomerado nacional. Los balances siempre son provisorios. Haber puesto al país frente a la incógnita de su historia –o haber vuelto a su historia pura incógnita– es uno de los resultados del menemismo. Por esto, esta voz, *menemismo*, puede considerarse plena para este balance, y aquí sustituir cabalmente a la que en este caso sería injusto emplear, *la del peronismo sin más*, con la que sin embargo se yuxtapone.

El experimento de la Alianza

Para 1997 ya estaba preparado el terreno para entablar una significativa alianza del Frepaso con el radicalismo, al calor de los tratos comunes entre ambas fuerzas. El presidente del radicalismo, Rodolfo Terragno, había encabezado con *Chacho* Álvarez el gigantesco apagón de protesta en Buenos Aires. No demora en crearse un acuerdo. Será la *Alianza*, que arrebatará cómodamente la elección legislativa de ese año. El afortunado fenómeno será coordinado por Álvarez, Alfonsín, Graciela Fernández Meijide y De la Rúa. Éste había sido electo en 1996 jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Meijide, madre de un joven desaparecido en los años de la represión dictatorial, era una reconocida activista de derechos humanos que se había deslizado hacia la política partidaria de la mano de Carlos Auyero. Era poseedora de un estilo espontáneo y raso que ante la tarea hurgadora de los medios de comunicación pasaba como el modelo de político llano, "creíble", según la terminología escéptica que la época ya había impuesto, capaz con su irremisible sentido común de sostener acabadamente el examen estandarizado de las tecnologías de la imagen y sus modos admitidos de generar verosimilitud y transparencia para el consumo de los vastos públicos televisivos.

Estaba todo preparado para el relevo electoral de Menem. La Alianza tenía la impronta activista del Frepaso pero su candidato no podía ser del Frepaso. Las internas abiertas de la nueva agrupación consagran a Fernando de la Rúa. Sin duda, se había querido que un antiguo o tradicional personaje político, experimentado en las oscuras artes de la administración estatal, diera garantías de gobernabilidad –este concepto, de aires académicos, había pasado ya a la cotidianidad política– a un difícil tramo de la vida política nacional, en el que un más que modesto contenido de renovación institucional se barnizaba con los hábitos y garantías reales de las maquinarias políticas establecidas. El *Chacho*, por su parte, estaba afanosamente entregado a comentar las variantes de un por

entonces popularizado "teorema de Baglini". Se trataba de una humorada de pasillo parlamentario, proveniente de los dichos de un diputado radical de ese nombre, según la cual la mayor cercanía al poder hace decrecer proporcionalmente las programáticas transformadoras. Dando pábulo a esta ironía, *Chacho* imaginaba que había que preverla de antemano, por lo cual un político de oposición tenía que hablar *como si ya estuviese en el poder*. Este tipo asombroso de "ética de la responsabilidad" llevaría a que la noción de lo político se convirtiera en un evento técnico, calculable, sin una distancia necesariamente imprevisible entre la formulación de un enunciado y su mecanismo inmediatista de cumplimiento. La Alianza se tornó gobierno en 1999. Aquel "teorema" y otras chucherías autojustificatorias de la conciencia práctica del político inhibirían una percepción más aguda del modo en que se iba perfilando una nueva tragedia nacional.

Por otra parte, la figura de De la Rúa había sido sometida a un fuerte "relanzamiento" por especializados publicistas que hicieron pasar como un alarde virtuoso lo que habitualmente se señalaba sobre la modalidad abúlica, infatuada y solemne del carácter del candidato. Los envíos publicitarios que enfatizaban como rasgo positivo el "aburrimiento", convirtiéndolo en el estilo de un grave estadista contrapuesto a la algazara menemista, así como una filmación que mostraba artificiosamente a De la Rúa encabezando un pelotón vestido con uniformes no identificados, accionado contra supuestos nichos de delito y corrupción –dando idea de la participación personal del presidente en la solución directa del tema ya agigantado de la seguridad urbana–, indicaban la ficticia frontera en la que se anudaban la política más tradicional, enteramente anodina, con las artes más inventivas del poder narrativo de las imágenes.

En el terreno de las exigentes facticidades en que las que le tocó actuar, De la Rúa mostraría rara incompetencia, insensibilidad para interpretar las formas más desveladas que recorrían una sociedad insatisfecha y un estilo político heredado de las fuentes más conservadoras del radicalismo, oscuros confines de los que el propio Alfonsín renegaba y al que ya no se lo podían adosar libremente las invenciones manieristas de los expertos publicitarios.

Quedaba a plena luz una figura insustancial, flemática sin alcurnia y repleta de inflexiones discursivas que recordaban los inanes clichés que durante largos años lo habían acompañado. Eran en verdad modestas astucias, tacañerías morales disimuladas entre carrasperas que parecían interesantes y podían ser festejadas por un público distraído pero que ahora revelaban las evidencias de un gran vacío espiritual. Simulador, endeble y desconfiado, escribió después, refiriéndose al ex-presidente, alguien que lo conoció bien: Carlos *Chacho* Álvarez.

No es posible hasta hoy valorar en su compleja significación el fracaso de la Alianza. Evidentemente, figuras que parecen prometedoras no consiguen, llegado el momento, encumbrarse a la altura de los desafíos que se hacen presentes, así como también puede frustrarse la expectativa de quienes consideran que políticos de cuño menor pueden rehacer sus más módicas circunstancias, convirtiéndose en sorprendentes paladines de una causa histórica. Ninguna de esas cosas ocurriría, y sobre esta materia versará precisamente el tenor de los lamentos que se escucharán luego, bajo el género de las crónicas del fracaso. Sobresalen entre ellas las que elaboró el *Chacho* en su libro autojustificatorio, titulado *Sin excusas*, que contiene reflexiones agudas al extremo de un elegante y desencantado pragmatismo de renunciante, no exento de un paradójico puritanismo que late como tragedia personal del político de rápido ascenso, detrás de un lenguaje que se mantiene profesional, y, desde luego, ya informado de todas las vetas de un liberalismo republicano y social inevitablemente alejado de las fuentes del peronismo juvenil. Sólo puede objetarse de ese memorialismo la voluntad de hacerlo en conversación con Joaquín Morales Solá, uno de los escritores periodísticos lacónicos e incisivos –sería un motivo para elegir su compañía– que envía su cáustica habilidad a sustentar el sempiterno ejercicio de vigilancia sobre los tumultuosos gobiernos civiles, siempre con sutiles toques amenazantes. Es la ascética vigilia del *Orden* sobre las raras vicisitudes de toda historia. Por conocerse las raíces profundas de ese orden, se aceptan las contribuciones atípicas de los lúcidos plebeyos integrados… *–¿siendo el Chacho uno de ellos?–*, motivo, entonces, para no reclamar la compañía de aquel

editorialista. Pero a Morales Solá el político caído prefirió confiarle sus reflexiones inteligentes y sus pasiones tristes. Hablaba así confesionalmente con un hombre del régimen, para expresarnos de manera antigua pero no inválida.

El *Chacho* se muestra confesional en su libro. Como un alma en ostracismo, como el político que se sentencia a sí mismo en una gran autopunición. Deberá abandonar el ejido de su actuación abrumado por *errores propios* –ésta, una figura literaria sin duda de las más seductoras de las literaturas políticas–, y lanza una meditación de eremita. Se trata del tema de la política acosada por fuerzas económicas de distorsión. Los poderes económicos por un lado alegan transparencia y fundan instituciones con ese nombre para medir o condicionar a las clases políticas, y por otro lado entienden que las fuerzas del mercado incluyen un tipo especial de costos ligados al financiamiento público o secreto de las actividades políticas. Así, la denuncia de los sobornos o de la "democracia tarifada" –nombre que pone el *Chacho* a la penosa situación que encuentra en el Senado respecto al financiamiento sigiloso para la aprobación de ciertas leyes con una tabla furtiva de tributos por voto– apuntaba a la reconstrucción del ejercicio de la política, quizá sin ingresar adecuadamente al debate sobre la naturaleza histórico-social de los planes económicos, por más que el mismo *Chacho* advirtiese, en su amarga confesión, que no importa si los gobiernos son liberales, conservadores o de centroizquierda, en tanto los poderes efectivos pudiesen controlar convenientemente al Ministerio de Economía.

El sucinto ideal de "país serio" que sostenía el *Chacho* provenía de lo que ya era la fuente real de su pensamiento: un racionalismo desencantado –por metodológicamente cauteloso, no por descreído– que mediara todas las acciones políticas a la luz de fines realmente alcanzables por la razón práctica. Se entendía que podría ser real y fácilmente conocido el mundo de los fines probables por parte de la comunidad política que actuase en un momento cierto de la historia. Quedaba al desnudo el problema de interpretar los legados políticos como un acto más del conjunto de las "acciones sociales", ligados a cierta neutralidad valorativa y partícipes de una

trama económica que supone que el capitalismo debía salir de las tinieblas de la irracionalidad tanto como la política munirse de un esqueleto moral también sin gastos superfluos, parasitismos o añadidos clandestinos para operatorias especiales. Este programa de capitalismo liberal, el *capitalismo serio* del que solía hablar entonces, pero también hoy, está por debajo, como programa colectivo, de los orígenes de los "sentimiento morales" que, según Adam Smith, deben acompañar el acto puro de utilidad. Éste debía trascender en dirección a la prudencia virtuosa de la verdad, si no de la belleza, que es lo que resguarda, dice Smith, la nobleza de la acumulación de riquezas en el seno de una comunidad libre.

¿Era realizable en Argentina aquel programa, amasado desde la lejana ambición nacional-popular de los años 70 pero resuelto al fin en el reconocimiento de las virtudes cívicas de una política munida del *ethos* de la responsabilidad? Era poco o era sólo un horizonte moral que difícilmente pudiera condensar un panorama complejo de relaciones económicas, simbólicas e intelectuales. Virtud ciudadana como promesa entre los hombres, a lo Hannah Arendt, y pragmatismo cívico de los legados anglosajones, alejaban al *Chacho* no sólo de los políticos del peronismo existente –su antiguo *domicilio existencial*, según sus palabras– sino también de la Alianza que había construido casi como un fruto personal, y aun de su propio grupo partidario, hecho de hombres extraídos de la habitualidad política más imaginable. Quiso escapar del testimonialismo y dejó un vivo recuerdo de que pudo tener el mando, la primacía. ¿Pero para qué? Al cabo quedó de esa ambición sólo el testimonio, el documento último que sólo significaba que *alguien ha hablado*. Es mucho, pero se quería más. Quizá, se quería *realmente* demostrar el teorema alfonsinista más característico: *que con la democracia todo lo demás viene por añadidura*. Eco lejano de la frase sanmartiniana "seamos libres, lo demás no importa nada", ahora el problema de fondo se diseñaba en torno a las políticas anticorrupción. Lo *demás* se producía por mero suplemento. No podía ser, si es que alguna vez esto pudo ser. Había quedado *Chacho* sin domicilio. Los parroquianos del Varela-Varelita, menos testimoniales que él en sus perezosas horas vacías frente al

baladí pocillo de café, no podían dejar de reprochárselo. También se lo reprocha Graciela Fernández Meijide en su libro *La ilusión*, con críticas de poca monta, pero que *Chacho* estuvo dispuesto a creer cuando percibió la incalculada envergadura de su gesto renuncista. El carácter inusitado de ese acto –¿era un alerta sacrificial o una irresponsable deserción?– había conmovido, por poco tiempo, el corazón atroz de la política argentina.

Fernández Meijide, años después, cuando los acontecimientos podían mirarse con cierta perspectiva, criticó pues la renuncia de *Chacho*. La vio como resultado de "un individualismo insólito, absoluto, que no sólo hirió de muerte a la Alianza, sino que destruyó a la fuerza que habían levantado durante más de una década". Considera al *Chacho* como un intelectual con habilidades comprobadas para el análisis político pero "remiso y ambiguo a la hora de hacerse cargo de la gran escena que él mismo ha sido capaz de imaginar y montar". Puede ser, muchas veces se afirmaron cosas parecidas. Puedo, yo mismo, indicar algunos rasgos del carácter profundo de *Chacho* señalados por una oscura tentación de retiro frente a los propios obstáculos y complejidades acarreados por la realidad, ante su estilo sumatorio, relativizador. Pero el hecho de que *Chacho* resultó finalmente alguien más cercano a encarnar lo mismo que criticó en su afán de convertirse lentamente al "sistema de poderes reales" –precisamente, el testimonialismo–, dejaba un sentimiento interesante de circularidad en una vida política. Culminaba con un acto agónico que estaba mucho más inscripto en lo que había sido su edad política juvenil que en la madura aceptación de dudosos rituales de facticidad, esa "demanda de realidad" de su período más vertiginoso y triunfante.

En cierto modo, era cierto que la renuncia de *Chacho*, festejada torpemente por el equipo delarruista, anunciaba la caída próxima del gobierno de la Alianza. El descrédito del Senado, motivo de la querella de *Chacho* sobre un tema crucial de la Alianza, cual era la política emancipada por fin de la consabida serie de incentivos económicos clandestinos, desnudaba horizontes aun más agrietados. Éste era un tema de lo que ya se llamaba "calidad institucional", pero la ley laboral que se intentaba aprobar

desfavorecía el control de las condiciones de trabajo de miles y miles de trabajadores, precarizándolos con la pobre ilusión de que así se favorecía cierto dinamismo empresario. El fracaso de esta concepción iba parejo a la decepción sobre los planes económicos del equipo delarruista, pues de alguna manera se sospechaba el peligro que se cernía sobre el conjunto de la vida social, por lo que sugestivamente se llamó "blindaje" a un préstamo de entidades financieras estadounidenses y españolas destinado a pagar la deuda externa y, según se creyó, precondición necesaria para superar los síntomas de lo que ya era una grave recesión.

En un clima avanzado de incerteza en la economía y de creciente desconfianza hacia las formas partidarias y las trayectorias políticas, las elecciones legislativas de 2001 dan como triunfante al peronismo, y, en contrapartida, a una Alianza en retirada electoral. Pero el voto en blanco y nulo casi alcanza a la mitad del electorado, mientras que Luis Zamora, remozando su pasada historia en las izquierdas profesionales con un autonomismo social que proclamaba de índole emancipatoria, acrecentó su presencia eleccionaria de manera inusitada. En cuanto al ex ministro Domingo Cavallo, seguía flotando como un espectro ávido por las ruinas de la política argentina, carta de recambio dramática para conjurar la crisis que se avecinaba. El momento llegará con los gemidos de una agonía que vaticinan lo que el periodismo denominaba "crujidos irreversibles del sistema". *Crujido* era la palabra del momento, como en 2007 fue *crispación*, metáforas sonorizadas y posesas del periodismo que rinde tributo a su vocación ocasionalista. Cavallo, todo-terreno, se había presentado poco antes en las elecciones para jefe de Gobierno de la Capital Federal, pero después del fracaso de López Murphy, ministro vertiginoso, de sincero demolicionismo y epistemología ajustista, era su turno. El último naipe. El ex ministro de Menem, ese Domingo Cavallo tosco de cuerpo pero aún esperanza dúctil del aprensivo De la Rúa, no sabía que los inesperados acontecimientos de 2001 señalarían su ocaso. También el *Chacho*, una sombra de su sombra, llegó a imaginar que podía reingresar a ese gobierno de salvación, que no obstante a todos hundiría. Y rápido. Ambos, *Chacho* y Cavallo, se arrepin-

tieron después de sus tardías actitudes entristas. Pero un político siempre descubre *después*, raramente no es tardío. Formas de la desesperación que sólo en los tiempos apenas posteriores se ven como gestos alucinados, pues en el momento parecen sacrificios que la historia reclama.

La historia arremolina en cada época esos *pentimentos* que sólo largas pausas de tiempo permiten apreciar luego en su ridícula existencia, forma moral que ningún presente tolera pensar. Palabras como *corralito* asaltaron entonces el lenguaje de los argentinos. Se habló de otra manera porque hubo imágenes nunca vistas sobre la ciudad. Lo que ocurrió en las jornadas de diciembre de 2001 es suficientemente conocido. Se trató de un evento ampliamente debatido en todo el mundo, por su atmósfera libertaria, su promesa de cuestionar al Estado con redes asamblearias federadas y con un neocomunitarismo agonal de carácter profetista, encarnado en el grito exonerativo "que se vayan todos".

Multitudes de apariencia medieval, con martillos en las manos, organizaban caravanas y peregrinaciones para golpear las paredes de los bancos, ahora protegidas por chapas de acero. Ahorristas defraudados salían en televisión con sus reposeras instaladas en el centro de la ciudad, tomando mate frente a entidades financieras en son de protesta, con toda su familia en shorcitos. La sociedad se desencuadraba, las personas quedaban a la intemperie al percibir que entraba en sus domicilios la verdad aciaga y última de que perdían sustentos amasados en años, lo que las dejaba simbólicamente desarticuladas. Fueron agitados tiempos en los que se discutió la raíz misma de la organización social y en los que un sector nada desdeñable de las clases urbanas asalariadas, junto a un núcleo abundantísimo de militantes de izquierda, pensaron que una forma de vida fenecía y surgía un nuevo vínculo colectivo de carácter asambleario. La asamblea, como se sabe, es el nombre imperfecto que representa verdaderamente el origen de la comunidad y la política.

Las crisis económicas, cuyos efectos suelen ser parecidos a los de una guerra, dejan a grandes contingentes despojados de pertenencias o de sus condiciones de vida. Es lógico que en la desesperanza

–muchos ya habían perdido el empleo y otros veían inhibidos sus módicos ahorros– aparezcan utopías regenerativas que puedan gozar de mayor audición. La clase política, abominada en su totalidad, estaba en su puesto, rearmando las deshilachadas líneas de comando. Eduardo Duhalde, astuto político del conurbano bonaerense, había sido elegido presidente de la Nación –revestía en condición de senador, elegido en las elecciones de ese mismo año 2001– ante la renuncia de De la Rúa, que generó una incesante inestabilidad manifestada trágicamente durante un período de pocas semanas en que hubo numerosos muertos en la calle y cinco presidentes.

Describir hoy esos tiempos, que parecen lejanos, supone munirse de conocimientos especiales sobre el modo en que se abandona macizamente el sentimiento de orden, una ilusión compartida que los colectivos sociales no se deciden fácilmente a vulnerar. Quizá si comparásemos esos hechos tan conmocionantes con el ciclo institucional democrático que se abrió con la elección que consagró a Alfonsín, podríamos afirmar que llegaban a su fin ciertos tiempos institucionales que habían sido desafiados de diversas maneras –especialmente por los grupos militares disconformes–, pero nunca, como ahora, a través del quiebre de los lazos inmediatos de sociabilidad. Creencias comunes y expectativas compartidas, el último cimiento de lo social más allá de lo cual sólo hay miedo abismal, desaparecían súbitamente, cercanas al abominable momento en que el saber clásico devela, con sentenciosos exorcismos, la proximidad del *homo homini lupus*. Coincidían en este momento las expectativas de numerosos grupos de militancia política en torno a un transformismo drástico de las sociedades –surgía el concepto vehemente de *asamblea constituyente* como núcleo reparador de la vida social general–, con la ira ostentosa de un conjunto extensísimo de ciudadanos que se superponía versátilmente con las artes militantes de la lucha urbana. Pero a esa superposición entre ahorristas desahuciados y trabajadores desocupados, el complejo tiempo posterior iría a mostrarla como postiza, rebuscada.

En efecto, los cálculos espectrales en torno a una alianza social clásica de hombres violentados por la desesperanza laboral y ahorristas que súbitamente pierden todo no podrían concretarse. Eran un dificultoso remedo de los frentes populares, frentes policlasistas o frentes amplios emancipatorios –cualquiera sea su denominación–, que no ocurriría en este caso por la diferente naturaleza experiencial de la que provenía el desquicio que afectaba los respectivos mundos de vida. Para los que ya eran denominados *piqueteros* se había desplomado la trama laboral y salarial que inscribía las experiencias vitales; para los ahorristas drásticamente perjudicados se trataba, quizás al revés, de un despojo de lo que, aun significando el trabajo vertido en ahorros que hacían a la identidad social y familiar, era más bien un derrumbe simbólico antes que el de la más cruda materia existencial. Los respectivos desamparos parecían equivalerse, pero los diferenciaba un inmediatismo en la lucha, y quizá distintas formas de desesperación, que en aquellos que pasarían a denominarse *piqueteros* –conjugándose allí la nueva identidad con la mención del método de acción– implicaban la quiebra del orden de pertenencia salarial para pasar a protagonizar fuertes experiencias comunitarias. Para el caso, estaban avaladas por susbisdios del erario público a los desocupados, revertidos en emergentes formas organizativas de gran novedad por su manera de incidir en la historia de las protestas urbanas. Partidos de izquierda crecieron al amparo de esta nueva situación, produciendo un inédito acercamiento de los estilos ideológicos canónicos con amplísimos núcleos populares huérfanos de mínimas condiciones de subsistencia. En cambio, en los pequeños y medianos ahorristas era notable el ejercicio de la furia, como si por designio de antiguos dioses insatisfechos hubieran decidido utilizar una fuerza mágica –momentáneamente impotente– contra las persianas de bancos convertidos en totémicas entidades traidoras, cuando antes parecían prolongaciones hogareñas.

¿La política real podía ser *refundada*? Podemos definir el peronismo como el estado permanente de promoción y desconfianza respecto a que esa posibilidad sea alguna vez efectiva. Precisamente, el peronismo habló de la "realidad efectiva", como si fuera necesa-

rio remarcar en el procedimiento de descubrir lo real, un reaseguro adicional respecto a que ésta es cierta, práctica e inmune. *Ella misma es su verdadera forma de ser, tautología encantada que lo real siempre precisa para autodefinirse en la lengua de los hablantes que pretenden ser objetivos*. El peronismo es la condensación inmediata de todas las contrariedades que puedan imaginarse respecto del principio del "que se vayan todos". Todo lo político es antagónico a ese pensamiento, que sin embargo pertenece al confín efectivo de la política, siempre presente pero raramente manifestado en el grito de las multitudes, cuando éstas se transforman en hinchadas de fútbol o en conglomerados reactivos ante el fracaso nacional que sea.

Con el fondo de esos clamores que sacudían la ciudad política y la ciudad real de los hombres, emerge nuevamente el peronismo. El nombre vuelve a aglutinar a partir de una de sus mitologías laterales. La del *estilo*. Más que del *partido*, más que del *movimiento*. La del estilo. Sí, el estilo de aquellos que saben nadar en las aguas revueltas en las que cede el edificio institucional, al que tanto pueden hacer temblar como en otro momento concurrir a su rescate, con sus crudos remedios de emplasto. Esto es, con el conocimiento no escrito de las infinitas *practicidades del poder*. El movimiento al que perteneció Arturo Sampay, el gran constitucionalista schmittiano, el propio Perón, dador del nombre y escritor de reglas un tanto inverosímiles que hacían pasar esos supuestos saberes tácitos por una visibilísima red de escritos pedagógicos y aforismos inagotables, y hasta un Jauretche, éste más lateralmente, pero adoptado por el peronismo como lanzador ecuménico de adagios chispeantes y fórmulas perdurables de ingenio, el movimiento, en suma, *el movimiento que podía efectivamente jactarse de haber escrito más que el yrigoyenismo y casi tanto como el socialismo*, aparecía décadas después como el turbio numen de un manojo de sobrentendidos y aun oscuros preceptos surgidos de un instinto directo, si no bárbaro, convenientemente ágrafo, en torno a reparar, adobar y conservar el poder, en su forma crasa y su *physis*. Nada escrito, sólo cábala, clientelismo y operación suburbana. Todo desreglado, meramente pulsional. Parecían años luz los que separaban este

período del discurso de Alfonsín en Parque Norte, donde brillaban las "reglas constitutivas" de la acción democrática.

¿Es justa una visión así encaminada? Cuando el poder recae en Duhalde luego de las breves jornadas presidenciales rápidamente improvisadas –las de Rodríguez Sáa, sobre todo, azucarado y a la vez aceitoso personaje–, se establece una línea de trabajo aconsejada por la urgencia y una disimulada desesperación. Era necesario restituir el fondo social incautado sobre el eje de una necesaria devaluación económica, lo que, entre remiendos y repentinos hilvanados, era acompañado dubitativamente por una población desencajada de las mínimas previsiones de vida en común, que sin embargo no había aceptado, tampoco, lo que del otro lado de la crisis ofrecían las asambleas bajo las acacias y tarabintos de los parques en todas las grandes ciudades argentinas. El proyecto de Duhalde era simple y rudo. Su remota filiación desarrollista –todo puesto en clave de un lenguaje barrial– lo llevó a impulsar los gestos reconstructivos de la incidencia del Estado en la sociedad, con propuestas que tomaba de retazos del baúl de recuerdos de la política nacional. En el período de un año y cuatro meses en el que ocupa la presidencia, quiere mostrarse un Duhalde diferente a aquel que aparecía bailando con una damajuana en la cabeza, en las fastos ya ultrapasados del menemismo, y diferente también a aquel que era cíclicamente acusado de regentear una oscura republiqueta del conurbano bonaerense, amasada en el teatro clandestino del control policial de garitos, desarmaderos, juego furtivo, prostíbulos, comercio de célebres potingues y ejercicios de control sobre mesnadas periféricas a través de soplones encubiertos en las consabidas máscaras de una militancia social.

En algún momento, en nombre del vasto género de la "investigación periodística", variedad de combate intelectual heredera de las guerras de restauración moral que acompaña como hilván paralelo a los años de la democracia difícil, con su obvia hipótesis de corrupción en la esfera del poder, fue acusado Duhalde de patrocinar el alma fraudulenta y las líneas de recaudación clandestina en el conurbano sur de Buenos Aires –zona revulsiva, que articula la memoria industrial perdida del país y las actuales ca-

pitanías que rigen poderosas economías marginales provenientes del productivismo de la ilegalidad. De inmediato concurre a la televisión con su familia completa, a modo de lamentación de los justos e incomprendidos, incluyendo a una de sus hijas que se hallaba estudiando para monja.

Nunca es fácil abrir juicio sobre un hombre político ni sobre cualquier hombre que sea. Evidentemente, Duhalde puede comprenderse como el caso de alguien que lucha con esa sombra que lo persigue, la del político que tutea a los poderes informales de los suburbios como lo haría el dueño de una dudosa inmobiliaria que sabe que sus negocios deben hablarse en la doble cuerda formal y anómala, la del hombre de familia que considera que hay escapadas y últimos refugios en la fe barrial y penitencia religiosa, y la del político que controla redes adhesivas concebidas sobre la estructura del favor, pero que al verse elevado a la decisión en condiciones extraordinarias, percibe que puede forjar otra figura. Amigos de Duhalde, en su período presidencial, cuando con la participación de economistas habilidosos logra torcer en algo la disolución de las instituciones que moldean tibiamente a la sociedad argentina, segmentada entonces en el uso de monedas propias provinciales y la desaparición del filamento del trabajo como identidad colectiva permanente, forjaron la idea del surgimiento de un estadista salido de una simple parroquia, un hombre del club Banfield –del cual en años remotos de picaflor había sido bañero en la pileta social– que de repente se fotografiaba con Mandela o con el Papa hablando sobre el porvenir de los pobres del mundo.

El filo por el que transcurre esta línea biográfica duhaldista puede expresarse en una frase que parece haber pronunciado cuando ocurrieron los infaustos sucesos del “caso Cabezas”, el pobre fotógrafo cazador de imágenes, un personaje construido por el modelo del periodismo de investigación sumado a la idea de acechar al poder para descubrir “qué es lo que se oculta detrás de historias principescas.” Esa frase será “me tiraron un cadáver.” Complicada cuestión de aspecto irresoluble, pues sólo se habla así en ciertos mundos comprometidos con las formas más lúgubres del inter-

cambio simbólico, significado aquí por cuerpos inertes como si fueran materias de un canje en la trastienda de oscuros mercados.

Aquel fotógrafo asesinado vilmente en el barro seco de un desvío caminero, junto a un hoyo indiferente de tierra, fue el centro de una madeja inverosímil de la política argentina, cuyo protagonista fue en primer lugar el empresario Alfredo Yabrán. Se trataba de un magnate que intentaba maneras finas y que cultivaba la reserva y la amenaza, una traza que iba desde un oscuro origen aldeano hasta sus vínculos sigilosos con los planos más altos de la política nacional. Sobrevolaba en su aura doméstica de capitalismo profesional la vislumbre de un trato privilegiado con una mercancía esencial de la teoría del valor, esas sustancias de nombre contundente, nada secreto pero preferentemente eufemístico, habitualmente llamadas drogas –palabra llana y a la vez provocante de múltiples sobreentendidos–, al punto que a veces se hace de la expresión "lavado de dinero" una mónada que describe casi weberianamente el origen del capitalismo de periferias. Puritanismo no menemista, menemismo en la adopción de técnicas de acumulación basadas en la dialéctica *legalidad/ilegalidad*, *culpable de todo/inocente de todo*, Yabrán reclamó él mismo ser investigado por la DEA norteamericana.

Historia de un ascenso a los poderes desde submundos sociales, algo de esa materia de la fortuna ascensional une a Menem con Yabrán. Pero éste es la contrafigura de Menem en cuanto a su sistemático proceder de trastienda. Yabrán tenía un programa de lucha guiado por una astucia y cautelas sibaríticas, con una preocupación casi ontológica para que su rostro no tomara dimensión pública. Tan fervoroso puede ser el camino de la vacua imagen capitalizada a la manera de Menem como el capitalismo sin imagen que construía Yabrán, en el que "una palabra valía tanto como un documento escrito". ¿Dónde se aprenden estas cosas que vienen de conocimientos tan lejanos? No en Larroque, pequeña localidad entrerriana de la que provenía, sino en las conversaciones secretas de madriguera, que son las finalmente educativas y tocan el nudo existencial del cual se desprende en cierto momento el deseo de ser recipiente de una antiguo legado cultural. Se

dijo que Yabrán podría haber sido un remedo del "capitalismo nacional" cuyo régimen de acumulación incluía los símbolos de un poderío de opereta, un pequeño ejército de bandidos de la policía provincial y servicios jurídicos de graduados en Oxford. El negocio de transportes postales o de toda clase de envíos mercantiles por aire, mar y tierra es un emblema de la circulación, cuyo control es tan relevante para la plusvalía como el de la producción. Infinitamente menos prestigiada aquélla que ésta, que sin embargo retruca con un tipo encubierto de "producción", la del misterioso precio, nunca escrito, que el mensajero paga por llevar las buenas o por llevar las malas especies. Transportar es menos ingenuo que producir, pues es un hecho retórico que en su materialidad tiene la libertad arrasadora de hacer del precio un misterio del *auri sacra fames*. El precio es lo ilimitado, salvo que lo contiene la frontera de la guerra más que la del reglamento público o la ley.

Dice Rousseau, en *El origen de las lenguas*: "Darío, enfrascado en Escitia con su ejército, recibe de parte del rey de los escitas una rana, un ave, una rata y cinco flechas. El heraldo entrega su presente en silencio y parte. Esta terrible arenga fue entendida y Darío no tuvo otra urgencia mayor que la de regresar a su país como pudo. Sustitúyanse esos signos por una carta: cuanto más amenazante sea, menos asustará; escrita, no hubiese sido más que una baladronada de la que habría reído Darío". Aquí encontramos la base de un procedimiento político y la remota explicación de la ominosa frase *me tiraron un cadáver*.

Yabrán estaba siendo investigado por Cavallo, quien a la vez había sido compañero de estudios de Wenceslao Bunge, el escribano que acaba tornándose vocero de Yabrán. En cuanto a Cavallo, contaba con el apoyo de *Chacho* y Fernández Meijide en esa materia –la "asignatura pendiente de la anticorrupción"–, mientras éstos atacaban a Duhalde, que simultáneamente se interponía a la reelección indefinida de Menem, a la vez una cuerda paralela de la vida oculta de Yabrán, empresario atacado por su propio ministro de Economía. Sin nada saber de este modo orbicular de las épocas de la política, la guardia de *corps* de Yabrán asesinó a Cabezas. Eran miembros de la policía bonaerense que Duhalde

elogió primero y luego debió investigar. Yabrán se suicidó en el baño de una de sus propiedades en Larroque, lo que hasta hoy permanece como el fasto de una leyenda plena de equivocidades. En estos círculos recorridos por planetoides ajados, se escribe el diccionario de la política argentina. Siempre que nos decidiéramos ciertamente a juzgarla en la salsa de sus verdaderos idiomas, siempre en elaboración, como lo muestran esos nombres, *policía bonaerense*, *Yabrán*, *cadáveres*. Puntuaciones transpolíticas. ¿Dónde poner el nombre del *peronismo* ahí? Se debe hacer esta pregunta en un libro que trata sobre el último cuarto de siglo del peronismo. Pero cualquier otra palabra que sea, también debería luchar –toda palabra lucha– para sobrevivir en medio de las otras palabras verdaderas, que en parte son las del círculo que más arriba invocamos.

Tendrían razón los que dicen que las identidades políticas hay que estudiarlas únicamente *con* sus resguardos y sostenes institucionales. Los griegos *son* hoy sus textos, y a su manera, los textos *son* formas de una institución. Pero sus instituciones políticas y sociales desaparecidas, bien conocidas, *no son* sus textos, aunque se relacionan de muchas maneras con sus textos. Todo texto, aun si necesario, nace anacrónico. Los textos del peronismo conviven hoy con realidades institucionales muy diversas y cambiantes, y al mismo tiempo no puede dejarse de contemplar el verdadero pulular de las sociedades, que ocurre mucho antes de sus nombres políticos y que podemos ejemplificar en los meros –pero no tan meros, mas bien *trágicos*– nombres de Cabezas, el asesinado, y Yabrán, el suicida que acumulaba su fortuna con la única ley de la *omertá*. Ésta implicaba también el rechazo a la reproducción como imagen de su rostro, lo cual era la materia prima viva de las empresas periodísticas que los investigaban con sus sabuesos *paparazzis*, y, en cierto modo, había sido un capitalista, menos “nacional”, como se dijo, que alguien que sólo podía canjear su modelo de acumulación subrepticio por la figura del mandante de un crimen o luego por la figura final de un suicida. Quizá sea mejor obedecer a los politólogos que siguen los nombres siguiendo a quienes efectivamente los pronuncian, pero peronistas, radicales, socialistas…, pretenden otra cosa. Que el avatar colectivo

no ocurra tan al margen de esos nombres. Pero es así. Sólo tardíamente, marginalmente o aleatoriamente podríamos introducir la eventualidad peronista en esa trama de venganzas, capitalismo rústico y políticos de la restauración moral.

Duhalde era un filamento paralelo a todos esos sucesos, próximo a ellos y con capacidad política efectiva de "despegarse". *No quedar pegado*. La máxima virtud del político al estilo duhaldista es precisamente ésa, la de no quedar "pegado". Sabiduría de la frágil proximidad en el contacto efusivo con la materia peligrosa, reproduciéndola en sí mismo pero asegurando siempre la invocación súbita del manto conventual y el escape por haber estado sólo de modo tangencial, nunca *realmente adherido*. El 26 de junio de 2002 la Policía de la Provincia de Buenos Aires –la misma que la del caso Cabezas– reprimió a piqueteros que cortaban el Puente Pueyrredón. Son asesinados Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, piqueteros de la agrupación Aníbal Verón, nombre a la vez de un trabajador desempleado, del gremio del transporte de Salta, muerto dos años antes en una protesta piquetera. Kosteki y Santillán fueron inmolados en el hall de la estación Avellaneda del Ferrocarril Roca, santuario laico recorrido distraídamente por miles de apurados pasajeros suburbanos. Ellos son mártires del movimiento popular. En el bien ensamblado relato colectivo del libro *Darío y Maxi, dignidad piquetera*, esos muchachos fusilados por sanguinarios comisarios policiales –en una trama burilada por un gobierno que decidió escarmentar a los movimientos pasivos de protesta– cobran una dimensión insurgente, sacrificial y heroica. El relato de ese libro se halla entre un pliegue bíblico social y la narración enjuta, averiguadora y geométrica de un Walsh.

Cada época tiene sus mártires y martirologios. ¿Cómo recordamos a la media centena de muertos de la insurrección yrigoyeniana de 1905? Son formas de decir, pero un decir en el que nos vemos obligados a acudir a la vaga urdimbre del "medio centenar". ¿Y los nombres de los *treinta mil* desaparecidos? La dificultad de las conmemoraciones es conocida. La conmemoración es un arte de la dificultad, *de esa dificultad en el lenguaje*, necesario y doloroso. A las gestas anteriores las medimos con nuestros senti-

mientos profundos, no siempre disponibles en la vida cotidiana, respecto a lo que puede tolerar un hombre o lo que puede dar de sí una comunidad. Los enigmas de la condición humana retornan así cíclicamente por mandato público o por necesidades súbitas en quienquiera que sea para descifrar los modos de emotividad que son necesarios en el sagrario laico de una comunidad. Si damos un paso más allá, no podemos ver a éste como una cavidad ritual llenada por las exigencias de la efemérides, sino como lo contrario, una arrasadora ausencia cuya fuerza se debería a ninguna otra cosa que a la imposibilidad de ponerle nombre al cemento inmaterial que une a las personas en el ser genérico social, esto es, la noción de un daño siempre potencialmente infligido a lo humano, sin más, desde los mismos agrupamientos humanos. A tales daños los agrupamos en conceptos y necesarias generalizaciones. Pero para intuirlos en una conciencia que se promete actualizar la privación de lo humano como garantía de autenticidad surge también la necesidad de que el sufrimiento que se perciba sea el de *uno solo*, una singularidad aprehensible por encima de una sospechable universalidad del quebranto, lo que sin duda alimenta bellas ceremonias de expiación, aunque acostumbran a exceder lo que la conciencia individual puede preferir encarar antes que el Estado organice los cultos laicos, imprescindibles pero habitualmente poco logrados en su autenticidad evocativa o rememorativa.

Por eso la emoción pública suele buscar antes que nada a *este* hombre singular enviado al cadalso clandestino, *ecce homo* con su cuerpo arrojado a los elementos, la desconocida tierra o el incógnito mar. Se pone a prueba entonces, y nada menos que desde lo que aparentemente aparece como lo político, *qué es un hombre en la memoria de sus deudos,* de la comunidad o del yacimiento que todo agrupamiento colectivo prepara para recibir el paso del tiempo bajo la forma de la desaparición o la muerte. *Llamamos a esto historia*. Y nos reeducamos en la percepción del pasado anonadante –como efecto del terror– con la prueba casi umbandista –pero pensada para las instituciones en sus momentos represivos– de traer desde una eternidad aleatoria y politizada un nombre vagante

en el suplicio, un desaparecido, para que se introduzca como beato en nuestras conciencia presente, desposeída.

De tanto en tanto decimos *tal o cual*, nombramos a ese desierto de una vida como un acontecimiento vacío, un recuerdo sin persona. Alguien que fue tomado por las ruedas a cremallera del Leviatán. Podemos así evocar regularmente a uno de los muertos, a cualquiera de ellos, les pongamos o no el nombre de mártires, con fotos en blanco y negro y corbatas afinaditas, sonrisa barrial de otras épocas, entregándonos a necesarias crónicas de reconocimiento. Los resarcimos en nuestro oratorio de hollín. Y así, Julio Goitía, nombro yo. Un nombre en la multitud de nombres que me asalta y que me impongo al efecto de escribir esto. Un muchacho de la calle Bogotá, barrio de Flores, zona pobre de pensiones, entregado con inocencia a los juegos que, por no ser inocentes, siempre lo parecen. Azar del recuerdo años 70. Necesidad de singularización. ¿Pero con quién hacerla? ¿No nos faltan pormenores, relatos llenos, reminiscencias civiles plausibles? Con Kosteki y Santillán tenemos en cambio plenos nombres en singular y asociados por un acto emotivo, legendario, límpido en su grave ofrenda. Uno de ellos retrocede para salvar al otro, logrando tan sólo fusionarse con el caído en su propia caída. El episodio no podía ser más evangélico, lo que explica su poder conmocional y el grado de fusión al que ha llegado en la conmemoración específica, que en la liturgia sucede y hereda a la anterior cepa del *via crucis* argentino, la de los sucumbidos en los centros especializados en desaparición de personas, forma de hablar que apenas trasunta el horror indirectamente, lo señala exógenamente, quedando siempre la promesa de *no olvidar*, que toda conciencia se hace para significar su verdadera lucha con sus ofertas generosas y sus oscuras imposibilidades. Pues el olvido es agente activo, incesante.

Sin saber nada de esto, Duhalde en realidad lo sabe. Duhalde anticipa las elecciones bajo el espectáculo de lo ocurrido en Puente Pueyrredón y en la estación Avellaneda. Se había intentado ocultar los asesinatos pero el Estado estaba otra vez al desnudo en su faz hipocrática, su ser vivo sólo lo lograba absorbiendo la muerte, produciéndola en trastiendas y silenciándola como si él no fuera

responsable. El Estado se mostraba otra vez en su forma mortífera, mortuoria y moribunda. Esos dos muchachos muertos que hacían ladrillos de barro, juntaban libros precarios en una biblioteca barrial y enseñaban a fabricar pan, eran estampas virginales y poderosas. Eran el *recomienzo de lo social*, invitación magna hacia una sociedad que sin embargo ya tenía su forma social corroída, y que no la deseaba abandonar. Duhalde, también, oscuramente lo intuye. Y aunque nada remedia nada, él es un político. El país marchará rápidamente hacia las elecciones, que serán ganadas por un personaje poco conocido que hablaba con un leve seseo y sorprendía con una lengua que llevaba inscripciones evocativas de militancias de candentes épocas anteriores. *Era Néstor Carlos Kirchner*, abogado oriundo del sur del país, recibido en La Plata, año 1976.

El kirchnerismo

Como con las etapas famosas de la política francesa, esas frecuencias cíclicas que van de la monarquía a la república, de la república a la comuna, de la comuna a la república, de la república al imperio, del imperio de la monarquía, de la monarquía a las barricadas, de las barricadas al imperio, del imperio a las barricadas y de las barricadas otra vez a la república –todo en el lapso de un siglo–, también en Argentina se podrían puntualizar cursos y recursos, ocurrencias y recurrencias. ¿No lo serían la secuencia circular de gobiernos elegidos por sistemas electorales y golpes militares? ¿O la serie de quiebres en estos *veinticinco años de democracia* según el ritmo de las hiperinflaciones, los saqueos en el conurbano, los desmadres del sistema financiero? ¿O la emergencia de distintos núcleos temáticos en torno a la organización de la vida común, como el terror político de las dictaduras, la guerra con una de las principales potencias de la OTAN, la inseguridad urbana, los flujos comunicacionales de control de audiencias, la elaboración mediática que vertebra la opinión de las abstracciones consumistas de símbolos: *la gente, el público, los telespectadores*…? Hechos, hechos, hechos… Y por debajo de ellos las palabras de contorno difuso con las que se hablan las verdaderas continuidades de las antiguas estructuras, que se otorgan, consiguen y trabajan plenamente para obtener esa persistencia que nunca es eterna pero alcanza más jalones de tiempo que la frágil institucionalidad política.

En cuanto a las instituciones de gobierno, es cierto que después de la resquebrajadura puede venir el esfuerzo reconstructivo, según la obvia cadencia de "la guerra y la paz". La vida política más reflexiva puso estas situaciones bajo el análisis de una sutil filosofía del orden. Desde Maquiavelo en adelante, para ser sucintos, el orden está sometido a una negatividad necesaria para el pensar político. Esa negatividad sería lo político mismo. Las izquierdas del siglo XX concibieron las crisis económicas o políticas como un elemento superficial de la teoría de la revolución –salvo

las muy exigentes ideas sobre el *colapso* de Rosa Luxemburgo–, por lo que la "toma del poder" se realizaba por el *imperium* de prácticas propias –pongamos como ejemplo las *Tesis de Abril* de Lenin– y de esta forma se privaban de interpretar sustantivamente las derivaciones de las crisis hacia situaciones revolucionarias que no podían dejarse de reconocer como consecuencias inherentes a esa crisis. También se privaban de analizar los modos en que se repondrían los órdenes institucionales caídos, económicos y políticos. Aun ocurriendo esto así, los capítulos posteriores que sobreviniesen podrían recomponer una institucionalidad que reabriría en otro plano la búsqueda del sentido emancipador de la crisis.

Esto último es lo que ocurrió con Kirchner. No venía a reparar el orden sino a interpretar la crisis con un nuevo enunciado institucional que pudiese situar en su interior *la productividad de la crisis*. ¿Lo lograría? Gobernador de la provincia de Santa Cruz, poco se sabía de él, y sus primeras intervenciones no se ajustaban al libreto neoliberal, existiendo en ellas llamativos pespuntes que recordaban la lengua militante de estratos anteriores pero no remotos de la historia nacional. Esto proponía mayores incógnitas aun, pues podía inferirse sin errores que Kirchner había acompañado las transformaciones regresivas del menemismo en términos de privatizaciones. Sin embargo, fruto de un vacío que no podía prolongarse mucho más según las especulaciones de Duhalde, a pesar de que el gobernador sureño no hablaba precisamente un idioma que fuera homogéneo al del peronismo oficial, era el nombre que por descarte debía lanzarse en la competencia electoral.

El joven Kirchner había tenido una historia corriente en las filas de las militancias estudiantiles en los mentados años 70 en la Universidad de La Plata. Su agrupación, el FURN, no lo tenía entre los dirigentes más notorios; por lo menos, quien esto escribe, que tomó la primera persona en otros momentos de este texto, debe decir ahora que no lo conocía, a pesar de tener vínculos con otros miembros de ese "núcleo de época". Entonces me sitúo así en el relato, pues quisiera decir que puedo imaginar las circunstancias de su formación política tanto como de su trayectoria posterior. Pertenecíamos a una situación generalizada entre muchachos uni-

versitarios: ofrecernos sin saberlo a protagonizar una de las tantas torsiones que da el espíritu colectivo y que se encarnan en un puñado numerosísimo de criaturas ávidas de poseer un historia, un resguardo de algo anterior –podíamos, sí, condensarlo en la "revolución nacional"–, *algo* que al volver de un obligado ostracismo moral volcaría nuevamente sus primicias de justicia sobre una sociedad renovada. Pero no volver de cualquier forma, sino de una elocuente e ineluctable. Recuerdo perfectamente que los hechos reales frente a los cuales había que decidir un rumbo de vida consistían en si estábamos dispuesto o no a aceptar realmente la opción de la política armada. Muchísimos merodeamos esas políticas y fuimos ocasionales cortejantes, pero sin saber bien por qué –o lo sabíamos sin decirlo, o lo supimos mejor más adelante– terminamos apartándonos con diversos argumentos. Nos absolvimos de ella. Hoy rememoro esa época y no estoy conforme, no tanto con la sustancia sino con el modo de esos argumentos, que después serán habituales en la crítica a los grupos armados. Nos relevamos pues del mundo de esa perseverancia, de la efusión de los militantes armados peronistas –ellos nos hubiesen correspondido en suerte–, destinada al desastre y a la osada profanación de las fronteras en las que se había dado hasta ese momento la conflagración argentina, de naturaleza virulenta pero no salvaje, secreta y siniestra. Esa violencia, como se dijo, era menester mostrarla como justicia.

Aceptada en general esa frase, pertenecí ya antes del 76 a un tipo de crítica a la efusión de las armas, con la que acaso salvamos la vida. ¿Debo decir esto, debo proclamar lo radicalmente inoportuno? En verdad, lo que me molesta ahora es la inagotable pero irresoluble duda respecto a si la crítica se fundaba en adecuadas argumentaciones –aún las sostengo como válidas– o si el trasfondo de ellas era un fundado temor por nuestras vidas. En todos el país, miles y miles de militantes abandonamos lo que nos parecían descabelladas labores y luego miramos demudados el anticipado cenotafio del que nos habíamos retirado. Puedo percibir hoy al joven Kirchner en estas mismas circunstancias, que lo llevan al retiro, a la salvaguarda una vez trazado el límite, lo que no hacía a nadie inmune al peligro. Pero se trataba de lo que ofrecía un amparo simbólico y nos conde-

naba al triste destino de no equivocarnos al ver el error de aquellos que eran nuestros amigos, sin embargo fieles a una respetada y sin duda añorada disposición iniciática. No estar equivocados era de algún modo hacer excepciones a nuestro favor. Es así que se reinicia –que Kirchner y los demás reiniciamos: entiéndase la ilusa fuerza retrospectiva de esta frase– lo que ciertos ensayistas ingleses denominaron *second birth*, un segundo nacimiento, otra oportunidad. Desviamos el rumbo anterior destinado a la catástrofe, y si no justificamos ese episodio como el cumplimiento de ninguna doctrina o el acatamiento a los breviarios de ningún director político –lo que tampoco sería del todo inverídico–, debemos aceptar que sólo podíamos obtener, como retoño de esos hechos, un *pensamiento culpable*. Kirchner encarna, lo veo yo así, ese tipo de pensamiento condenado a rememorar, bajo la sombra indefinible de una culpa primigenia y llegando luego de un retirado periplo y de una vida replegada en la habitualidad, a la presidencia de la Nación. Frondizi, al hacerse presidente, comenzó encarnando el programa radical de Avellaneda y la escisión con Balbín frente al "fenómeno peronista", pero sabía anticipadamente que *debía ceder*. Alfonsín, al hacerse presidente, encarnó lo que obligadamente él debía pensar, como realizar un juicio drástico sobre la historia reciente. No cedió tanto allí, por lo menos en sus inicios, como debió hacerlo en tantas otras materias. *Por su parte, lo que debió afrontar Kirchner es un pensamiento que provenía tácitamente de aquellos que realizamos aquel desvío: ¿era posible gobernar sin una voz agónica ofrecida al recuerdo de antiguas voces estudiantiles del país agitado y las inocentes biografías trágicas, sentenciadas, pero que no se sabían sentenciadas?*

Las ideas hunden sus raíces en las informuladas razones de un difuso temor a la muerte. Nos duele la distancia que imaginamos establecer con lo que más directamente nos llevaría a un sacrificio. Nos consolamos con una rápida sabiduría respecto al heroísmo, que se compone tanto de un involuntario avatar de la vida –podía tocarle a todos– como de la conciencia de que no son lo mismo las jefaturas que los héroes: podía no tocarle a los dignatarios que comandan la lucha, aunque en este específico caso a la mayoría le tocara. Luego, quizás evitamos la molestia de haber rebajado los pensamientos

sacrificiales, pues nunca es fácil hacerlo ni nadie sabe hasta qué punto los alberga, recurriendo a una inscripción en la más pura tradición humanística. Esto es: nadie desea la muerte ni debe haber lamento posible en no haberla sabido obtener, porque no se la ansiaba, y porque intuíamos que nos tocaba ahora la compungida adhesión a la memoria que inevitablemente teníamos que verter –ojalá lo hubiéramos logrado hacer con sensibilidad cierta– en el lugar de los acontecimientos que arrebataron sin conmiseración tantas vidas, devoradas por maquinarias fatales.

En el año 2004, el acto de Kirchner en la Esma, la entrega del predio a los organismos de derechos humanos, era una desmesura en su planteo de realizar una justicia enteramente simbólica, sin tribunas ni sentencias de la voz jurídica, antes bien con la única perspectiva agónica de empalmar con corrientes profundas de lo impensado. Corrientes de reparación. ¿Cómo es posible que esa magna transferencia simbólica ocurriera? ¿Cómo era posible que ese *locus* del terror cambiara de forma, contenido, función y al mismo tiempo no perdieran gravedad los ritos evocativos? Se le reprochó a Kirchner que no buscara ser acompañado por Alfonsín en ese evento magno, sino tan sólo por personas nacidas en el cautiverio, como si fueran hijos rescatados de la veleidad más nocturnal de la historia argentina, y como si ellos representaran por sí solos, frente al presidente, la emanación de la voluntad subterránea de un pueblo, cual sería la de una filialidad que volvía al seno de una pachamama política y juvenilista. Ya dije en las páginas anteriores el sentimiento de simpatía que en los escritores de *Unidos* despertaba Alfonsín. Sentimiento "epocal". Esta palabra ya había aparecido oportunamente en esos tiempos. Asistí turbado, pues, a ese acto de la Esma. Porque sabía que era ese río profundo de la historia argentina que buscaba ser interpretado, y admití que se pasara por alto, en ese punto y sólo en ese punto, la invocación a un armazón jurídico, necesario, desde luego, pero transmutado en esa circunstancia en un pensamiento de reparación antepredicativo, un tipo de juicio generacional anterior a la de los inexcusables jueces de la ciencia de la ley. Así comenzó a gobernar Kirchner, buscando una justicia discursiva ante el códice abierto de la historia nacional aún considerada sujeto de interpretación intuitiva, intelectual y moral.

Por otra parte, Kirchner no deseaba exponerse a ser un proyecto ventrílocuo de Duhalde, aun dificultosamente pergeñado, pues las elecciones de 2003 las había ganado Menem por escaso margen, aunque éste optó por retirarse del *ballotage* ante su resultado previsiblemente desfavorable. Luego, en las elecciones legislativas inmediatamente posteriores, se deslindó de Duhalde al amparo de una rápida recuperación económica del país y de un proyecto de actuación que hablaba con palabras que, a pesar de sometidas a fuerte mestizaje con otras que dictaba la hora, hacía eco a un viejo ideal emancipador. La ruptura de Kirchner con Duhalde sería sin lugar a dudas un hecho conmocionante, pues era necesario en virtud de lo que Kirchner había venido a decir, y al mismo tiempo implicaba algo que nunca parecería natural en el desgarro que suele presidir las relaciones entre un *patrocinador* prosaico y a desgano y un *patrocinado* que excede el cuenco estrecho en que el primero desea situar las cosas. Este pasaje puede comentarse como un acto cuya habitualidad no asombra en los oficios de la política y pudo ser criticado porque las antiguas huestes del momentáneo patrocinador comenzaron a hacer rápidos cálculos de conveniencia para dirigirse al área del patrocinado que buscaba redefinir sus procedimientos. Éstos eran novedosos y ambicionaban ocupar otras zonas del lenguaje político que el patrocinador excluía. Kirchner arriesgaba un pensamiento clásico que quizá define el ser de lo político: llegar a una forma política que degrada civilmente a los "grandes electores". Nunca es fácil, pues el otro modo de lo político es el de los distintos nombres que tiene el "gran elector". En una de las variaciones de esos nombres encontramos a aquel contra el cual *no se puede embestir* o *la conversión final* del que realiza la embestida sobre el propio gran elector tornándose su sustituto. Pero luego serán otros hombres los que tratarán de arremeter contra él. Por eso en su método de desapego a la figura anterior del duhaldismo, Kirchner protagonizaba a la vez su emancipación y arrastraba en su interior las parcelas preexistentes que si lo acompañaban no lo hacían por emancipación sino por costumbrismo. Gatopardismo, como se decía en la política argentina de los sesenta, cuando íbamos a los cines a ver el film de Luchino Visconti que le ponía el definitivo rostro de Burt Lancaster al conde imaginado por Tomaso de

Lampedusa. Pero en esa oportunidad y en otras, no entendíamos el drama del personaje y optábamos por condenar someramente lo que parecían sus escépticas readecuaciones. Pero no, no es que ahora esté viendo émulos del príncipe Fabrizio de Salina en nuestro conurbano sur.

En este libro sobre el *peronismo* durante "los veinticinco años de *democracia*" –se percibe por la simple junción de estas palabras la naturaleza del desafío–, creo que tenemos la dificultad de saber cuál es la estampa, el esmalte, el corazón irremisible del peronismo. ¿Cómo definir su cambiante actuación, salvo por el mero festejo de lo cambiante? Lo primero es normal en cualquier fuerza o vida política, no tanto lo segundo, que sí caracteriza al peronismo. Al final llamamos de ese modo al interjuego que relaciona a los hombres en su relevo incesante, en su idealización de las luchas bajo argumentos en torno a los diferentes estratos de fidelidad. El peronismo es, antes que otras cosas, un saber hablado sobre esos estratos y el modo de movilizarlos en los pliegues más profundos que justifican un acto. Por eso el que le dio nombre dijo que no era un profesional de la política sino de otra cosa: de cómo lo político trata de un "conocimiento de los hombres". ¿Cuándo no lo sería? Decirlo es la gran novedad. La novedad de la obviedad. Algo profundamente inconveniente pero al cabo profundamente atractivo. ¿No lo había dicho ya el gran Maquiavelo, cargando con la culpa de haberlo hecho? Este dilema sigue teniendo el nombre de peronismo, en el que quizá Kirchner y la actual presidenta, Cristina de Kirchner, no quisieron internarse, pues al principio evitaron la cargazón simbólica y el juego de emblemas. ¿Cómo hacer política protegidos por blasones? Se estamentaliza la política. Ya todo parecería hecho y nos tornaríamos astutos. Una vez escuchada la pertenencia a las insignias y leyendas, no se nos escucha decir más nada. ¿Cómo así? ¿Callamos lo más importante? Porque no podemos ser continuamente los hombres de un ritual, cantar loas eternas a las iniciales del misal. Si sólo hacemos esto, lo demás que obligatoriamente nos concierne lo dejaríamos a las sombras del taimado.

Frente a ello era necesario entonces una finta de despegue. Hecha, resultó poco, o resultó a medias. Como todo en el kirchnerismo, podía pensarse que hizo anuncios de reinauguración de lo político y

social, y debió actuar en dos áreas sumamente ambiguas: debía mostrar que no era mera reconstrucción de lo existente y que, al contrario, absorbía modalidades frescas de la crisis y de la manera en que éstas daban a luz emergencias políticas novedosas. Y que, respecto al peronismo, venía a evocarlo con predisposición respetuosa y a la vez superadora, sin querer suturar la crisis con un retorno a su cariz heráldico. Son discusiones en curso, sobre las cuales no puede arriesgarse cómo se transitarán los capítulos que prosigan. Justifíquese como sea, el kirchnerismo ha debido volver *ahora* al regazo justicialista. A todo odre antiguo se vuelve de muchas maneras. Es propio del kirchnerismo llevar un ánimo renovador a todo lo costumbrista que retiene, y por otro lado tomar con extremo realismo las consignas pasadas, venerables odres éstas, para evocarlas ahora no tan indirectamente sino para prometerles un régimen mensurable de modestas posibilidades. ¿Era para esto que había que hacer las cosas? Pero también hay que preguntarse algo más. ¿*Cuánto* se puede en Argentina? ¿*Quién* lo puede? El kirchnerismo es un paso adelantado de las preguntas que *Chacho* dejó a mitad de camino, pero que no satisfacen a los que buscan formas más nítidas que estos modos de mestizaje conceptual con los que Kirchner encara estos temas.

De estos materiales se nutre una discusión que de inmediato emerge en las áreas de izquierda: se refiere a si Kirchner irrumpe para clausurar el gesto creativo de las asambleas o si la necesaria cuota de institucionalidad que él restituye lleva en su esencia lo más activo de ese asambleísmo, cuya fusión con un Estado rehabilitado bajo nuevos cuños inauguraría una etapa democrática nueva, protegida por los vientos favorables de la economía que repuntaba al sabor de la devaluación que había provocado Duhalde con sus ministros de Economía, de tesis económicas no ortodoxas: Remes Lenicov primero, el flemático y taimado Lavagna después. Mero capitalismo reconstituido, les arrojarán, les imputarán desde las zonas de las izquierdas. Nuevas posibilidades de profundizar la democracia y darle nuevos perfiles a la distribución de la renta, dirán los kirchneristas que apuestan a una transformación profunda, pero sin darle más trabajo que el prudente desafío a lo que en Argentina siempre son las inseguras fronteras de lo posible.

Lo cierto es que las primeras medidas del gobierno de Kirchner buscaron trabajar con *motivos profundos* que yacían en la conciencia colectiva. Decisiones sobre los juicios pendientes a los causantes de desapariciones, la reforma militar que posibilitó desprenderse de vastos segmentos del anterior generalato, los nombramientos en la Suprema Corte, los proyectos reconstituyentes del Pami, el anuncio de reagrupamientos políticos que se hablaban con el recuperado concepto de transversalidad –ya lo había empleado *Chacho* Álvarez en su momentos de ascenso–, la política de contención y autocontención de las fuerzas policiales, que debían comparecer ante las grandes movilizaciones sin armas de fuego, y en fin, sin agotar las menciones posibles, las gemas discursivas referidas a la cesión de la Esma a los organismos de derechos humanos y la declaración presidencial en las Naciones Unidas: "somos hijos de las Madres de Plaza de Mayo".

¿Avances en derechos humanos y excesiva timidez en cuanto a reformas de fondo en la vida productiva, el sistema financiero o el sistema impositivo? En el tiempo más duro de la discusión con las entidades campestres y sus sucedáneos eminentemente empresariales –aunque recubiertos de apócrifos bucolismos–, una opinión que surgió de áreas de la crítica cultural insistió en que los "derechos humanos" eran más bien un encubrimiento ilegítimo con el cual se protegerían medidas económicas antipopulares. No concuerdo con estos pareceres. El kirchnerismo es un breviario de temas urgentes y orfandades que reclaman el subsidio perentorio de una interpretación histórica, amén de un resguardo de las acciones en un legado nacional de naturaleza criticista. Nada lo obligaba a hacerlo, podía perfectamente no desligarse de compromisos anteriores y esgrimir los consabidos posibilismos. No es que quiere vulnerar de un tris los límites que la historia argentina propone con vigor axiomático. Es un reformismo que tiene planos de tibieza onerosos, aunque no puede desprenderse de su *diferencia* fáctica, real, con el régimen de dominios tradicionales del país. ¿Cómo poner un tono frentista y social ante esas fuerzas coaligadas de las neoderechas? Algo que observo con interés y que no necesariamente es eficaz en este delicado rubro es la propensión kirchnerista a tomar trozos del memorialismo argentino de avanzada y a veces invocarlo con horizontes limitadamente

desarrollistas –no, no es esto lo que me gusta–, y otras veces correr el riesgo de parecer exploradores de posibilidades nuevas y atrevidas, de las que luego deben replegarse considerando las dificultades de congeniar el modo en que se enunciaron con los obstáculos gélidos que ponen las clases arbitrarias, intolerantes, dominadoras.

Cité *El Gatopardo*. Recuerdo ahora otra película un poco posterior: *Barrio Chino*, de Polanski. Se trata de un aviso ancestral, como sabemos, el que pone en marcha la tragedia. Al protagonista, Jack, se le avisa que no vuelva al Barrio Chino. Se le susurra al oído y de todas las demás maneras. "No vuelvas al barrio chino, Jack". Pero vuelve. No era obcecación sino un deseo de torcer el rumbo aciago, y por desgracia, encontrarlo precisamente en ese acto. El kirchnerismo deberá tener lo necesario como para que no sea necesaria esta advertencia ni que se deba perder el deseo de interrogar las vetas irresueltas del pasado nacional en todas las materias preexistentes. Pero con prudencia y sabiduría. Reconociendo este tema que es a la vez un problema.

Son los problemas de ser gozosamente evocativo y descubrir en el medio de una fruición que no alcanzan los instrumentos disponibles para proceder a la altura de las locuciones preferidas. En los primeros tiempos del gobierno, se intentó dar respuesta a esos primerizos cuestionamientos con otras medidas que pretendían tocar el fondo de la cuestión de las fuerzas productivas y su gestión democrático-social. La fundación de una empresa petrolífera estatal que conviviera con la privatizada YPF para explorar zonas marítimas a poco se reveló empacada y diluida en otras finalidades, acuerdos comerciales con Venezuela, etc., alejados de su función exploratoria original. En el terreno de la deuda externa –corría el año 2005– hubo una audaz renegociación que llevaba a pagar con reservas propias la deuda del FMI, ahorrándose los consiguientes intereses. Argentina seguía así los pasos que ya había dado Brasil y justificaba el "desendeudamiento" con una crítica al FMI, respecto a un comportamiento histórico que implicaba conocidos y muy visibles obstáculos para el despliegue autónomo de la economía de los países empobrecidos. ¿Audacia real? ¿Medida insuficiente, tímida? Las conciencias alertas de los argentinos comprometidos mantienen estas preguntas no fácilmente resolubles.

Por otra parte, un demorado lamento alrededor del desmantelamiento del sistema ferroviario nacional no consigue dar frutos reparadores convincentes. El pésimo funcionamiento de los servicios de transporte suburbanos dio lugar, durante los últimos años del mandato de Néstor Kirchner, a masivas protestas de usuarios, que llegaron en un caso a quemar una vieja estación de tren, la de Haedo, y luego a sostener una demorada y confusa batalla de piedras y forcejeos en el amplio hall de la estación Constitución. El mandato recién comenzado de Cristina Kirchner se vio afectado, en este tema, por el proyecto de "tren bala", que en su propio nombre condensa una nota inequívoca de demasía, por lo que el gobierno deseó mentarlo con el nombre europeo que correspondería, verbigracia: "tren de alta velocidad", parte de un impulso reconstructor del ferrocarril en su totalidad antes que de una veleidad que pone una joya desarrollista en el segmento avanzado del sistema despreocupándose de las condiciones de deterioro en que, en el otro extremo, viajan millones de personas en los restos del ferrocarril remanente. En efecto, 70 u 80 años atrás Argentina contaba con casi 40.000 kilómetros de vías férreas adecuadas y su trazado radial era un notable avance tecnológico y al mismo tiempo el esquema en la división de trabajo internacional que más convenía a la inserción subordinada al comercio mundial regido por Londres. Este problema quedaría atrás pues no se había resuelto, según lo postulaban tribunos como Raúl Scalabrini Ortiz, la nacionalización ferroviaria con otro modelo productivo nacional, sino que antes de que llegara ese legendario momento, sin duda rozado en 1948, sobrevino el desmantelamiento ferroviario.

Lo cierto que el *tren bala*, justamente por la utilización letal de ese nombre ridiculizante, ingresó a la zona metafórica de la política y terminó condensando todo lo que en el gobierno representaría en materia de un desarrollismo banal sin verdadero sustento en las experiencias sociales efectivas. En el estado actual de la discusión argentina, puede hacerse realmente un esfuerzo suplementario para imaginar otros rumbos argumentales. En la plúmbea alegoría del "tren bala" hay encerrados diversos dilemas a ser asumidos por todos. Primero, el de la necesidad de abarcar con precisión el concepto de lo moderno; segundo, el de la necesidad de definir la relación entre las partes degradadas del equipamiento público, la vida cotidiana po-

pular y las hipótesis necesarias para reponerlas: si a través de un exógeno polo técnico avanzado o por la combinación simultánea de impulsos reconstructivos; tercero, el de la necesidad de examinar la decisiva cuestión de si se interpreta la tecnología como impulsora de progreso social o es el progreso social el que se dispone a recibirla porque la sabe atributo de una constructiva presencia endógena. Estos interrogantes y otros parecidos estuvieron llamativamente ausentes al momento en que debía generarse un enlace con la "corriente profunda", con los largos reclamos socialmente desatendidos del pueblo argentino. ¿Descuido que daría pábulo a la idea de que una propuesta de interpretar "flujos nacionales subterráneos" puede ser incierta? ¿Que se desatendería en lo esencial todo aquello que históricamente fue socialmente desamparado, aunque se reconocería y mantendría valientemente una "política de derechos humanos"?

La sorprendente idea de que los derechos humanos son una "fachada" que encubre la dimisión del kirchnerismo respecto a temas esenciales de justicia social y soberanía nacional recorre con fuerza los ámbitos de la oposición. Este tema es habitual en las críticas a los populismos, a los que se los ve atados a consignas de satisfacción simbólica inmediatista, mientras abandonan dramáticamente los verdaderos fueros populares en todo lo que les es fundamental. No concuerdo con esta crítica y su modelo lógico. Objeciones como éstas, que no es momento enumerar –este libro está llegando a su fin–, componen la escena de un nuevo debate nacional. La emergencia de la cuestión agraria, que evidenció la existencia de nuevas relaciones sociales y de producción, originó también una fractura antes desconocida en todos los núcleos sociales y políticos: en el peronismo, la izquierda, el sindicalismo, la universidad, las familias, el parlamento, el propio gobierno. En este caso podía suponerse que, del mismo modo, se cuestionaba al gobierno por decir que combatía a una oligarquía rediviva cuando parecía ser él quien desatendía a los pequeños propietarios rurales y quedaba cautivo con los grandes monopolios de la producción agraria, en virtud de un semejante criterio tecnologicista, productivista. En un momento en que los dos bloques sociales enfrentados podían asemejarse a dos grupos de "izquierda" por las autojustificaciones exhibidas, había

que extremar nuevas interpretaciones sobre el comportamiento de las conciencias políticas y las nociones de verdad. Cada cual se acusa de "derecha" en una oposición simétrica y complementaria. Y ante esa tensión que queda irresuelta, todo deriva hacia las estructuras últimas de la injuria y el vejamen. Serán el modo inadecuado de laudar los antagonismos.

El kirchnerismo quedó sobrecogido por esta situación. Las delicadas agujas de la maquinaria de lealtades comenzaban a dar evidencias de cansancio. Un oleaje inesperado de insatisfacciones cercó al gobierno y resquebrajó su andamiaje político. El frágil kirchnerismo, a pesar de sus empeños y novedades, parecía hallarse a mediados del año 2008, en una travesía del desierto. Necesitaba renovar los pactos constitutivos con nuevas ideas, y, en especial, lanzar por primera vez los términos de reflexión más profunda sobre las *corrientes colectivas subyacentes*, verdadero sustento de un renovado contrato social y emancipador. En este sentido, estaba en un punto semejante al que pudo palpar un asombrado alfonsinismo al promediar su gobierno más de dos décadas antes. Siendo presidente, hace ya más de cuatro años, lo que parece un lapso pesado y untuoso, Kirchner había llamado al teléfono de mi casa para hacerme un breve comentario de un escrito mío, no recuerdo cuál. No lo conocía, no nos conocemos. Apenas intercambiamos dos o tres breves diálogos en ese tiempo. Le conservo una evidente simpatía, no sin críticas a lo actuado y con distintos grados de dislocación en los reconocimientos. Entusiasmado, en aquel momento acepté la invitación a tener una participación directa en la gestión de la Biblioteca Nacional. Si se me preguntara qué me pasó por la cabeza en el momento de trasladar mi condición de profesor universitario independiente hacia un mundo de expedientes, catálogos y exposiciones, sin abandonar, creo, un estilo libertario de pensamiento, tendría que responder cosas muy parecidas a las que me llevaron –también a convite– a escribir estas páginas.

Hay un actuar afligido, ni triste ni gozoso. Un nombre que le sería más adecuado sería el de un actuar templado, prudente. Actuamos para saber qué eran esos nombres que pronunciamos. Ahora agrego que actuamos para saber cómo nos incluimos en conceptos

que siempre son abiertos, como lo comprueba el hecho de que no tienen problemas en acogernos. Pero al mimetizarnos en ellos, al ser ellos, al ser como ellos –la democracia–, no hacemos más que abrirlos, hacerlos existir en la singularidad nueva que les prestamos por estar en ellos y hacerlos tan frágiles que de ellos podríamos salir en cualquier momento. Sin llevárnoslos ni vaciarlos. Los hacemos existir y los ponemos en estado de abolición a un tiempo. Así los transformamos en conceptos que serían unos no-conceptos vistos desde nosotros. ¿Pero no es ése el estado real de un concepto? La democracia –pongamos la cifra de 25 años si queremos– necesita ser *otra* con nosotros y sentirse distinta si nosotros no estamos. En este movimiento de integración y vacío ella vive. Soporta tenuemente sus fracasos, por obra de un *plus* en Alfonsín, de un *minus* en Menem, de una *simulación* en De la Rúa. El *peronismo*, en cambio, no considera con tranquilidad que es *otro más uno* si nosotros estamos y *otro menos uno* si no estamos. Se intranquiliza si es sometido a un cómputo en términos de singularidad y se siente cerca de ser una esfera cerrada, a pesar de su diseminación incesante. En verdad, el *kirchnerismo* es lo que lo puso realmente en estado de democracia, al poner el estado de la cuestión en su punto de estricta fusión. Nos referimos a la propia fusión demorada entre peronismo y democracia, por fin verificada en este tiempo, y de un modo muy superior al de la renovación peronista. Ésta pensó la extinción del peronismo pero era una dilución de personas y grupos que, contrariamente, lograba encerrar en su pompa al propio peronismo y su historia. El kirchnerismo, que había calculado una dilución colectiva y otros movimientos herederos, debió volver a los nombres antiguos, y al hacerlo, mientras lo que verdaderamente resultaba era un retroceso, por fin ponía el peronismo en el mismo plano de la democracia, en el sentido de que ésta son sus actos presentes y comprobables, no un *a priori* que ya está funcionando cuando un nuevo sujeto ingresa. Siempre en estado de división. Nos damos cuenta de que el peronismo así festeja sus fuentes y *también* sabe muy bien vivir en la intemperie respecto a sus mitos. Es la política en estado puro, puro interés sin interés. El peronismo real. Fuera de las fuentes. Todo lo demás ya está ocurriendo, pero aquí no lo sabemos.

Índice

A un cuarto de siglo del inicio del período histórico abierto en 1983, esta colección se propone examinar los cambios producidos desde entonces en la sociedad argentina.

Las jornadas inaugurales del peronismo clásico han sido narradas en páginas bien conocidas de la ensayística y la sociología argentinas del siglo pasado, que han dedicado esfuerzos igualmente destacables a analizar los avatares del peronismo resistente de los sesenta y militante –y gobernante– de los setenta. El estupendo ensayo que ofrece aquí Horacio González considera en cambio la historia del peronismo posterior al fin de la última dictadura militar. El libro dibuja un panorama general del ciclo inaugurado por la presidencia de Raúl Alfonsín, construye la semblanza de algunos de los protagonistas decisivos de esa historia y termina considerando la difícil relación del peronismo actual con los símbolos antiguos.

Sociólogo, autor de una vasta, original y poderosa obra ensayística y profesor de la Universidad de Buenos Aires y varias otras universidades del país, Horacio González es Director de la Biblioteca Nacional.








ISBN 978-987-630-035-3